

SERES SINIESTROS



SILENCIOSA INVASIÓN

Andreu 62

P. h. LEVENE y J. L. MORRISSEY



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



PHILIP LEVENE y J. L. MORRISSEY

SILENCIOSA INVASIÓN

Título de la obra en inglés: *CITY OF THE HIDDEN EYES*

Versión española y realización: R. Luria Schmitt

PROLOGO

I

EL PRINCIPIO DE TODO AQUELLO

SILENCIOSA INVASIÓN

Hubiera tenido que ser un director de banco, un procurador, un repórter de prensa o un abogado, un agente de seguros o un actor. Pero Andrew Gauge no era ninguna de estas cosas. Era un científico de tipo extraño.

El mundo normalmente trae a la mente una descripción de un viejo cargado de hombros, irascible, con gruesas gafas, quizá un cerebro privilegiado y de opiniones muy decididas sobre una pequeña porción de Cosmos, su origen y su destino, sus idiosincrasias, y sobre la forma con que trata a su hijo predilecto, el Género Humano. Pero el científico de este tremendo siglo no es así en absoluto. Es el hombre que se sienta al lado de usted en el metro o en el autobús, que grita tan excitado como usted en el partido de fútbol del domingo, que coge el tren de las ocho cuarenta hacia la ciudad, y que corta el césped en el fin de semana. El doctor Andrew Gauge, era así excepto que era un soltero de treinta y cinco años más o menos; no había ninguna mujercita para darle la bienvenida cuando llegaba a casa por la noche y no había para él ningún césped

Se sentó en su coche cómodamente y encendió un cigarrillo. Era bastante temprano para tener que preocuparse, solamente eran cerca de las cuatro y no podía estar tan lejos de su destino ahora. Hacía un día magnífico, con bastante frescor en el aire para ser vigorizante, abrió la ventana y se relajó.

Había pasado la mañana en el Ministerio del Interior y el resultado de esta entrevista con Barrington, el secretario privado de esta Secretaría, se encontraba en su maletín en el asiento trasero. Lo abrió y sacó un pequeño archivador. Con una mueca se dio cuenta de que antes de que hubiera terminado, el archivador estaría mucho más grueso. Palpó los papeles descuidadamente, su mente repasó con humor los comentarios que se le habían hecho aquella mañana.

Allí estaba el pantano que iba a visitar; había algo vago o extraño acerca de este agua. No era venenosa ni en ningún sentido letal, sólo que el agua no era potable. “Gruesa”, la había descrito alguien. Casi rió abiertamente con el comentario al margen en tinta roja: “Puede ser agua pesada. Se sugiere una investigación”. ¡Agua pesada! ¡Dios mío! ¿Con cuántas de todas esas cosas maravillosas pensarían esos miembros estropeados de Whitehall? Puso la cartera a un lado y escuchó soñoliento el ronco sonido de un tractor en un campo cercano, medio escondido por un seto y una fila de árboles. El humo de

su cigarrillo se rizaba en delicadas volutas.

Descuidadamente observó la niebla extendiéndose sobre el sembrado alrededor del seto ¡Niebla! Se enderezó en su asiento. En un día como aquel no debía haber niebla. Calor si acaso, pero niebla desde luego no.

Siendo la curiosidad una parte importante del hombre de ciencias, pronto estuvo fuera del coche y atravesó el seto por una brecha. Allí estaba ciertamente la niebla ocultando el tractor de su vista. Sacudió su cabeza y cerró los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir la niebla continuaba allí y comenzaba a envolverle. El sonido del tractor no podría oírse por mucho tiempo.

Dudó y puso sus manos sobre la cabeza. Le dolía horriblemente justo entre los ojos. ¡Esos cigarrillos! Ciertamente tendría que haber acortado su tiempo si las cosas le podían dar un dolor de cabeza semejante. También, sería lo mejor aclarar lo de este campo inmediatamente. El granjero conduciendo el tractor poco podía ver del intruso.

Removiéndose otra vez el seto para sus adentros: ¿Tractor? ¿Había allí uno? ¡Maldita jaqueca! Anduvo hacia su coche y vio el rayo de luz de una lámpara de bolsillo.

—¿Es este coche suyo, señor? —preguntó un policía, cuya bicicleta estaba apoyada contra el seto— ¿Necesita usted algo, señor? Al verle venir de ese seto y estando su coche sin luces...

Gauge rió, aunque sintió como si su cabeza fuese a estallar.

—Sólo fui a respirar un poco y estirar las piernas, agente —dijo después —. ¿Luces? ¿Para qué iba a necesitar luces en mitad de la tarde?

Al decir esto, echó una mirada alrededor y completamente azorado vio que estaba muy obscuro. Por un momento no pudo dar crédito a sus ojos. ¿Qué era todo esto, a fin de cuentas?

—Escasamente son las once —dijo el policía con firmeza—. Todo está muy bien, naturalmente, pero pensé que debía pararme y ver si todo estaba en orden.

Gauge rió y al hacerlo se olvidó de su dolor de cabeza. Había estado dormitando en aquel campo, esa era la realidad. El buen día, el tabaco, la relajación habían sido la causa. Pero... ¡siete horas dormitando! Esto era algo indudablemente. Al menos había estado despierto en su último trabajo durante cuarenta y ocho horas, así que quizá no había que preocuparse.

—¡Oh! todo está muy bien, agente —dijo—. Sólo relajándome un poco. —Se sentó en el coche y encendió las luces—. ¿Puede usted decirme con exactitud dónde me encuentro?

—Justo a ocho millas frente a usted está Penwood, señor —dijo el policía.

—¿Penwood? ¿Penwood? —repitió Gauge vagamente—. No creo que conozca el sitio. Me encuentro desde luego fuera de mi ruta. La dirección de Londres debe ser la opuesta, ¿no?

—Exactamente, señor, debe usted salir a la carretera de Great West —dijo el agente mientras miraba agudamente a Gauge cuando entró en su coche Este

se sintió un poco ridículo mientras daba la vuelta al coche bajo la supervisión del policía, y finalmente arrancó hacia Londres y rió entre dientes mientras conducía en aquella dirección.

Cuando el coche estuvo encerrado en el garaje, y él instalado en su piso vació el contenido de su maletín en su escritorio: Había dos o tres cosas que tenía que repasar aquella noche. Miró el expediente. ¿Qué hacía aquello con el rótulo "Penwood" en su poder? Algún descuidado secretario. Lo mejor será devolverlo por la mañana. Volvió a reír entre dientes mientras lo dejaba de nuevo en el maletín. Podía muy bien imaginar la consternación de un ayudante de secretaría ante la pérdida de uno de sus amados archivadores. Sabía que habría una conmoción de primera clase en el Home Office Registry cuando lo devolviera. Conocía bien la mentalidad de los burócratas Si esa carpeta contuviera la primera insinuación de un enorme e inminente cataclismo, aquellos chicos y chicas de Whitehall todavía insistirían en que procedía a través ele sinuosos resquicios en su larga y laboriosa jornada por la cadena de mandos hasta su destino final, el despacho de Ese Hombre Que Pudo Hacer Algo.

UN PEQUEÑO DESCUBRIMIENTO ANTROPOLOGICO

Las lámparas silbaban y llameaban, las sombras danzaban en las paredes de piedra de la cueva y jugaban alrededor de dos cabezas, una vieja, con barba y cabellos blancos, otra joven, desarreglada, bohemia. En la entrada de la cueva, el guía fumaba tranquilamente. Había visto esta clase de cosas muchas veces antes. Pero estos dos ingleses procedentes del Gran Hotel du Pare en Ariége, eran diferentes de los turistas habituales, con sus "¡ohs!" y "¡ahs!" ante las pinturas de la cueva, como si fuese su obligación hacerlo y después olvidarlo al preguntarse qué clase de delicias les habría preparado M. le Chef para el almuerzo. El joven Monsieur, *quel type*. Decían que había muchos como él en el Left Bank en París. El pelo desarreglado, la barba, las sandalias, los pantalones de pana, ah, *le Bon Dieu* hace de todo pero nunca dos cosas iguales.

El viejo Monsieur estaba más cerca del corazón del guía, El pelo blanco y la barba blanca eran, ¿cómo decirlo?, distinguidos. Si el viejo Monsieur, el milord inglés, fuese francés, hubiese sido uno de los inmortales de la Academia, *ne cest pas*?

—David —refunfuñó sir William Stacey—, este descubrimiento va a trastornar al mundo. Escribiremos el informe juntos y yo lo leeré en la próxima junta de la Sociedad. Míralo. Esto causará una revolución entre esos viejos decrépitos.

El joven David Ross tocó el objeto reverentemente.

—¿Cuánto tiempo cree usted que tiene, sir William?

Stacey miró de soslayo el objeto en sus manos, aún medio cubierto por la tierra de donde la ciega suerte lo había traído hasta ellos.

—¿Quién puede decirlo? Quizá cientos de años. Las pruebas lo demostrarán, las pruebas de flúor y las de radio carbón. David, puede que sea, tiene que ser, algo enteramente nuevo. Me mantendré diciendo que nunca en los anales de la antropología ha salido a la luz una especie como ésta. Tenemos que guardar esto para nosotros, muchacho. Creo que estará mejor en tu poder, David. Tú eres un estudiante todavía; nadie conoce tu nombre. Yo tengo demasiados en correspondencia conmigo, especialmente después de este viaje. Sé de muchos que darían su brazo derecho por encontrarse en nuestra piel.

David Ross tomó el objeto suavemente y lo sostuvo con sumo cuidado en sus manos. Lo colocó con ternura en un paño de lana en su saco de mano y se mantuvo derecho. Sir William recogió la lámpara.

—Alors, Gastón —dijo—, aquí hemos terminado. Ahora vamos a ver su bisonte Crimagnon aunque, el cielo lo sabe, ya lo hemos visto bastan te. Todavía tiene usted que ganarse sus honorarios.

—¿Han terminado los señores aquí? —dijo Gastón, volviendo su nariz hacia la cueva de donde habían emergido—. ¡Tierra, barro, roca, bah!|

—Sí, hemos terminado —dijo Stacey—, no hay absolutamente nada aquí, amigo mío. A propósito para delicia de turistas.

BRILLANDO EN LAKE CHARLES

Un hombre se encontraba sentado en su estudio ante una abierta ventana francesa. La casa de campo de Edgar Farrow, uno de los primeros científicos americanos, estaba en las playas del Lake Charles, en Louisiana, y Farrow, normalmente un hombre flemático que pensaba diez veces antes de dar su opinión sobre alguna cosa, se encontraba en el proceso de llegar tan lejos como ningún otro antropólogo lo había hecho antes. El artículo en el que estaba trabajando para su Sociedad estaba calculando que desenterraría el mundo completo de la antropología, cambiándolo por completo y lo montaría de nuevo fundamentalmente. Edgar Farrow sabía ahora lo que debió sentir Cristóbal Colón.

Estaba hablando tranquilamente ante un pequeño micrófono de mano y los discos del magnetofón giraban silenciosamente.

—Estaré preparado para probar sin ninguna sombra de duda, en virtud de los descubrimientos que he hecho y a la vista de ciertas teorías que han estado germinando en mi mente por algún tiempo, que, en contra de todos los puntos de vista conocidos, la Bondad Humana en este planeta... ¡El diablo confunda ese ruido! ¿Qué será? Me es imposible oír nada. Y para colmo esos chicos de Harman aquí al lado tienen otra barbacoa; tendré que hablar con su padre acerca de esto.

Se levantó impaciente y dejó que las cintas continuasen girando. Salió a través de la ventana francesa y se encontró en el césped. El lago brillaba en la distancia bajo la pálida luz de las estrellas, y el humo de la barbacoa de

Harman se extendía lentamente a ras de tierra desde el campo bajo su césped alrededor de sus magníficos cerezos. Impaciente avanzó hacia los árboles. "Los chicos en la base deben estar quemando sus aviones Jet", pensó irritado mientras caminaba. El obsesionante ruido había llegado a su límite. Lo primero que haría a la mañana siguiente sería llamar al comandante general y presentarle sus quejas. El humo se arremolinaba alrededor de sus tobillos y anduvo entre él...

La señora Eleonor Farrow salió al césped. La luz de las estrellas centelleó en el lejano lago y los céspedes, los cerezos y la áspera tierra se mostraron brillantes y solitarios. De súbito, irracionalmente asustada, se volvió a mirar al estudio. Las placas continuaban girando sin recoger ningún sonido, porque les era imposible grabar el miedo de su corazón, la dilatación de sus ojos y el temblor de sus manos. Un repentino y callado llanto, casi un sollozo, llegó hasta sus oídos y el pánico se apoderó de ella.

—Edgar, Edgar —llamó—. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¡Contéstame, Edgar!

Corrió al estudio y llamó a su hijo.

—Larry, Larry, baja rápido; tu padre se ha ido; ha desaparecido. Le he oído llamar, pero no está a la vista. Larry, querido, estoy asustada. Papá se encuentra en peligro, estoy segura. ¿Por qué no contesta? ¿Quieres apagar eso? Larry, no puedo soportar esos discos dando vueltas y vueltas.

INCIDENTE EN EL MAR NEGRO

La casa estaba tranquila y la noche también, con esa quietud de una noche de crimen. Debía de haber nieve en algún sitio de Rusia, pero no en la Riviera soviética, donde siempre es verano. Esto decía la propaganda oficial.

El camarada doctor Josef Semionovich Svernoff, héroe de la Unión Soviética, y número uno en Antropología en la Academia de Ciencias de Moscú, tomó el fragmento de hueso que descansaba sobre el cristal de su mesa de laboratorio. Sus ojos brillaron a la luz de la lámpara eléctrica y su mente trabajaba.

"Esto —pensaba para sí mismo— confirmaría para siempre la superioridad soviética en la más importante de todas las ciencias, la Ciencia del Hombre, la Antropología." Que los demás siguieran disparando sus cohetes a la Luna, a Marte, incluso más lejos, a Júpiter. Él, Josef Semionovich Svernoff, cuando sus papeles estuviesen preparados, sus especies y descubrimientos organizados, conduciría las mentes de los hombres hacia una nueva dirección hasta ahora imposible de imaginar. Incluso su propia imaginación estaba embotada con sus descubrimientos, se quitó las gafas y se frotó los ojos. Era más que suficiente. Había estado trabajando demasiado tiempo, demasiado duramente, al final de aquel largo y arduo viaje a España. Podría relajarse por un poco de tiempo y respirar un poco de aire puro.

Incluso en la tranquila atmósfera de la Riviera rusa, la orgullosa Rusia,

rodeada por todos lados por envidiosos vecinos, debía perseverar en su fortaleza. Podía oír las tropas entrenándose en lo que sólo podía ser ese secreto, el arma que le habían dejado entrever la última vez que había ¿ido llamado al Kremlin, el arma cuya sola existencia dos hombres conocían, el inventor y el Supremo Secretario. La cosa ciertamente producía un irritante alboroto.

Sí, verdaderamente él había trabajado demasiado. Siempre había tenido un dolor de cabeza como éste después de las prolongadas horas de trabajo y concentración. Un vaso de coñac después de cenar y acostarse temprano; éste era el programa. Anduvo con las piernas rectas como un autómata fuera del edificio hacia los campos. Paseó por los cuidados jardines, pasó el estanque...

Anna Alexandrovna Boguleff, su ama de llaves, salió a la baranda y llamó:

—Camarada doctor, su cena está servida y esperando... Entre ahora, la noche se está poniendo fría, debería llevar su bufanda... Doctor, doctor, ¿dónde está usted? Debería pensar un poco en mí. Si supieran en el Kremlin el trabajo que mes da para cuidarle... Doctor, doctor, entre en seguida, ¿es que quiere usted morir exponiéndose tanto y que yo vaya a Siberia?

El vuelo de un pato salvaje y su grito se oyeron sobre el turbulento mar y éstos fueron los únicos sonidos que llegaron hasta ella mientras se retorcía las manos en la baranda.

CAPITULO I

Las sombras estaban extendiéndose sobre el campo, y la huerta allá abajo estaba casi en tinieblas. La luz de la habitación lanzaba un rayo amarillo a través de la ventana francesa sobre las barandas de la terraza. Era la hora de la calma, la hora en que el día declina graciosamente ante la llegada de la noche.

Sir William Stacey, una agradable figura de hombre, con el pelo blanco y una barba de profeta bíblico, estaba de pie ante la ventana con las manos en los bolsillos, mirando hacia el exterior la creciente obscuridad. Pero no veía nada de lo que se encontraba ante su vista y sus oídos tampoco percibían los murmullos procedentes de la radio en un rincón. No estaba perturbado ni preocupado; a sir William nunca le ocurría eso. Su vida había transcurrido por un agradable sendero. Era la clase de hombre que llevaba a cabo un trabajo que para él era más que esto, era un placer. Era un practicante de la pura ciencia, la ciencia de la Antropología, y esto era casi siempre más un entretenimiento que otra cosa. Le había conducido a los lugares más emocionantes del mundo, y también a algunos de los más desolados; le había proporcionado una tal suficiencia de ideas que se encontraba imposibilitado de retirarse del activo barullo de cosas a la edad de cincuenta y cinco años, y desde entonces había dedicado su tiempo, sus energías y dinero al muy agradable, aunque inapreciado, sendero del campo por él elegido, caminos necesariamente descuidados cuando los resultados no eran satisfactorios.

Uno de estos caminos laterales le había conducido al mismo centro del laberinto. En la lengua del siglo en que vivía, había “dado en el clavo”. El descubrimiento que él y el joven Ross habían hecho en los Pirineos aseguraba que sus nombres podrían subir instantáneamente a la cumbre donde se encontraban los más brillantes hombres de la ciencia, acercándose quizá al más importante. Las bases de su descubrimiento, se había dicho a sí mismo más de una vez recientemente, hacía de la vieja antropología una nadería, como Einstein había hecho con las matemáticas de Newton. Se encontraba en la efervescencia de una agradable anticipación y resplandecía cuando su ama de llaves entró en la habitación. En este estado de euforia había incluso olvidado que no había tomado su té de la tarde.

La señora Milne era esencialmente una entrometida, cambiando las cosas y arreglándolas a su antojo, un torbellino con un sacudidor, pero también una completa chismosa, y debido a ello siempre perdía el autobús. Su chismorrería aquella tarde en el pueblo de Oakdene le había rendido más que nunca hasta ahora.

—Sir William, siento llegar tarde —dijo—. Perdí el autobús de las cinco y tuve que venir a pie. No ha tomado usted el té. Pondré la tetera inmediatamente. Está tan cerca la hora de la cena que quizá usted no quiera perder el apetito. No pude comprar ningún bizcocho en el pueblo. ¿Quiere algunas tostadas?

—Es un poco tarde, señora Milne —dijo sonriendo abiertamente—. Sólo una taza de té con galletas, ¿le parece? Creo que eso es el resumen de noticias, ¿quiere usted elevarlo?

La suave voz fue aumentando de volumen: "...Y él esperaba que los ministros extranjeros se reunirían pronto el mes próximo. Gran Bretaña empezó hoy una serie de experimentos nucleares en el Pacífico. Esto sigue a la reciente serie de pruebas llevadas a cabo por los Estados Unidos. El reportaje añade que las pruebas deberán completarse en diez días, sólo dependiendo de las condiciones atmosféricas. En el frente industrial, el presidente de la Cámara de Comercio ha dado algunas normas que demuestran..."

La voz se extinguió al apagar el receptor sir William.

—Ya tengo bastante con esto —dijo haciendo un gesto de impaciencia, y ella lo miró un poco sorprendida. Él era siempre tan plácido...

Pareció extrañarse de oír esto. Estaba repasando en su mente los encabezamientos de su papel. El joven Ross era un brillante estudiante, pero necesitaba de alguien con más experiencia, alguien como Lomax, por ejemplo. Con una momentánea excitación pensó si sería de fiar. Inquisidor era; lástima si insistía en tomar el crédito. A pesar de todo éste era el mejor riesgo. El trabajo debía quedar bien hecho, y la mente de Lomax estaría presta y fresca. Él mismo estaba quizá un poco excitable y enardecido por el descubrimiento.

—Póngame con el profesor Lomax al teléfono, por favor.

—¿No puede esperar hasta que haya tomado su taza de té, señor? —dijo ella dudando.

—No, no puede ser —dijo él agudamente. Ella suspiró y salió al hall. A él debía pasarle algo raro hoy, desde luego.

Andaba de caza bajo las sillas cuando la señora Milne regresó para decirle que nadie contestaba al número del profesor Lomax.

—¿Puedo ayudarle, señor? ¿Está buscando algo?

—Quiero mis zapatos, señora Milne. Voy a salir al jardín para preguntar a Cooper por los rosales. Estoy seguro que los poda demasiado.

—Él está ahí ahora, señor; oí sus tijeras cuando vine por el sendero. Pero usted no puede salir ahora, señor, le perjudicaría para su artritis. Está refrescando y empieza a hacer humedad. Se pondrá usted peor.

Hubiera sido mejor que le hablase a la pared porque cuando encontró sus zapatos salió al jardín, habiendo olvidado aparentemente su llamada al profesor Lomax.

Ella volvió a la cocina, sirvió el té y salió por la ventana francesa para llamarle.

—Sir William, sir William, el té está esperando. Veamos dónde puede haberse metido este niño grande.

Al salir a la terraza para buscarlo se encontró a Cooper, el jardinero, que le hizo una burla como siempre que la encontraba, sintiéndose ella un poco

enfadada. Cooper era demasiado independiente para ella. Un hombre en la posición de Cooper debería saber guardar su sitio; debería recordar su lugar en la vida.

—Me ha asustado usted —dijo ella áridamente—. ¿Ha visto usted al señor en algún sitio? Su té está esperando.

—No ha estado en el jardín —declaró Cooper—. Después de recoger las rosas, me he dado una última vuelta para ver si había olvidado algo y no he visto señales del señor por ninguna parte.

—Está usted equivocado, Cooper. Debería usted llevar sus ojos bien abiertos. ¿Quiere usted darse una vuelta por el jardín y ver si lo encuentra? Cuando vuelva habrá una taza de té para usted.

Salió, y a los quince minutos estaba de vuelta negando con la cabeza.

—¿Está usted segura de que salió al jardín, señora M.? —le preguntó.

Ella pareció de pronto alarmada y olvidó de reprenderle porque usara la inicial de su nombre cuando se dirigía a ella.

—Pero, ¿dónde puede haber ido? —Hablaba medio para sí y un súbito halo helado se apoderó de ella. Esto era tan poco habitual en sir William—. Cooper, mire, esto es muy importante. Dígame, ¿está usted seguro que no lo ha visto ni oído?

—Espero que no esté usted diciendo que miento, señora M. —le interpeló con un malicioso guiño— Digo que el señor no ha estado en el jardín en las últimas tres horas. Me parece haber oído un coche por algún sitio cerca, aunque no era el ruido del coche de sir William. Sonaba más como un tractor o algo parecido.

—¡El coche! Ha ido a ver al profesor Lomax —dijo ella súbitamente agarrándolo por un brazo.

Corrieron al garaje, pero el “Daimler” de sir William estaba allí. Recorrieron todo el terreno del extenso jardín v después el de la huerta, y por último, sin reparar por primera vez en las botas llenas de barro, lo empujó dentro de la casa.

Era casi una hora más tarde cuando mostró la tragedia en su rostro. Una llamada a casa de Lomax reveló que sir William no había estado allí. Ahora incluso el sardónico Cooper vio que ella se encontraba muy afectada v refrenó su habitual chanza.

—No se lo tome así, señora M. —le soltó—. Estaba haciéndose de noche; pude no haberlo visto. ¿Sabe qué le digo? Ha ido a dar un paseo. Quizá a Oakdene. ¡Ah!, allí es donde debe estar.

—Nunca —declaró ella con ardor—. Él nunca ha hecho esto. Él nunca ha salido sin decirme antes adónde iba. Cooper, tengo miedo. Algo le ha sucedido. Era un hombre tan confiado; nunca pensaba mal de nadie. ¡Oh!, ¿qué puede haberle sucedido? —Él era un científico, pensaba ella, aunque no sabía mucho acerca de su trabajo. Pero aquellos horribles rusos estaban interesados en científicos ¿no eran ellos? y algunos de ellos habían desaparecido tras el telón de acero. Quizá lo que este ruidoso Cooper había

dicho que había oído como un coche el coche de los raptores... su corazón le dio un vuelco en el pecho y con un súbito pánico aferró el brazo del jardinero —. Voy a llamar a la policía —casi gritó—. Algo le ha pasado, lo sé. Está en peligro. No hay que perder un momento.

—Ahora, mire, señora M. —dijo Cooper calurosamente—. Me parece un poco precipitado. El señor debe estar en cualquier parte. Si resulta que ha dado un tranquilo paseo y descubre que usted ha ido a llamar a la policía se va a poner furioso con usted, se lo aseguro.

Pero ya ella se encontraba al teléfono, volcando su corazón en el sargento de Oakdene, y no oyó los consejos del jardinero. Sir William Stacey no Volvió de ningún paseo ni tampoco volvió para reñirle por haber llamado a la policía. El sargento de Oakdene vino con su ayudante y la búsqueda continuó durante toda la noche. Al alba el buen sargento decidió dejarlo y pasar el asunto a una mayor autoridad, en este caso el inspector Adams, de la Estación Central de Policía en Retford.

El inspector Stanley Adams leyó atentamente el largo formulario que descansaba sobre su papel secante y evitó la directa mirada de la regordeta señora de mediana edad que se sentaba frente a él. Fuera, las calles de Retford hervían de tráfico. Sus pensamientos volaban hacia el plato de carne con setas que su patrona estaría indudablemente preparando para su almuerzo en ese mismo momento; escribió en un papel que le trajesen café y emparedados y lo pasó a su ayudante, que vino a una llamada suya. Con una persona como la señora Milne con la que tratar, seguramente llegaría tarde a casa y Adams era un hombre que no descuidaba su comida.

—Ahora, señora Milne —dijo echando a un lado el mal humor que le había invadido por un momento—, hay algunos puntos que me gustaría que usted añadiese al informe que dio al sargento. No crea que la critico en ningún sentido, pero... bien, puedo ver que usted ha tenido muchas horas de cansancio, y puede haber algunos pequeños detalles que se le hayan pasado y que pueden ayudarnos a encontrar a su señor. A propósito, he ordenado que traigan café. Espero que me acompañe usted tomando una taza.

—¡Café! —se estremeció como si hubiese sido invitada a tomar una taza de espumoso cianuro—. No creo que pueda pasar nada por mi garganta hasta saber que el pobre sir William se encuentra de nuevo sano y salvo en casa.

Ella estaba más calmada ahora porque la oficial “magia” de la policía estaba actuando. Pero se sentía consciente de su posición como centro de Ja escena y, a pesar de su genuino miedo por su señor, estaba realmente disfrutando un poco.

—Desde luego, desde luego —dijo el inspector con calma—. Muy bien; entonces repasaremos, esto tan rápidamente como podamos y después conseguiré un coche para llevarla a usted a casa para que descanse mientras nosotros nos ocupamos del asunto.

—Ha sido raptado, estoy segura —dijo la señora Milne—. Han sido esos rusos que el diablo confunda. Están llevándose a nuestros mejores científicos,

eso dicen los periódicos, y a los que no pueden persuadir con su lavado de cerebro, o como le llamen, los raptan en contra de su voluntad. Es un asunto para llevarlo ante el Gobierno, inspector. Sir William era uno de los más brillantes científicos de su país. Yo sé que estaba a punto de hacer un sensacional anuncio acerca de un nuevo descubrimiento.

—No diga eso —murmuró el inspector desmayadamente. Estaba descubriendo que la señora Milne podía ser todopoderosa—. Puede que haya algo de eso en lo que usted dice y desde luego no lo olvidaremos. Pero no puedo imaginarme a nuestros amigos soviéticos en ningún modo interesados en antropólogos occidentales, que es lo que era sir William, según tengo entendido. Ahora, si sir William ha sido un físico nuclear o un ingeniero que haya tomado parte es la fabricación de cohetes, puede que haya un pequeño fundamento en lo que usted dice.

—Físico nuclear —exclamó ella—. ¡Cohetes! Esto era el extraño sonido que Cooper oyó.

El inspector Adams cerró sus ojos y jugó con su lápiz. Esto iba a ser más difícil de lo que había imaginado. Este asunto del jardinero y lo que decía que había oído era importante, pero la narración debía tomarse como de quien venía. Esta buena alma podía disparar en todas direcciones. La llegada del ayudante con una bandeja fue una bien venida interrupción. Sirvió el café en la primera taza y la dio a su visitante. Pero ella la miró con disgusto.

—No puedo tocarla —declaró trágicamente—. El té que había preparado para sir William aún continúa en este momento frío sobre la mesa. Había sus tostadas predilectas, y pensar que en este momento está probablemente masticando pan negro o sopa de coles; eso es lo que todos los periódicos dicen que los rusos tienen para comer.

—Bueno, no le importará que yo coma mientras usted habla, ¿verdad? —preguntó Adams—. Para empezar será lo mejor, según creo, ¿eh, señora Milne?

—Se lo he dicho todo al sargento —dijo ella aviesamente—. Si lo repito todo otra vez puede que me olvide de lo que he dicho antes.

—Es posible, querida señora —dijo el inspector—. Ahora recapacite sobre algún pequeño punto que haya usted omitido en su primera historia, y, quién sabe, puede ser exactamente ese punto el que puede ayudarnos en nuestra labor.

Ella lo miró con sospecha por un momento.

—Espero que usted ha empezado ya sus investigaciones, inspector. Ya dije al sargento que no había un momento que perder.

—La descripción de sir William ha circulado por todas las estaciones de policía del condado y de los alrededores —dijo él amablemente—. Todos los hospitales y estaciones de trenes y autobuses, así como aeropuertos en un radio de cincuenta millas, están siendo registrados en este momento. La figura de sir William no puede pasar desapercibida en ningún sitio por donde haya pasado. Lo encontraremos antes de que termine el día, no tema. La máquina

de la policía puede parecer lenta, pero es muy constante y muy segura. Ahora, ¿quiere usted empezar?

Ella respiró hondo.

—Bien, como dije al sargento, había perdido el autobús de las cinco y tuve que ir andando desde el pueblo.

—Esto fue en Oakdene, ¿no? —preguntó el inspector con tranquilidad—. Y la casa es White Gates, creo, y usted es el ama de llaves de sir William, según tengo entendido.

—Lo he cuidado durante los últimos cinco años, inspector, pues no tiene hijos, mujer ni nadie, únicamente una especie de prima en Edimburgo a quien no veía nunca.

Adam hizo una nota y después tomó un poco de un sándwich de jamón.

—Le estaba preguntando acerca de su té —continuó—. La radio estaba encendida y decían algo sobre una. nueva serie de pruebas atómicas que el Gobierno estaba haciendo. Odiaba esa clase de tema y lo cerró él mismo. Entonces me pidió que le pusiera en comunicación con el profesor Lomax al teléfono...

—¿Es quizá un vecino, o un colega científico?

—Ambas cosas —dijo ella agudamente—. Vive en Oakdene, justo a una milla más o menos de la casa, sobre la colina. "The Hermitage" se llama el lugar. Viene y juega al ajedrez con sir William. También es científico, pero demasiado viejo para hacer mucho ahora. Viudo, vive con su única hija Helen. Pienso que es curioso que el señor quisiera hablar con él justo antes de marchar.

—¡Ah! —dijo Adams por rutina notando un rayito en los ojos de la señora Milne, que se inclinó con ansiedad.

—¿Usted cree que el profesor puede ser un espía, o algún agente secreto...? Bueno, no, eso no podría ser. El viejo profesor, no. Él no haría daño a una mosca.

—Cuidaremos todos los detalles, señora Milne —le aseguró Adams afablemente—. Ahora, dice usted que sir William le pidió que le llamara a este amigo al teléfono. ¿Oyó usted algo acerca de lo que hablaban?

—No, no pude porque no hablaron. El profesor Lomax no estaba. No cogieron el teléfono. Le pregunté otra vez a sir William acerca de su té y empezó a dar vueltas buscando sus zapatos. Insistió en salir al jardín. Le dije que el té estaba listo y que no debía salir. Entonces dijo que quería hablar con Cooper, es nuestro jardinero, un extraño trabajador. Bueno, después de un ratito, cuando hube servido el té, sir William no había vuelto. Así que salí al jardín. No se veía rastro de él por ninguna parte y lo llamé varias veces. Cooper vino entonces hacia mí. Por entonces ya estaba poniéndose muy obscuro. Salió de un seto con las tijeras de podar en sus manos. Estaba podando los rosales.

—¿Y había estado hablando este Cooper con sir William?

—No. Dijo que no lo había visto en todo el día. Esto me sonó muy raro, ya que el señor había salido expresamente para hablar con él. Claro que tenemos un jardín muy grande, con prados y terrazas, el jardín de las rosas y el de la cocina, la huerta y un pequeño sembrado junto a la presa. Podía ser que no se hubiesen visto; sir William es muy propenso a caer en momentos de despiste. Así que al principio no me preocupé. Cooper me prometió traerlo y volví a la casa. Bien, volvió, quiero decir Cooper, después de un rato y dijo que no había podido encontrar a sir William por ningún sitio. Recordé que sus botas estaban llenas de barro. Dijo algo raro, ahora lo recuerdo. Me preguntó que si había oído un extraño ruido, algo así como un tractor. Pero yo no había notado nada.

Adams estaba escribiendo y levantó la vista rápidamente. Pero no dijo nada ni hizo ninguna pregunta. Quería que la señora Milne siguiera por sí sola.

—Bueno —continuó ella trágicamente—; él no estaba en ningún sitio de la casa ni del campo. Abajo en la huerta había un olor extraño, como de alquitrán. Podía haber sido que hubieran estado arreglando la carretera fuera o también algún fertilizante de Cooper, ese hombre usa cosas muy raras. El amo se había desvanecido en el aire impalpable, como usted debía decir, señor, se había ido como un soplo de aire. El coche estaba todavía en el garaje, y nunca se había ido andando al pueblo sin decírmelo, como un crío, así era para las cosas. Bueno, me asusté entonces y telefoneé al sargento de policía de Oakdene. Buscó pero no encontró nada y por la mañana mandó muy amablemente un coche para recogerme en Retford para verle a usted y, bueno, ya estoy aquí.

—¿Y esto es todo lo que puede decirme, señora Milne? —preguntó Adams de buen humor, dejando su lápiz.

—Si supiera la clase de cosa que usted quiere que le diga, inspector —dijo ella ansiosamente y para Adams no necesitó terminar la frase: él sabía que ella era el tipo que podía seguir indefinidamente—. Le he dicho todo lo que le puedo contar sobre lo que pasó en Oakdene.

—Usted sabe, señora Milne —dijo él pacientemente, recogiendo su lápiz y jugando con él —, en realidad usted no me ha dicho prácticamente nada. Tengo una imagen en la cabeza de sir William y esto es todo. Hay mucho más que una señora con su percepción y sentido común puede decirme. Está su mentalidad y su sentido de las cosas, su interioridad, sus amigos, sus enemigos, sus vecinos, sus familiares... ¡oh! Y una gran multitud de cosas, acerca de él y de las personas con las que estaba en contacto diario.

—¿Quiere usted realmente que yo le hable de todo esto, señor? —preguntó ella con incredulidad al mismo tiempo que él cerraba los ojos momentáneamente, pero aún había en su rostro una agradable sonrisa.

—Si tengo que encontrar a su señor, señora Milne —de dijo—, mientras más sepa acerca de su persona y de sus interioridades, mejor y más fácil será para mí.

—Bueno... —ella respiró hondo y se acomodó en su silla. Adams la observaba con curiosidad. Tomó una nueva hoja de papel y preparó su lápiz. La señora Milne abrió la boca y el lápiz empezó a moverse rápidamente sobre los papeles.

"Ciertamente es un policía muy extraño", pensó Gauge para sí cuando el comisario, una vez hechas las presentaciones, había partido, aunque encendió el cigarrillo que había dado a Adams y después encendió otro para él.

El despacho del doctor Andrew Gauge, D. Se., en New Scotland Yard, era el antro ideal para un hechicero, pues éste era el irreverente nombre que le daban en el Yard; incluso los superiores habían caído en el hábito de referirse a él de esta manera. Una limpia oficina bien ordenada, los estantes estaban en fila con los más fascinadores rótulos. La sección señalada con "U. F. O." contenía los detalles de todos los casos de Objetos Voladores sin Identificar de Gran Bretaña y Estados Unidos. Había un expediente sobre un curioso incidente de una lluvia de ranas en Durham. Había otro que contaba los detalles exactos de un grupo de hombres que habían andado fuera del agua en una playa solitaria del Oeste y habían vuelto silenciosamente andando diez minutos más tarde. El vicario local era un testigo de aquello. Si viniese el informe del aterrizaje de marcianos en la tierra, el expediente conteniendo los detalles vendría a este despacho. Si hubiese el informe de alguna misteriosa enfermedad del acero que viene de una fundición de Wolverhampton, o un misterioso virus que atacase la cosecha de espárragos en Formby, Gauge eventualmente recibiría el expediente correspondiente.

Miró a su visitante y vio a un hombre erecto, con aire de soldado. Allí había un hombre de quien podía ser amigo. No se entregaba demasiado para hacer amigos y sin embargo, imaginó que Adams no lo era tampoco.

—Me imagino, inspector, que el comisario le habrá dicho que aunque mi despacho está aquí en el Yard, no soy en ningún sentido un oficial de policía. En realidad estoy agregado al Ministerio del Interior; soy lo que los periódicos más petulantes suelen llamar un enchufado, supongo.

—Sonrió calurosamente y Adams le devolvió la sonrisa. El inspector, instantáneamente, modificó todas sus nociones preconcebidas sobre los "científicos". Este tipo de Gauge le recordó el doble bajo de la banda de Retford Silver Prize, un hombre con quien había ido muchas veces de pesca y no se puede imaginar un test más severo que éste.

—Sí, doctor —respondió—. El caso es que me arrastraron de Retford para verle a usted. Al principio me pareció un asunto bastante sencillo para mí. Había allí ese caballero desaparecido. Hubiera podido ser en cualquier otro sitio. Y el asunto está ahora aquí.

Gauge pareció interesado y aspiró profundamente su cigarrillo.

—Bueno, llegué a esto más tarde. Primero he sido informado de algunos detalles, al menos por nuestra parte, si usted olvida esta expresión. Significa desde el ángulo del Gobierno. Ha sido un rudo golpe, quizá lo haya usted oído. Sir William Stacey es una de nuestras principales figuras en el campo de

la Antropología; tiene mucho que ver con el escándalo de la estafa de Piltdown que usted recordará. Ahora un antropólogo no toca muchas campanas en el oído público, lo admito. Una gran cantidad de gente no sabe de qué se trata. Usted ya lo sabe. Creo que la cuestión debe llevarse al Ministerio.

—Eso es lo que creo, doctor —dijo Adams Mientras sacaba su libro de notas El primer testigo es una señora extremadamente parlanchina, el ama de llaves del desaparecido. He llenado dos libretas con la historia. La hemos interrogado dos veces, pues la señora Milne reúne ímpetu a medida que sigue y añade más cosas mientras más lejos llegamos. Debo decir que todo lo que tengo aquí no es más que un testimonio verbal.

—Veré de leer esto —dijo Gauge con un parpadeo de sus ojos—. Lo que más me intriga es su afirmación de que Stacey estaba... "en ninguna parte". En ninguna parte es una negación... Sé que todavía es pronto para esperar encontrar un cuerpo o una nota pidiendo rescate, pero...

—Doctor Gauge —dijo Adams—. Soy solamente un policía. Ese hombre, Stacey, está... justamente en ningún sitio. Se han probado todas las posibilidades desde que ha desaparecido. No quiero entrar en detalles, usted ya conoce algunos de los métodos de la policía. Creo que todas las fuentes del sistema de policía en todo el terreno de las Islas Británicas han demostrado que no hay señales de él por ningún sitio, fuera del centro del círculo que es su jardín de Oakdene, Nottinghamshire. Hemos dragado el arroyo después de haber encontrado su gorra. Hemos exprimido a cada habitante de Oakdene, hemos visitado a su único pariente de Edimburgo, hemos buscado en cada yarda de aquel jardín y de aquella huerta. Hemos interrogado a cada uno en cada estación de tren, de autobús, embarcaderos y aeropuertos...

—No continúe, inspector—rió Gauge al mismo tiempo que se levantaba—. Yo no estoy muy ducho en detalles como estos; dejo esas cosas para la rama oficial. Consideraré que esto está leído. Ahora, desde mi punto de vista, "ningún sitio" no existe. Stacey, o llamémosle su cuerpo, está en alguna parte. Si ha ido allí por su propia voluntad será muy difícil encontrarlo. O fue llevado allí contra su voluntad. Bajo estas circunstancias, encontrarlo es sólo una cuestión de tiempo y paciencia. Con su experiencia creo que estará de acuerdo conmigo. Ahora todo lo que tenemos que hacer es descubrir dónde se encuentra ese desconocido "algún sitio". Simple, ¿no?

Adams rió fuerte. Ese científico era seguramente bueno; él y Gauge deberían ir juntos.

Media hora después, la pareja había descifrado la libreta de notas de Adams y cada uno tenía ya la historia completa. Adams se dijo: "Este tipo tendrá suerte si saca algo en claro de todo esto".

Gauge aplastó un cigarrillo y cerró el segundo cuaderno de notas. Prácticamente los había copiado ambos en su taquigrafía propia. Se levantó y tendió su mano a Adams.

—Nos veremos mañana en Oakdene, inspector —dijo, y Adams dudó. No

era ésta la reacción que había esperado de la arenga de la señora Milne. Este tipo de Gauge evidentemente no arriesgaba ninguna opinión todavía. Parecía un desesperado bromista y Gauge riendo se acarició el brazo—. Ahora tengo toda la historia. Ya es hora de que visitemos el lugar del “crimen”. ¿Podrá usted estar conmigo mañana?

Adams rió.

—El comisario me ha informado muy bien de que soy virtualmente un esclavo de este asunto hasta que Stacey aparezca.

—Entonces esto hace dos de nosotros —dijo Gauge alegremente y onduló su brazo a los estantes—. Todos estos bonitos expedientes pasaron a mí de día en día, por casi todos los departamentos del Gobierno de Su Majestad; tendrán justo que ponerse un poco más empolvados mientras me precipito a la guarida del intrépido Robín de los Bosques. Hay expedientes aquí que nunca he tenido tiempo de ojear, inspector. Ahí hay expedientes que nunca habrían tenido que venir a mi despacho. Encontré uno el otro día, el expediente “Penwood”. Tampoco lo he devuelto todavía. Pero nadie notará su falta. El Gobierno se basa en una cada vez mayor acumulación de papeles. Oakdene es ahora mi blanco según órdenes directas del Secretario del Ministerio de Interior.

—¿Por dónde piensa comenzar, doctor?

—Por la casa del vecino de Stacey, creo. El campo de la antropología ha estado fuera de mis actividades, lo admito. Creo que me gustaría ver algunas de sus especies para saber qué parecen y cómo funciona su mente. Adams, es una rara coincidencia, ¿no le ha chocado? Dos hombres tan eminentes viviendo a una milla uno de otro en un pueblo tan remoto. Dos pequeños negritos, usted sabe. Se han llevado a uno y han dejado al otro. Realmente fantástico. Puede que haya alguna conexión allí. De cualquier forma, por algún sitio hay que empezar.

Adams rió.

—Bien, entonces nos encontraremos en Oakdene. Supongo que usted irá por su cuenta.

—Tengo un viejo vehículo difícilmente llamado coche —dijo Gauge—. Es un verdadero amigo, algo así como una segunda piel para mí. Nos encontraremos en Oakdene, inspector.

Ya había pasado por delante de la imponente residencia que sólo podía pertenecer al desaparecido sir William. La doble verja blanca se lo dijo. Pero no se detuvo. Pensó que después todavía sería pronto. No podía imaginar que hubiera una sola palabra que la señora Milne se hubiera dejado atrás en su versión de los hechos. Primero, se pondría al corriente del carácter del hombre desaparecido. Este antropólogo, el profesor Lomax, vecino de Stacey, podía ser un buen principio.

La chica era guapa, pensó, al verla de pie ante la cancela de “The Hermitage”, distante y fría, como preparada para luchar con el infortunado vendedor ambulante que ella se imaginaba que era. Posiblemente habría estudiado en Oxford y en el London School of Economics. Haría muy poco

que habría dejado su uniforme de estudiante. Claro que, pensaba con, humor, lo que él no conocía acerca de las mujeres lo supliría en la biblioteca del Museo Británico. Por lo que él sabía la chica podía ser una bailarina de revista o una costurera.

—Perdone que la moleste —dijo con una ancha sonrisa y el sombrero en la mano—. Mi nombre es Gauge. Vengo de Londres especialmente para ver al profesor Lomax, su padre, supongo. ¿Está él en casa?

Ella lo miró con distanciamiento.

—¿De Londres? Desde luego no parece usted un reportero; es usted demasiado tímido para eso. Será mejor que entre. Mi padre está, pero se encuentra descansando. Ya no es joven y no quiero molestarlo. ¿Es usted algún amigo suyo?

—Nunca nos hemos visto antes. Claro que tengo algo que ver con su trabajo. Hace poco he leí, do un artículo sobre él: “La identificación de restos del período Pleistocénico”.

El cielo de la fría acogida se empezó a derretir al contacto de estas palabras. Ella sonrió y su sonrisa pudo pasablemente describirse como amable.

—¿Qué pensó usted del periódico? —Su tono era casi indeciso.

—Bien, yo... yo lo encontré extremadamente interesante, aunque debo confesar que estoy de acuerdo con todas las teorías expuestas. Naturalmente, no soy más que un niño en antropología, señorita Lomax.

—Ya se ve. —El hielo comenzaba a formarse otra vez—. ¿Y por qué no podía estar de acuerdo con todas las teorías?

—Bien, yo... esto ya es un punto técnico, usted sabe, y...

—Y no se puede esperar de una mujer que entienda esta clase de cosas —dijo ella mordaz—. ¿Está usted calificado para criticar, señor Gauge?

—Doctor Gauge —dijo él con una desmayada, sonrisa—. En ciencias.

—Puede que le interese saber, doctor Gauge —dijo ella heladamente—, que el autor de aquel artículo era yo misma.

Gauge trató de ocultar su confusión.

—Señorita Lomax, le aseguro que no intentaba ofenderla... —¡Dios mío! Otro antropólogo y mujer al mismo tiempo.

—Me cuesta trabajo imaginar que el objeto de su visita sea discutir un tema tan seco y pasado como la Antropología —dijo ella casi mofándose de él.

—No, por supuesto —dijo él, aliviado de terminar con el asunto—. Estoy investigando la extraña desaparición de un vecino de ustedes, sir William Stacey.

—Hemos tenido a la policía aquí por ese motivo —dijo ella con lentitud—. Creí que había usted dicho que era doctor en ciencias. ¿No quiso decir policía, doctor Gauge? Y seguramente ya ha encontrado usted a sir William ¿no?

—No soy policía, señorita Lomax —casi gritó Gauge—. Tan sólo una especie de bloque científico unido al Ministerio del Interior y domiciliado en

New Scotland Yard. Allí realmente no estoy más que para ventilar las llamadas de los casos. Yo cuido de las llamadas y la policía cuida de los casos. Y aunque parezca extraño, la policía no ha encontrado a sir William todavía. En lenguaje emocionante, se han confesado vencidos. Así que han recurrido a mí.

—La mente maestra, ¿no es así? —dijo ella sardónicamente.

Este disparo le alcanzó; vio que ella era de esta clase de chica que lleva siempre la escopeta cargada. Una chica que apasionadamente quería moverse entre hombres de su profesión como un igual, y que odiaba la idea de que siendo una mujer no podía ser el centro de las cosas.

—Sólo vine a ver a su padre, señorita Lomax —dijo él con suavidad.

—¿Está usted sugiriendo acaso que mi padre tiene algo que ver con la desaparición de sir William? —preguntó ella punzante mientras respiraba hondo—. Ha venido usted incordiando, exigiendo ver a mi padre... ¿Es que la libertad individual no significa nada para usted?

—Creo que la respuesta a eso, señorita Lomax —dijo él calmosamente—, es que en este momento estoy ocupándome de la libertad de una persona, sir William Stacey. ¡Ah! me imagino que éste debe ser su padre.

—Tenemos visita, papá —dijo ella con frialdad—, un tal doctor Gauge de Londres, y habla de la policía... del Ministerio del Interior... una vaga historia para investigar la desaparición de sir William Stacey.

Gauge estrechó la mano del anciano que había entrado en la habitación. Lomax tendría unos setenta años y era un agradable y benévolo hombre de ciencias vestido con una vieja chaqueta sport.

—Siento no poder ayudarle mucho, doctor —dijo—. Stacey y yo éramos vecinos; teníamos los mismos intereses científicos pero... —y rió entre dientes —... esto no siempre significa una amistad, a menudo lo contrario. Un vaso de jerez y una partida de ajedrez de cuando en cuando era todo. Ya ve usted, aunque se había retirado de la enseñanza en Oxford todavía seguía en activo. Fue a escalar los Pirineos hasta que su artritis empeoró.

—¿Le acompañaba usted, señor? —preguntó Gauge. Se volvió y ante su sorpresa Helen Lomax le estaba ofreciendo un vaso de jerez. Lo tomó y lo levantó un poco hacia ella que ignoró el gesto.

—¡Oh, no, no! —sonrió Lomax—, Estoy demasiado viejo y seco para esa clase de cosas. Tenía un compañero, una especie de protegido, un brillante estudiante de la Universidad de Nottingham. ¿Cómo se llamaba, querida?

—Ross, papá, David Ross —dijo ella heladamente—. Todavía sigue en la Universidad.

Ese nombre no estaba seguro de si lo había mencionado la señora Milne en su relato. De todas formas éste sería su próximo punto de investigación. Habló a Lomax un rato más, pero el viejo señor era un poco aburrido después de todo. No sabía nada que pudiese ayudarle en su trabajo, y esa fiera de su hija permanecía abiertamente de pie esperando que se marchara.

Para su sorpresa vino corriendo hasta él cuando entraba en su coche.

Llevaba en sus manos una hoja de papel.

—Creo que debo haberle parecido poco cortés, doctor Gauge —dijo casi sin respiración y con la cara roja—. Aquí tiene la dirección de David Ross. Deseo de todo corazón que encuentre a sir William. Era muy bueno. Todos le adorábamos, no haga caso de mi padre; eran rivales y usted habrá notado que los científicos son raros unos con otros. Debe usted ver a este Ross cuanto antes. Un temible joven, una vez me invitó a salir con él. Un hombre que cultiva esa horrible barba, que usa sandalias siempre, y que no es, debo decirlo, muy limpio, aunque con una inteligencia brillante. Sir William y él hicieron recientemente un descubrimiento en los Pirineos. Estaban preparando un artículo sobre ello.

—Supongo que usted, seguramente, no sabrá qué clase de descubrimiento es.

—No, mi padre y yo no tenemos ni idea. Sir William no hablaba abiertamente de eso. Sólo dejaba caer de vez en cuando alguna palabra que volvía loco a mi padre. Lo que descubrieron era algo como un fragmento de hueso, o un diente, o algo parecido. Se tiene que entrar en túneles y cuevas para esa clase de cosas. Ya sabe usted. Aquí tiene la dirección: 17, Lancing Road, Nottingham. Presiento que existe una relación entre todo esto y el joven Ross,

Sorprendentemente, la imagen del rostro de Helen Lomax se interpuso entre él y el catedrático de Ciencias de la Universidad de Nottingham.

Tenía completamente los nervios deshechos y manía persecutoria; sufrió un ataque durante una sesión de teatro leído y tuvimos que mandarlo a un sanatorio. Al Greyfriars Nursing Home en la carretera de Grantham. Una tragedia, doctor. Era un estudiante de lo más brillante y con una rara intuición, poco corriente en un chico tan joven y relativamente sin experiencia, a pesar de su contacto con su protector sir William Stacey. Estaba propuesto para su graduación; había trabajado demasiado duramente. Era de los que empollaban y no decía ni una palabra, un completo trastornado.

Se miró asombrado la mano que Gauge había estrechado fuertemente antes de abandonar el estudio. “Vaya, vaya, el hombre por lo visto tenía prisa”.

El doctor Reid en el Nursey Home fue más del gusto de Gauge. Aturdido, jovial y bucólico. Ross no era más que un paciente más para él y la palabra tragedia no le decía nada.

—Está en constante observación, doctor —dijo a Gauge—. Noche y día. Desde luego le digo que es muy extraño. Está fuera de sus cabales, pero no completamente loco, de esto estoy seguro. Una cierta cantidad de esquizofrenia, pero todos sufrimos de lo mismo en estos días.

—¿Cuánto hace que está bajo sus cuidados, doctor Reid? —preguntó Gauge mientras sacaba un cuaderno de notas.

—Tres días. ¿Por qué lo pregunta?

—De cualquier modo esto aclara el asunto —dijo Gauge medio para sí. Ross estaba aquí, posiblemente entre barrotes, el día que Stacey había

desaparecido—. ¿Me sería posible verle doctor? —interrogó, ignorando la anterior pregunta—. Es en extremo importante, y usted tiene mis credenciales. Le garantizo que no molestaré a su paciente.

—Bien. Suba a su habitación en seguida —dijo Reid con prontitud—. Estoy ansioso por solucionar el caso de este joven. No encaja en ninguno de nuestros métodos habituales. Hemos hecho con él toda clase de pruebas, el resultado ha sido negativo. Parece ser algo completamente nuevo.

El joven se encontraba en la cama y su estado era ciertamente deplorable. Su rostro estaba impregnado de sudor, y su respiración era fatigosa. Gauge le miró compasivamente. El no había visto nunca nada semejante. Esos ojos desencajados, sus dilatadas pupilas, su rara respiración, la sensación de que tras toda esta apariencia un ser humano se sentía intolerablemente torturado. Ross estaba completamente al margen de todo lo que sucedía a su alrededor. Gauge dio media vuelta y Reid le siguió. El enfermero cerró la puerta y echó la llave.

—¿Cuánto duran estos ataques? —preguntó Gauge.

—Eso varía. —Reid se mordió los labios—. Puede que una hora o dos. Después pasa y entonces se queda tranquilo, pero ausente. Después viene otro paroxismo.

—No soy doctor en medicina— dijo Gauge—, ni un psiquiatra. Pero incluso un profano diría que un horrible shock puede haber influido en la salud de un hombre joven como éste.

—Ni que decir tiene —agregó Reid—. ¿Puedo preguntarle cuál es la causa del interés de la policía por este infortunado joven?

—Nada más que como testigo —dijo Gauge vagamente—. ¿Podría usted hacerme un favor, Reid? Si su estado mejora hasta el punto que usted pueda autorizar un interrogatorio, dígamelo enseguida, por favor; puede usted localizarme por medio del inspector Adams de la policía de Retford.

—De acuerdo —dijo, Reid dudando. —Este individuo Gauge era muy poco comunicativo. Ahora, ¿en qué lío se había metido el joven Ross?

El aire era dulzón y fresco al salir del sanatorio. Gauge sospechaba que era más o menos una especie de institución refinada para enfermos mentales. Aquella habitación en la que parecía que él espíritu humano estaba luchando contra poderes invisibles. Gauge desechó estos pensamientos de su mente. La razón por la que era tan útil al Ministerio del Interior y por la que cobraba su confortable sueldo era bien sabida; su mente estaba abierta a todo, también sus pies estaban firmemente asentados en la tierra y siempre insistía en sopesar cada pieza de evidencia que llegaba a sus manos. Si no hubiese podido hacer ambas cosas, este asunto no hubiera existido para él.

El largo y suave rostro del inspector Adams era como un bálsamo para su alma después de lo que acababa de ver. Le contó su trabajo de aquella mañana a Adams y el inspector asintió sin hacer ningún comentario. Gauge enarcó las cejas ante su silencio, y Adams rió.

—Por ahora, doctor Gauge —dijo—, usted es el detective. No creo que le

gustase que yo le contradiga, ¿verdad? Usted es la cabeza y yo no soy más que un peón. El Yard y el Ministerio del Interior al menos lo piensan así.

—¿Le molesta la situación, inspector? —preguntó Gauge con curiosidad. Con un hombre como Adams se podían hacer esa clase de preguntas. El inspector negó.

—¡Dios mío, no! Estoy muy contento de verme libre. Hay algo en este asunto que se escapa a los medios de la policía. Lo hemos intentado y hemos vuelto con las manos vacías. La pelota §€ encuentra a sus pies, doctor. Quizá yo le haga una pregunta estúpida de vez en cuando, para que usted pueda decir: "Elemental, querido Adams."

Gauge rió.

—Me congratulo de que nos entendamos tan bien, inspector. Continuaremos. Esta será la residencia de Stacey, lo presumo, con aquellas hermosas verjas blancas que le dan su nombre.

—Sí, un lugar impresionante, ¿verdad? Parece como si las excavaciones de fósiles proporcionasen una buena renta. ¿Quiere usted hablar con la señora Milne? —Gauge gruñó y Adams rió. incomprensiblemente—. Comprendo. En pequeñas dosis, ¿eh? Bueno, supongo que querrá echar un vistazo al jardín. Claro que nosotros ya lo hemos recorrido, pero puede ser que usted encuentre algo que se nos haya escapado.

Gauge siguió a Adams por el sendero de piedra y los bien cuidados macizos, y después bajo un rústico arco, al jardín de los rosales. Miró fijamente a su alrededor y por último levantó la vista al cielo. Adams dijo:

—También habíamos pensado en un helicóptero. Pero estará usted de acuerdo conmigo en que os casi...bueno, improbable. Aparte de la estimulante novedad, diremos, que el ruido existió. ¿Ha estado usted alguna vez cerca de uno de esos cacharros cuando los motores están funcionando?

—Pues, sí —rió Gauge—, para detrimento de mis tímpanos. Y el ruido que ese joven jardinero dijo que había oído no creo que fuese ni mucho menos eso. Son unos espléndidos árboles frutales, esto es casi un jardín. ¿A qué distancia estamos de la carretera principal?

—Al menos a dos millas, doctor. Y además hay un arroyo en el camino, que, naturalmente, hemos dragado.

—Y su gorra fue hallada.

—Ya veo que está usted enterado de los detalles. Perdimos un buen elemento cuando rehusó usted pertenecer al C. I. D., doctor.

—Bueno, después de todo sí que entré —rió Gauge—. Por la puerta falsa, como usted diría. Miré aquella cavidad allí, inspector. ¿Qué diría usted que es?

Se colocaron a ambos lados del agujero en la tierra. Tenía más o menos dos pies de profundidad por seis de diámetro y era perfectamente redondo. Adams rió y arrugó la nariz. Tienen un buen jardinero en ese Cooper. Yo diría que estos son los principios de un montón de abono o un hoyo listo para quemar follaje. Pero, ¡vaya olor! es como... como de brea o alquitrán. ¿Lo

nota usted? Ese sargento de Oakdene examinó todo concienzudamente pero desde luego no mencionó esto. Debe ser par del paisaje, como usted diría.

Gauge olfateó.

—Sí, me llega el hedor, inspector. Tiene usted razón, es como de alquitrán o... bien, alquitrán o creosota.

—Sí, alquitrán, me apuesto el sueldo —dijo Adams. Se agachó y recogió algo del barro. Se lo mostró a Gauge.

—Esto es nuevo —dijo despacio—. Esto no estaba aquí cuando estuvimos la última vez. Alguien ha estado en la huerta después, alguien que llevaba un abrigo de botones de piel.

—Repita eso, por favor, —dijo Gauge sujetando el botón con los dedos, un botón de piel marrón con un hilo todavía colgando de él. Adams le miró repitiendo su frase palabra por palabra. Gauge se relajó.

—Lomax —dijo sombrío—. El profesor Lomax. —Adams esperó pacientemente sin hacer nada por interrumpir el tren de pensamientos—. Lo vi esta mañana y llevaba una chaqueta ligera de sport con botones como éste.

—¿Le faltaba alguno? —preguntó Adams con suavidad, y Gauge sacudió su cabeza con un gesto avergonzado.

—No soy Sherlock Holmes, inspector. Pero lo vamos a averiguar en seguida. El profesor vive justo arriba de la loma, ahí. Creo que nos ha llegado la hora de tener otra pequeña charla con él.

Subieron la colina en el coche de Gauge y fueron directamente a la casa. El timbre de la puerta resonó en el interior con el hueco sonido que denota una casa vacía. Gauge miró a Adams.

—El pájaro ha volado —dijo con humor, después de haber llamado tres veces—. Ahora me siento doblemente contento de su estatuó oficial. Duremos la vuelta a la casa.

—¿Por qué está usted murmurando, doctor?

—preguntó Adams mientras entraban en la cocina por la puerta de servicio que se encontraba abierta.

—Su hija —murmuró Gauge— Casi se escondió de mí esta mañana. Un dragón, aunque debo admitir que mucho más bonita que los de su especie. Estuvo cerca de mí, Adams, con un reconfortante uniforme azul y esos oficiales botones plateados.

Adams bufó.

—Ya sé. La señorita Lomax es un tipo severo. Me asustó un poco cuando la vi hace algún tiempo. Conforme la conozca mejor, doctor, tendrá usted una agradable sorpresa.

—Tuve la impresión de que así debía de ser —observó Gauge—. Me quedaré en el hall mientras usted echa un vistazo a la planta alta. Usted lleva uniforme; yo asumo la responsabilidad.

Adams volvió a los pocos minutos agarrándose la barbilla.

—Incomprensible, completamente incomprensible. Toda la casa está vacía, y la puerta de la cocina sin cerrar. Esto da la idea de que han salido de

compras o a otra cosa. Incluso en el pacífico Oakdene normalmente no dejan las puertas abiertas al salir de casa.

—Alguien viene corriendo por el sendero de grava —dijo Gauge levantando la cabeza—. Será mejor que abramos la puerta principal. Pero, n es... ¡la señorita Lomax en persona!

Estaba jadeando y con los ojos muy abiertos, su peinado deshecho y una media toda torcida y rota. Gauge la miró. ¡Cómo cambia una persona!

La fría y antipática criatura de la mañana había quedado reducida a aquella cosita temblorosa. Sus primeras palabras le avergonzaron tanto que ella se sonrojó.

—Mi padre —jadeó—, se ha ido, no puedo encontrarlo. El teléfono estaba estropeado; bajé al teléfono público para llamar a la policía, y me dijeron que estaba usted aquí, inspector. Gracias a Dios que es así. No sé dónde puede haber ido.

—Ahora trate de calmarse, señorita Lomax—dijo Adams calmosamente pero con firmeza. La chica no estaba muy lejos de la histeria—. Su padre no puede haber desaparecido... —Quiso volverse atrás de la infortunada palabra pero era demasiado tarde.

Ella lo miró salvajemente.

—Eso es; le digo a usted que ha desaparecido —Casi gritó—. Estaba descansando en el jardín cuando bajé al pueblo. Estaba... juraría que se encontraba dormido. Cuando volví había desaparecido. Le digo que ha sido raptado, raptado lo mismo que sir William. Alguien se lo ha llevado. Tiene usted que encontrarlo... era viejo y endeble... no resistiría ningún mal trato... yo lo cuidaba como a un niño. ¡Se ha ido! ¡se ha ido!

CAPITULO II
LA CAVIDAD

Gauge pensaba: ahora aquel frente tieso y feminista se había roto, y Helen Lomax no era más que una chica amedrentada, amedrentada por no encontrar a su padre, y horrorizada de que justo después de la desaparición de sir William Stacey, a su propio padre, también un antropólogo, le había sucedido lo mismo.

—Lo dejé descansando en el jardín —dijo con una voz completamente inexpresiva—. Estaba descansando. Yo me marché sólo por una hora. He mirado en todas partes... en todas partes... les digo que ha sido raptado, lo mismo que sir William...

Torpemente trató de consolarla.

—Pero, señorita Lomax, ¿no cree usted que está aventurándose demasiado? Ni siquiera sabemos que sir William Stacey haya sido raptado.

—Entonces, ¿por qué están aquí? —Momentáneamente volvió a su antigua tiesura y miró a Adams—. Y ¿por qué está el inspector aquí?

—Mire, señorita Lomax —dijo Gauge con animación—. Sugiero que nos metamos en mi coche y que vayamos a Oakdene. Estoy absolutamente convencido de que encontraremos a su padre en cualquier sitio por allí. La impresión que saqué de él fue la de un viejo señor que fácilmente puede haber decidido hacer una pequeña incursión por su cuenta. Los científicos son notoriamente despistados. Nunca se le ocurriría que usted iba a preocuparse al descubrir que se había marchado.

Ella no lo estaba mirando. Miraba a los matorrales y los árboles como buscando, mientras golpeaba nerviosamente con un píe en la tierra. Gauge metió las manos en los bolsillos.

—Me gustaría saber qué llevaba puesto, señorita Lomax —dijo—, para poder reconocerlo en la distancia.

—¿Qué llevaba? —parecía abstraída—. Oh, creo que llevaba una vieja chaqueta sport gris con botones de cuero.

—¡Botones de cuero! —dijo Gauge mientras intercambiaba una mirada con Adams. Helen miraba fijamente como fascinada el botón en la mano de Gauge.

—Ese botón... —exclamó—, ¿dónde lo encontró usted?

—En lugar muy extraño, señorita Lomax —dijo Gauge—. El inspector y yo acabamos de venir de...

Para su sorpresa ella no le estaba escuchando. La grava había crujido ante la cancela y ella dio un paso hacia un hombre rudo con groseras ropas que venía avanzando por el sendero. Hizo una mueca con su cara roja y se tocó la gorra para saludar a la chica.

—Buenos días tenga usted, señorita Lomax —dijo con una pronunciación suave y gutural—. Prometí a su padre que vendría a podar sus árboles frutales.

—Oh, ¿le pidió eso mi padre? —dijo ella como si realmente no supiese lo que estaba diciendo—. Cooper, éste es el doctor Gauge. Creo que ya conoce al inspector Adams.

—¿Cómo le va, señor? —Cooper se llevó la mano a la gorra para saludar a Gauge y sonrió a Adams—. Claro que conozco al inspector, señorita. Siempre haciendo preguntas sobre la desaparición de sir William. ¿Ha encontrado ya al señor, inspector?

—No, Cooper —replicó Adams escuetamente.

—Bueno, yo ayudaré en todo lo que pueda, pero no sé más de lo que dije antes. Ahora, señorita, antes de hacer los árboles, ¿puedo arreglar este trozo estropeado del arriate? Quise preguntarle al profesor cuando lo vi esta mañana.

—¿Ha visto usted a mi padre... esta mañana?—.su voz sonaba tensa.

—Sí. Lo he visto en casa de sir William no hace una hora. Estaba por la huerta.

—Háblenos de esto, señor Cooper —dijo Gauge despacio—. Dice usted que ha visto al profesor Lomax en la huerta de sir William Stacey hace una hora. ¿Esta usted seguro de que era él?

—Tan cierto como que le estoy viendo a usted en estos momentos. Mis ojos nunca me han engañado en los últimos cincuenta años. Quise hablar con él pero cuando pude acercarme ya se había marchado. ,

—¿Dónde fue? ¿Vio hacia dónde iba? —Gauge lanzó la pregunta con rapidez. Podía observarse que la respiración de Helen Lomax se hacía cada vez más ansiosa y que difícilmente se estaba conteniendo.

Cooper hizo una mueca, se quitó la gorra y enderezó la cabeza.

—Que me entierren si lo sé, señor. Supongo que iría hacia el pueblo.

—¿Y es eso todo lo que puede decirnos? —La voz de Helen Lomax estaba llena de desilusión. Dio un profundo suspiro.

—Señor Cooper —dijo Gauge súbitamente—. Pensaba ir en seguida a verle a usted para la otra... para la desaparición de sir William Stacey. Creo que usted estaba más o menos cerca cuando sucedió, digámoslo así.

—Allí estaba yo, señor, podando el último de los rosales. Esa vieja, oh perdón, la señora Milne. me estaba llamando. Pero yo no lo había visto. Ella y yo registramos todo de arriba abajo pero se había desvanecido como el humo.

—Es suficiente, Cooper —atajó Adams, que había visto a Helen angustiarse visiblemente—. No tiene objeto hacerle preguntas ahora, Gauge. No sabe nada. Ya le exprimimos una vez y le sacamos todo lo que sabía.

—Ay, eso fue lo que usted hizo, inspector —exclamó Cooper, pero nadie se preocupó por el tono perentorio de su voz. Se dirigió a Gauge—. Yo sé lo que me va usted a preguntar. Es acerca de aquel extraño ruido. Pues bien, como le dije al inspector, allí no se encontraba nadie ni había ningún coche a la vista.

—Así lo entendí —sonrió Gauge—. Ahora, señor Cooper, puede que haya algo, algún pequeño detalle que se le haya pasado y que después recordase. Sé

que suena melodramático, pero cabe dentro de lo posible que sir William fuese arrebatado desde el aire, por un helicóptero. —Hizo una pausa ante el bufido emitido por el inspector Adams.

Pero Cooper no se encontraba a gusto, de eso se pudo dar cuenta en seguida.

—Es divertido que diga eso, señor —contestó el hombre—. Vi una vez un helicóptero en la televisión y también lo oí. No, allí no había ninguno, pero sí estaba aquel extraño ruido. Casi lo había olvidado hasta que usted nombró el aeroplano.

—De ese ruido —dijo Gauge— sólo tengo una vaga referencia en su historia. ¿Cómo era exactamente?

Cooper explicó:

—Como algo imposible de describir, señor. Un extraño motor, un tractor o una máquina segadora. Como un zumbido. La única segadora en dos millas a la redonda pertenece a sir William y se encontraba en el garaje. No hay tractores por aquí, ni tampoco jóvenes que tengan motocicletas. ¿Habría alguien arreglando la carretera coa las perforadoras, inspector?

Adams pareció mortificado y Gauge rió para sí. Uno de los pequeños detalles que al inspector se le habían pasado por alto. Le echó una mirada a Cooper y decidió que aquél era un hombre del que no se podía uno fiar por completo. Cooper seguramente llevaba siempre la escopeta cargada como Helen Lomax. Distinción de clases, debía ser la escopeta de Cooper. Aunque en cada momento solía llevar a cabo su papel, no era realmente la clase de hombre que se quita la gorra.

—Gracias, señor Cooper —dijo amablemente—. Tendremos una conversación otro día, ¿le parece? —Cooper se dio media vuelta con gesto cínico y Gauge se volvió hacia Helen Lomax.

—Bien, señorita Lomax, el misterio del botón está resuelto —dijo con sorda risa—. No hay misterio en absoluto; el botón no va a constituir nuestra Prueba A. Su padre fue a White Gates y después marchó al pueblo.

—Entonces, ¿por qué no vamos allí y lo probamos? —dijo ella con frialdad mientras iniciaba su marcha hacia la cancela. Adams y Gauge intercambiaron miradas y la siguieron.

Pero Gauge estaba equivocado. El profesor Lomax no. había estado en el pueblo de Oakdene aquella mañana. Era un pequeño lugar y entre los tres lo registraron en busca de Lomax con resultado negativo. Estaban de pie junto al coche y Gauge sonreía para sí. Helen Lomax estaba sumida en un estado de depresión y Adams, el blando e imperturbable Adams, estaba tan cerca de la irritación como Gauge nunca lo había visto.

“Los dos hoteles, la oficina de correos, todas las tiendas, en ningún sitio ha estado. Bien, supongo que es la vieja rutina. Llamaré a Retford para que me manden algunos hombres. Oakdene se está convirtiendo en un lugar propicio para la desaparición de científicos.” No se excusó ante Helen Lomax cuando se fue hacia la oficina de la policía, por lo que Gauge rió.

—Usted sabe, señorita Lomax, creo que estamos llevando esta cuestión demasiado lejos —dijo—. Aquí tenemos a dos distinguidos y viejos científicos evaporados. Bien, esto es casi natural. Es bien conocida su tendencia a despistarse. Es plausible que siguiendo un impulso momentáneo se hayan marchado. Viven en un mundo propio. He oído de algunos tan distraídos que han olvidado comer hasta que los han obligado.

Ella le obsequió con una helada mirada.

—No es su padre el que ha desaparecido, doctor Gauge. Y permítame recordarle que hace casi tres días que sir William fue visto por última vez.

A los dos los conocía bien. No eran ni mucho menos la cómica estampa del científico loco que usted piensa, puedo asegurárselo. Mi padre puede que fuera un poco despistado, pero sir William tenía una mente tan despejada como pueda tenerla usted. Doctor Gauge, me pregunto por qué está usted aquí. Por qué precisamente usted y no un policía, un C. I. D. superintendente.

El esperó antes de contestar y ella no aguardó su respuesta.

—No conteste, doctor, lo sé. Es porque sir William era un científico, mejor dicho, es un científico. Hay algo extraño en su desaparición. No es sólo el miedo a un rapto o... a un asesinato ni a los crímenes habituales que conciernen a Scotland Yard. Hay algo raro acerca de todo esto. No lo niegue; sé que tengo razón. He notado desde el principio que tiene usted en muy baja opinión la inteligencia femenina.

—No me salga con esas —protestó él, pero la chica continuó como si no la hubiesen interrumpido.

—Puede que le interese saber que tengo formada mi opinión sobre este desagradable asunto. Lo estoy mirando desde un objetivo punto de vista. Estoy ignorando las circunstancias de que mi propio padre aparece cogido en él. Se lo diré en otras palabras, doctor Gauge. Hay tres científicos, todos ellos antropólogos, en apuros. Está la desaparición de sir William, está la de mi padre, y también el caso de ese joven Ross. Todo tiene una conexión, estoy segura. Ya ha ido usted a ver al señor Ross, según creo. ¿Puede usted decirme algo o sólo soy una simple mujer a la que no se puede confiar una tan grande y secreta información?

Estaban conduciendo hacia las afueras de Oakdene en estos momentos y él atendía el cambio de marcha. Echó una mirada a su fiera expresión pero no se atrevió a reír. En vez de esto le contó toda la historia de su visita al sanatorio de Greyfriars, y la chica se permitió un gesto de triunfo en su rostro.

—Ya ve usted —dijo ella—. El estaba en conexión con sir William. Estuvo una noche en casa con Stacey para cenar, y estuvieron hablando de los famosos dibujos en la roca en las cuevas de los Pirineos. De pronto dijo Ross: “Esto no fue todo lo que vimos, ¿verdad sir William?” Se veía que el joven se encontraba hinchado y satisfecho. Incluso, ¿sabe usted?, tuvo la impertinencia de pedirme lo que él llamaba una cita. Con sus sandalias, barba y todo.

—¿Pudo usted coger a qué se refería? —preguntó Gauge con curiosidad.

—Nosotros los científicos, especialmente los antropólogos —dijo ella con

un deje amargo—somos un poco quisquillosos—. Sir William se enfurruñó para el resto de la comida y no volvió a decir una palabra. Mi padre y yo sentíamos una gran curiosidad, debo admitirlo. En efecto, mi padre presionó a sir William y Stacey estalló; "No quiero que nadie me pise mi descubrimiento", dijo gritando a mi padre como puede usted imaginarse. Yo siempre le digo que es demasiado bueno y demasiado educado para este mundo.

Había estado conduciendo despacio mientras hablaban y el coche alcanzaba en ese momento la blanca cancela de la señora de Stacey. Gauge se volvió hacia ella.

—Voy a entrar para ver a la señora Milne. ¿Quiere que la lleve a casa primero o prefiere estar presente?

—Entraré, gracias —dijo ella con distanciamiento—. La señora Milne es casi la única persona de Oakdene que no ha sido interrogada acerca de mi padre.

Con la señora Milne siempre estaba la batea del té y Gauge por una vez se alegró. Cogió un panecillo mientras Helen Lomax contaba al ama de llaves cómo había perdido a su padre.

—¡Oh, pobre querida! —exclamó la señora Milne—. Justo como mi pobre sir William. Han sido esos rusos doctor, estoy convencida. Quieren que todos los científicos del mundo vayan a Rusia. Con sus "spútniks" y sus satélites quieren conquistar el universo además de su mundo.

—Veo que usted se está. quedando aquí, señora Milne —observó Gauge pacientemente, aunque refunfuñó. ¿Por qué no le habían enseñado cuando pequeño cómo tratar a las mujeres, cuando era con seguridad lo más importante para un hombre en estos días difíciles en que ellas no se contentaban con permanecer en la antesala del locutorio Victoriano?

—¿Y por qué no señor? —preguntó ella con indignación—. Sir William puede... volverá, y el procurador dijo que alguien tenía que estar aquí para cuidar de la casa.

—Claro, claro —dijo con aspereza mientras soltaba su sombrero—, sólo he venido, señora Milne, para preguntarle acerca de algo extraño que hemos encontrado en el jardín. ¿Le importaría salir y se lo enseñaré?

—Encontrará usted un montón de cosas raras en el jardín de Cooper —dijo ella—, especialmente después de haber estado en la taberna. Ese ruido que dice que oyó fue por la bebida, lo juraría, ya que yo no oí nada.

—Bueno, usted estaba en la casa y él se encontraba fuera. Cooper no podía estar... borracho a esa hora del día. Sobre las seis, creo que era más o menos.

Ella volvió a reír entre dientes.

—Hay cosas muy extrañas en el invernadero de Cooper y otras junto a las macetas.

—Bien, bien —comentó Gauge interiormente divertido dirigiéndose hacia la cavidad que había en la tierra. La señora Milne la observó fijamente mientras tartamudeaba.

—Sir William se disgustará cuando vea esto —dijo—. Alguien ha estado aquí robando barro, eso es lo que ha pasado. Buen barro es el que tenemos aquí.

—¿Ha sido Cooper, eh? —dijo mirándola fijamente, pero la mujer negó con la cabeza.

—Con todas sus faltas, Cooper es un buen jardinero y nunca excavaría un agujero como éste, por nada del mundo. Tiene sus abonos en otro sitio y de ninguna de las maneras puede ser para quemar; tenemos un horno al fondo de la huerta. —Calló y se paró a escuchar—. Es el teléfono en la casa. Me perdonarán ustedes. Esto me recuerda, señorita, que su padre me telefoneó esta mañana a las once y media... —y entonces se marchó, escurriéndose a lo largo del sendero mientras dejaba a Helen con los ojos asombrados y a Gauge haciendo saltar el botón en la palma de su mano. Pensó que posiblemente la llamada de ahora podía ser Adams que quería hablar con él pero no hizo ningún movimiento para seguir al ama de llaves; se sentía demasiado interesado en resolver el efecto que las últimas palabras de la mujer habían producido. Mientras estuvo ausente ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio y cuando volvió temían interrogar.

—Habían colgado —dijo ella al volver. Helen Lomax se encogió de hombros. La mujer la miró —Señora Milne —dijo Helen tensamente—. ¿Qué le dijo mi padre? ¿Dónde estaba?

—Ya le he dicho que habían colgado, no había nadie... oh, ya sé lo que quiere saber, lo que su padre dijo cuando llamó esta mañana. Bueno, querida, no necesita usted preocuparse por eso. Todo lo que quería era pedir permiso para echar una mirada a la huerta.

Lo mismo Helen que Gauge se relajaron con un suspiro. Estaban en un círculo vicioso. No fueron muy corteses con la vieja señora Milne cuando se excusaron y salieron.

Un sonriente Cooper se encontraba de pie junto a su bicicleta observándolos cuando salieron de “White Gates” hacia el coche. Gauge lo miró. De cualquier forma la total actitud de aquel individuo era desafiante. Le interpeló en seguida preguntándole por el agujero en la tierra, y con su habitual manera perezosa Cooper negó saber nada de ello. El no lo había cavado: él nunca cavaba un hoyo como aquél. Tenía su sitio especial para quemar y usaba del mejor estiércol además de su propio abono. Ante la teoría de la señora Milne de que alguien había robado el barro se mostró desdeñoso.

—Tendrían que habérselo llevado en bolsas de papel, señor —se burló—. He visto el agujero de que habla, no había huellas de ruedas alrededor, señor, puedo jurarlo.

Cuando Gauge siguió a Helen dentro del hall de “Te Hermitage” el teléfono estaba sonando. Ella descolgó el aparato y se lo pasó a él que escuchó. Entonces él tapó el auricular con la mano.

—Señorita Lomax, su padre ha sido visto tomando el tren para Nottingham. El inspector está furioso con la pista.

—Mientras volvía a escuchar tuvo conciencia de la oleada de ternura que venía de ella. Cuando colgó el receptor la chica sonreía feliz.

—¿Va usted a ir con el inspector para traer a mi padre? —preguntó confiada, pero él negó con la cabeza.

—No, no —dijo—. Esto es asunto de la policía, pura rutina. No se preocupe, Adams se lo devolverá sano y salvo. Salgo para el sanatorio. Adams me ha dicho que hay allí un mensaje para mí. Ross parece que se ha recuperado y tengo que interrogarle tan pronto como me sea posible, no tengo más remedio. La clave de todo esto está en ese joven, de esto estoy convencido.

—¿Cree usted que eso es más importante que mi padre? —dijo mientras el hielo volvía a su voz de nuevo. El la miró fijamente.

—Mire, Helen, señorita Lomax. Yo tengo un trabajo que hacer, usted me preguntó que por qué había venido. Es simple; vine para encontrar a sir William Stacey. Ross es la clave, usted puede comprenderlo. Su padre está perfectamente; eso se lo juro. Adams cuidará de él.

—Lo siento, doctor —dijo con una contrición muy femenina—. No sé que me pasa. Le estoy tratando muy mal desde que nos conocimos. Espero que me perdone.

Era un Adams muy diferente el que encontró en el Retford como habían quedado. Gauge notó cómo se había crecido en su cargo de inspector. La ensoñación y la placidez habían desaparecido dando paso al diligente policía. Gauge le hizo un breve relato de su conversación con Cooper y Adams asintió.

—Habrá usted tenido una larga conversación con la voluble señora Milne, supongo. Traté de ponerme en comunicación con usted pero hubo un estúpido cruce de líneas y decidí que podría encontrarle en “The Hermitage”.

Gauge pareció un poco embarazado. ¿Cómo podía haber imaginado Adams que él estaría allí? Pero Adams estaba riendo para sí tranquilamente.

—Telefonearé a la señorita Lomax para darle noticias de su padre tan pronto como haya algo definitivo. Supongo que usted irá a ver a ese sujeto Ross.

—Ese joven puede ser la clave de todo esto. Stacey y él estaban metidos en algo muy raro. Esa depresión nerviosa que ha tenido no puede haber sido más inoportuna. Si puedo sacarle algo racional quizá sabremos mucho más hoy. Cuide al viejo cuando lo encuentro, inspector. Esa chica ha estado muy preocupada.

Su imagen le siguió durante todo el trayecto hasta el sanatorio y únicamente se disipó ante los severos y aséptico alrededores donde se encontraba por segunda vez desde que había llegado a Nottinghamshire.

El doctor Reid lo condujo inmediatamente a la habitación que ocupaba Ross. Gauge se había mostrado taciturno en su conversación. Sólo quería una cosa, y era ver a Ross cuanto antes y hacerle unas cuantas preguntas. .

Su corazón dio un vuelco cuando vio al enfermero ante la puerta cerrada

de la habitación. Esta no era más que una delgada lámina. El asistente habló con rapidez a Reid.

—No quiere abrir la puerta, señor, aunque he llamado varias veces. Naturalmente tengo la llave pero ha puesto una barricada con los muebles.

Gauge se aferró al brazo de Reid.

—Tenemos que entrar en esa habitación.

—Ese hombre es mi paciente, no lo olvide. Debo recordarle que es un paciente voluntarioso.

—Usted dijo que se había recobrado, y desde luego no lo parece.

—Sí, pero... bien, usted no conoce esta clase de trabajo, doctor; usted quizá no se da cuenta de lo delicada que es la mente humana. Estaba tranquilo, más que nunca desde que fue admitido aquí. Pidió un periódico y cuando lo hubo mirado pareció en peligro de recaer. Su mirada estaba desencajada y no hacía más que pedir protección. Incluso me pidió que le consiguiese una entrevista con el Primer Ministro. ¡El Primer Ministro! Suena cómico, pero en un lugar como éste se oye de todo y nada sorprende. No consintió en decirnos qué era lo que temía. El temor era completamente real en su imaginación. Usted sabe que hoy en día nos ocupamos con el mismo interés de los casos de enfermos psicológicos como de los aquejados de males funcionales. A Ross le ocurre algo muy serio, aunque miles de cirujanos no darían con su mal. El miedo se puede leer en sus ojos y en su voz fue una experiencia completamente nueva para mí, y puedo asegurarle que tenga una gran experiencia de la imaginación humana.

—¡Miedo! —repitió Gauge—. ¡Miedo! ¿pero de qué? Continúe, doctor.

—Todo esto ocurrió después de llamarle a usted. Le aseguro que sentí haberlo hecho. Esta última fase de la enfermedad de Ross puede ser la peor; puede terminar en paranoia.

—El periódico —dijo Gauge—. ¿Qué es la que estuvo leyendo?

Reid rió.

—Oh, nuestra sensacional noticia. La desaparición de la celebridad local, sir William Stacey.

—Doctor Reid —dijo Gauge ceñudo—. Traiga una autorización del Ministerio del Interior para insistir en entrar en esa habitación en seguida antes de que sea demasiado tarde.

Reid pareció asombrado y se mostró resentido por el súbito cambio de tono de Gauge. Le miró con ferocidad, pero Gauge pareció ignorarlo. El doctor se volvió al asistente.

—¿Ha hablado usted con él, Owen?

—He llamado varias veces, señor, pero no he tenido respuesta.

—Entonces es demasiado tarde —dijo Gauge ácidamente, y sin pedir permiso se dejó caer con fuerza contra la puerta. Después de un momento de duda Reid hizo una seña a Owen.

—Como había supuesto —estalló Gauge cuando cedió la barricada y pudieron entrar—, se ha marchado. ¿Cómo? ¿No hay barrotes en la ventana,

doctor?

—Ya le he dicho que era un paciente voluntarioso, señor —dijo Reid con dignidad, por lo que Gauge se sintió desarmado. Reid en realidad no sabía cuánto dependía de que pudiera interrogar a David Ross.

—¿Es aquél? —preguntó desde la abierta ventana—. Aquel individuo que entra en la pequeña furgoneta.

—Por todos los diablos, ¡sí que es él! —gritó Reid—. Es él y se va en nuestra furgoneta. Doctor Gauge. ¿dónde está su coche? El mío está encerrado en el garaje y no hay un minuto que perder. Tenemos que alcanzar a ese loco. Sólo el cielo sabe lo que es capaz de hacer en su estado.

Gauge rió sordamente para él y puso en marcha mi coche. Por fin el doctor Reid y él pensaban al unísono, aunque fuese por razones diferentes.

—La carretera de Nottingham —dijo Reid mientras Gauge aceleraba al cruzar la abierta cancela—. Todo seguido hasta que lleguemos a Whatton. Mire, allí delante va. Pronto le daremos alcance, no tenemos más remedio.

—Hay allí un paso a nivel —dijo Gauge, inclinado sobre el volante—. Sin control, sin barrera. Tendrá que reducir la velocidad al llegar allí a menos que sea un insensato... Dios mío, ¡el silbido de un tren! No está aminorando, sino que lleva más velocidad. Sabe que vamos tras él y que ésta es su única oportunidad...

Vieron la pequeña furgoneta cruzar la vía un segundo antes que la locomotora, que ahora hacía sonar el silbido como un demente. Gauge se aferró a sus frenos y el coche fue de un lado para otro y por fin se detuvo a dos pasos del tren que pasaba. El mundo en un momento pareció lleno de ahogante humo y agudos silbidos. Era una vieja máquina de maniobra arrastrando unos vagones de carbón, pero a los dos hombres les pareció un verdadero diablo volador.

—Bien, lo hemos perdido —dijo Reid malhumorado cuando cruzaron las vías y vieron la desierta carretera—. Hay tres caminos que puede haber tomado desde aquí.

—Ha seguido hacia Nottingham —decidió Gauge de pronto—. No es necesario que los dos le sigamos. Le llevaré a usted hasta la cancela. Llame al inspector Adams en la Estación Central de Policía de Nottingham. dígale lo que ha pasado y que detengan esa furgoneta y al hombre que va en ella. Dele una descripción y el número de matrícula. Tenemos que detener a ese individuo, Reid, a los dos nos conviene.

Reid asintió, aplanado por la catástrofe.

—Huidas como ésta de una casa de salud han arruinado la carrera de algunos médicos. Haré todo eso, doctor Gauge. Haré lo que sea con tal de devolverlo sano y salvo.

El coche había dado la vuelta mientras Gauge se dirigía a Nottingham.

Adams se encontraba a la puerta de la estación de policía cuando Gauge llegó.

—Estamos sobre su pista, Gauge. Se detuvo para tomar gasolina y después

tomó la dirección de Lancing Road.

—Entre, inspector —dijo Gauge desanimado.

Hacía calor. En el número 17 de Lancing Road lo habían perdido por unos minutos y continuaban la búsqueda. Su patrona les dijo que Ross había entrado como una tromba y se había llevado todas sus pertenencias.

—Parecía como si el diablo fuese persiguiéndolo —dijo la mujer—. Me extrañó, se lo aseguro. Cuando le dije que todo había sido trasladado a la Universidad pareció que hubiese visto a la muerte. Gritó como que tenía que salvar algo; no pude entender bien a qué se refería. Entonces salió disparado sin añadir palabra.

—Esto es algo, Adams —dijo Gauge cuando estuvieron le vuelta en el coche—. Este hombre está fuera de sí por alguien o algo. Tiene en su poder alguna cosa que tiene que defender contra alguien desconocido. Cuando tengamos a Ross y averigüemos qué se trae entre manos tendremos conseguido un punto vital. ¿Está usted conmigo?

—¿Por qué no, doctor? Me pregunto qué hacemos aquí hablando y cómo no vamos a la Universidad, que es en definitiva adonde se dirigirá.

Gauge rió y pisó el acelerador.

—Me alegro de que conozca las calles de esta ciudad, inspector. Tenemos mucha prisa.

Cuando se aproximaban a los obscuros edificios de la Universidad hablaron de nuevo.

—No vamos a encontrar a nadie a estas horas de la noche, y es una suerte que se encuentre usted aquí, inspector. Puede que sea como un animal salvaje si lo encontramos. Si no quiere hablar o si se encuentra bajo efectos del shock, no podremos detenerlo por nada, ¿no?

—Ha robado esa furgoneta —sonrió Adams—. Eso lo convierte en un ladrón de coches, y ése es mi trabajo, doctor. Y además, no se preocupe, que no está loco; todo lo que ha hecho hasta ahora es bastante racional. Lo detendré para usted con sumo gusto, doctor. A propósito, no he tenido ocasión de decirle que perdimos a Lomax. Tuvimos noticias suyas en la estación de Nottingham después de esto, nada, parecía como si se lo hubiese tragado la tierra. He dejado a un sargento allí para cooperar con la C. I. D. en Nottingham, mientras yo regresaba para enterarme de cómo le había ido con Ross. No se preocupe, que el viejo está a salvo. No hay de qué preocuparse. Volverá cuando sienta hambre.

Gauge rió.

—Menos mal que la señorita Lomax no puede oírle.

Se estaba haciendo de noche cuando vieron la furgoneta aparcada junto al desierto campo de deportes.

—Tiene que estar por aquí —dijo Adams—. Mis muchachos no tardarán; van a traer los perros.

—Lo estoy viendo —dijo Gauge de repente—. Está junto al pabellón de cricket. Rápido, vayamos tras él, no podemos arriesgarnos a perderlo con esta

obscuridad.

¿Terminaba por fin la aventura como el cigarrillo que se consume? Gauge empezó a avanzar en su dirección, deteniéndose para escuchar. ¡Aquel sonido! ¿Era un tractor? ¿Una máquina de escribir? ¿Un motor? ¿Una apisonadora? Se aferró al brazo de Adams.

—¿Oye usted ese sonido? Viene del campo, a la derecha.

—Que el diablo lo confunda —juró Adams—. No puedo ver nada ahora. Hay también un poco de niebla. Ese ruido es decididamente extraño.

—La misma clase de ruido que oyó Cooper —murmuró Gauge, y entonces se olvidaron de él ante el nuevo sonido que oyeron. Venía del campo que estaba a su derecha, de donde había llegado también el extraño ronquido y donde la niebla iba extendiéndose. En la incomprensible forma en que la mente humana funciona, Gauge tuvo tiempo para una instantánea asociación de ideas. "Yo he visto y oído esto antes", se dijo. Después todo fue absorbido por un grito que llegó hasta sus oídos. Lleno de agonía y terror, un terror mortal como ningún hombre en la tierra había experimentado, brotó de una garganta humana, muriendo después en un gemido.

—Ese es Ross —gritó Adams, ahora sin ninguna precaución—. Alguien le ha alcanzado.

Se abrió paso a través de la maleza y Gauge corrió tras él. El prado vacío se extendía ante ellos, aún visible a la media luz. Ni niebla, ni sonidos ni Ross. Nada más que la hierba, los árboles, los setos y la quieta noche. ¿Lo habían soñado?

¿Registraron el prado y los campos adyacente? durante una hora hasta que fue completamente de noche. Adams cayó en un hoyo finalmente, de otra forma nunca lo hubieran descubierto. Cuando pudo salir de él lo iluminó con su lámpara de bolsillo y ambos hombres se miraron fijamente.

—Gemelo del que hay en la huerta de Stacey—dijo Gauge—. Y hay el mismo extraño olor y la misma ceniza en el fondo.

Sacó de su bolsillo un sobre vacío y se dejó caer en el agujero. Lo llenó de la negra ceniza que había en el fondo y en los lados, lo cerró y escribió sobre él. Adams lo miró sin decir palabra.

Pero Adams se encontraba muy ocupado en ese momento organizando una minuciosa búsqueda. Sus hombres con los perros habían llegado y se veían luces entrando en los edificios de la Universidad. Gauge agarró el brazo de Adams.

—Inspector, me gustaría que se diese a esto la menos publicidad posible.

Adams gruñó y sonrió a la luz de la linterna.

—Lo intentaremos, Gauge, pero todo este pequeño asunto está convirtiéndose en algo de importancia. Lo intentaremos, desde luego, pero si podemos convencer a un principal del Ministerio del Interior quizá logremos que sólo aparezca en las últimas páginas.

—Lo haré —dijo Gauge volviéndose pensativo a su coche mientras encendía un cigarrillo. Observó las linternas de los buscadores y oyó los

ladridos de los perros y casi dormitaba cuando Adams se acercó.

—No se ha encontrado nada, doctor —dijo—. Ross no está aquí. Exactamente como Stacey, se ha desvanecido en el aire. ¿En qué lugar de la Tierra se encontrará?

—¿Dice usted en qué lugar de la Tierra, inspector? —sonrió Gauge.

Adams rió suavemente.

—Ya sé por dónde va, Gauge, quiere usted decir que estos inexplicables sucesos pueden ser el trabajo de otros, ¿cómo diría?, aliados e invasores de otro planeta.

Gauge rió. Ver que un inspector de policía podía siquiera llegar a pensar esas cosas le demostraba que Adams era muy parecido a él.

—Usted ha estado leyendo novelas terroríficas, inspector —le acusó—. No, no, dejemos los pies en la tierra. De todos modos es muy pronto para aventurar fantásticas teorías, quedan muchas reales que probar todavía. Bien, hemos perdido a Ross; eso es seguro.

—Pero hemos encontrado algo, doctor —exclamó Adams—. Como coleccionistas de agujeros en la tierra, estamos en la cumbre. El sargento ha encontrado otro como los demás, ya tenemos un terceto.

Gauge había salido disparado de su coche como una bala de la escopeta.

Este último era el más viejo de los famosos y fantásticos agujeros y Gauge lo afirmó categóricamente cuando las luces de las lámparas lo iluminaron.

—Lleva aquí mucho más tiempo que los otros dos. Los bordes han empezado a desmoronarse, yo diría que por la lluvia. Bien, tomaré una muestra: y volveremos a Oakdene.

Ambos guardaron silencio durante el trayecto hacia el pueblo. Ninguno aventuró una teoría de las que debían haber comentado. Eran casi las once cuando llegaron a White Gates, la casa de Stacey. Ésta se encontraba en completa oscuridad.

—La vieja zorra está en la cama —dijo Adams irreverentemente.

—No la perturbaremos —dijo Gauge con una sonrisa—. Nos colaremos en la huerta, cogeremos nuestra muestra y después creo que seguiré su ejemplo. Éste, inspector, no ha sido un día tranquilo.

Se encontraba de rodillas al borde le la cavidad recogiendo alguna ceniza de los lados cuando oyó el grito, un grito de mujer, que naturalmente provenía de la señora Milne. Adams se adelantó a través del campo hacia la fachada principal. El ama de llaves llegaba corriendo por el sendero agitando sus manos. Las luces se habían encendido en la casa y ella gritaba histéricamente.

—¡Oh, señor Adams, doctor! —se quejó—, esto está lleno de ladrones. —Gauge se fijó en que ella estaba completamente vestida, con sombrero y abrigo.

—¡Ladrones! —repitió Adams con una nota de escepticismo en su voz.

—Acabo de regresar en este momento —exclamó—. Tuve que venir a pie, perdí el último autobús Entré y tan pronto como estuve en el hall vi algo que se movía en el estudio de sir William. Lo que sea todavía continúa allí.

—¿Lo que sea? —dijo Adams con agudeza, pero Gauge le tocó el brazo.

—Ahora no se enoje, señora Milne —dijo a la asustada mujer—. El inspector y yo vamos a entrar y cogeremos al bribón, quienquiera que sea. Es por estar usted viviendo sola en esta casa tan grande por lo que ocurren estas cosas. Espere usted aquí y pronto lo sacaremos.

Entraron en el iluminado hall y escucharon mientras Adams asía firmemente la empuñadura de su bastón.

—El estudio es la última puerta al final de este corredor. Gauge. La mujer tenía razón, hay alguien moviéndose allí. Si no le importa, doctor, llevaré esto conmigo, pues me da seguridad.

Gauge rió silenciosamente y se puso a su lado. Adams echó a andar de puntillas hacia la puerta del estudio y tiró de ella, abriéndola con rapidez, al mismo tiempo que se echaba a un lado. Ninguna luz salía del estudio ni tampoco ningún sonido. Adams saltó dentro encendiendo su linterna. Gauge le oyó soltar una imprecación, entonces la luz se encendió.

—Gauge —llegó la voz de Adams—. Entre y vea a nuestro salteador.

Gauge entró y se quedó mirando con fijeza la figura que permanecía de pie junto al inspector. Allí estaba el tranquilo y agradable rostro que tanto se parecía a Helen, aquel suave y serio rostro de pensador.

—¡Profesor Lomax! —dijo con suavidad. Adams soltó una carcajada y Lomax pareció avergonzado bajando la vista hasta sus pies.

CAPITULO III

Exactamente lo que Gauge nunca podía esperar saber. El hallazgo de Lomax en el estudio de Stacey le había dejado un poco perplejo. No había bromeado al decir que había sido un día completo. Se sentía como un hilo mascado. Alcanzó una silla y se dejó caer en ella con un suspiro. Miró a Adams; el inspector estaba contento. Se encontraba en su propio elemento. Gauge casi sintió nostalgia por su laboratorio, sus probetas y tubos de ensayo, su microscopio. Allí se sabía casi siempre qué era lo que se estaba buscando.

El anciano estaba murmurando gran cantidad de excusas por molestar y despertar a todos. Este Lomax era también un antropólogo. Él ya había demostrado gran interés por el trabajo de sir William Stacey y su curiosidad había sido sonoramente rechazada. Gauge conocía algo de la casi insaciable curiosidad de la mente de un científico. El viejo Lomax se había deslizado en la casa sabiendo que la señora Milne no estaba. Había estado trasteando en el estudio de Stacey, buscando la clave del misterioso proyecto en el que los dos hombres ahora desaparecidos habían estado trabajando. E incidentalmente, aterrorizando a la señora Milne y a su hija, y movilizando a todas las fuerzas de la policía del condado para trabajar en su búsqueda. Gauge sonrió para sí. A él no parecía importarle desde su apartado Edén. Nadie pareció sorprendido de cómo había podido entrar tan fácilmente. La señora Milne suplió la respuesta a esto.

—El pestillo de la ventana francesa está roto —estaba diciendo—. Verdaderamente tengo que hacerlo arreglar. ¿Sabe usted, profesor, que me tuvo muy asustada?

Gauge pensó para sí: sí, y también a mí me había asustado. ¿De qué había tenido miedo? ¿Qué había esperado? Había algo en el fondo de su mente tratando de salir como un coherente pensamiento. No podía hacer nada; no saldría a la luz. Era como un sueño en el momento de despertar, como las oleadas de aire sobre arena caliente.

—¿Quieren ustedes una taza de té? —preguntó la mujer, y cuando cortésmente declinaron la invitación se marchó hacia la puerta—. Bien, me voy a la cama ahora, señores, viendo que estoy en buenas manos.

—Nosotros ya nos marchamos, señora Milne —dijo Adams genialmente —. No la molestaremos. Buenas noches.

Gauge miró abstraído al anciano. Sacó el botón del bolsillo completamente seguro de que faltaba uno en la chaqueta del viejo.

—Nos ha hecho usted bailar, profesor —dijo—. Sabíamos que había usted estado en la huerta de Stacey y también que había usted ido a Nottingham. Eso fue todo. Su hija ha estado muy preocupada.

Lomax pareció sentirlo, pero de ninguna manera arrepentido. Sus ojos brillaron.

—Lo siento, señores. Da la casualidad que a mi manera les he estado

ayudando en sus investigaciones. He encontrado un agujero en este jardín que puede que a ustedes se les haya pasado o al menos si lo han visto puede que no se hayan dado cuenta de su posible significado.

—¡Un agujero! —exclamó Adams, y Gauge se volvió para mirarlo.

—Un hoyo redondo de seis pies de ancho y excavado lo menos dos pies en la tierra —dijo—. Una cavidad sin objeto razonable.

—Continúe, por favor —dijo Gauge tranquilamente mientras hacía una seña a Adams.

—Me sentí intrigado por el agujero, señores —dijo Lomax—. Fui a preguntar a Cooper y no sabía nada de él, lo mismo que la señora Milne. Así que más tarde decidí seguir algo que había surgido en mi mente. Había depósitos de algo en la cavidad que me parecieron muy raros. No soy geólogo ni nada parecido, pero la materia a los lados del hoyo tiene una contextura tiesa, como si tuviera aceite o resina, completamente fuera de lugar aquí en Nottinghamshire. se lo aseguro. Así que tomé una muestra y la llevé a un amigo en Nottingham, un geólogo, para que me diese su opinión. Desgraciadamente fue un viaje en balde, ya que había salido para Londres.

Sacando un sobre del bolsillo, Gauge lo abrió. Tomó un poco del contenido con los dedos y miró a Lomax. Se sintió casi arrepentido ante la desilusionada mirada del anciano.

—No hay nada de raro en esto, profesor —dijo sonriendo.

—Así que lo sabía usted todo el tiempo —dijo Lomax rencorosamente—. ¡Oh!, no soy más que un viejo tonto; debía haber supuesto que a ustedes no se les podía haber pasado esto. ¿Va usted a analizar eso, doctor?

Gauge asintió, dudando si contarle lo de los demás agujeros, como el de Stacey que habían encontrado en la Universidad y sus aventuras a la caza de Ross. Decidió no hacerlo, por varias razones. No estaba seguro todavía de la apariencia suave del anciano.

—Es hora de que lo llevemos a casa, señor —dijo riendo—. Reclamo el privilegio de entregarlo a su hija. —Hubo un desmayado suspiro detrás de él y Adams los siguió al hall.

“Es la primera vez que la veo tal como es”, se dijo Gauge cuando el profesor hubo traspasado el umbral de su propia casa y se encontraba en los brazos de su hija. Ella estaba radiante, maravillosa, no había palabras para expresarlo. En su interior le pidió perdón por los duros juicios que había hecho sobre ella antes.

—Bien, por fin hemos encontrado uno de nuestros perdidos científicos, señorita Lomax —observó Adams alegremente cuando entraron.

—¡Oh estoy tan contenta! —dijo ella—. No he tenido un solo momento para pensar en sir William. ¿Tienen ustedes alguna noticia?

—Ni una sola —fue Gauge el que contestó—. A pesar de que al principio su fotografía se distribuyó en todas las primeras páginas.

—Prepararé para todos una taza de café fuerte —anunció ella súbitamente —. Y para celebrarlo pondremos en el café unas gotas de algo, ¿les parece

bien?

Su café pareció una proposición más atractiva que el té de la señora Milne y Gauge lo olió, apreciando el aroma de lo que ella había añadido.

Empezó a paladearlo y su punto de vista sobre el profesor empezó a suavizarse. El viejo era después de todo el padre de la chica y esto marcaba una tremenda diferencia ahora que el suave aroma del ron le envolvía. Cambió su primera decisión y lo contó todo.

El padre y la hija se sobresaltaron cuando les contó lo que había ocurrido aquel día: su visita al sanatorio de Greyfriars y la persecución de Ross. Cuando llegó a los sucesos de las últimas horas y les contó aquel trágico grito surgido de la obscuridad que Adams y él habían oído en los campos de juego de la Universidad, Helen Lomax se llevó una mano a la boca. Se sentía arrepentida ahora por la mala opinión que había formado del joven actor de la tragedia.

—Secuestrado, justo como sir William —exclamó ella con énfasis—. Ha sido por culpa de ese desconocido descubrimiento que había hecho, doctor, estoy segura de esto. He sentido durante todo el tiempo que había una fuerte conexión; esto lo prueba. Tiene que haber sido algo terriblemente importante. ¿Papá, recuerdas aquella cena? ¿Recuerdas qué enfadado estaba sir William cuando Ross insinuó algo de ello?

—Recuerdo lo grosero que el pobre Stacey estuvo conmigo —dijo Lomax con un deje de acidez que se repitió con más efectividad en su hija.

—Lo suficiente para haber arrastrado a este pobre joven casi a la locura —dijo Gauge—. Ha estado tan cerca de la locura que casi ha sobrepasado la línea.

—Y ahora alguien se lo ha llevado, se los han llevado —dijo Helen con sobriedad—. No hay duda que el Gobierno le ha enviado a usted, doctor Gauge. Está claro que es algo terriblemente importante, una cuestión internacional, algo de que puede depender la suerte de la condición humana o del mundo.

Él la miró asombrado y Adams se cubrió la boca con los dedos para ocultar un bostezo. Ella se sintió confundida y Gauge encantado al descubrir que la chica también podía sonrojarse. A fin de cuentas, parecía más bonita cuando se sonrojaba... Pero haciendo un esfuerzo hizo que su imaginación volviera al presente y soltó la taza y el plato. Adams se levantó.

—Espero que esté usted equivocada —dijo Gauge con seriedad—. Es un asunto muy desagradable, lo admito, y hasta ahora no quiero aventurar ninguna teoría. Vamos paso a paso. Si cargamos nuestra mente con ideas preconcebidas, creo que esto sólo nos servirá de impedimento.

—Ya surgió el detective doctor —dijo ella con una brillante sonrisa, pero él había detectado un pequeño deje de acidez en su tono, o ¿era su morbosa imaginación? Les acompañó hasta la puerta—. ¿Dónde les lleva ahora el trabajo, doctor?

—A un mundo en el que confieso me siento mucho más en casa —dijo con

una sonrisa—. A un mundo de tubos de ensayo, balanzas y microscopios, varas de medir y reglas de cálculo, reactivos y catalizadores. Voy a seguir la idea de su padre y mía. Voy a ver si lo que contienen esos fragmentos de barro y ceniza pueden darnos alguna idea de lo que ha causado esas inexplicables cavidades, y qué cosa, si es que ha sido algo, hombre o máquina, raptó a Stacey y Ross. Si están en este mundo, vamos a encontrarlos.

. —Si están en este mundo —repitió ella con un estremecimiento, y esto fue lo último que vio de la chica esa noche mientras caminaban hacia el coche.

Era un mundo nuevo incluso para él, en el que Gauge entró a la siguiente mañana después de cruzar el laboratorio. Lo llevó a Newark, donde los pozos de petróleo elevaban sus delgadas cabezas sobre el campo inglés y donde hombres que debiesen encontrarse en sus casas en Texas u Oklahoma, Bahrein o Kuwait, trabajaban en una de las nuevas industrias británicas, la extracción de petróleo puro de una reacia tierra.

En el laboratorio del departamento geológico de Nottingham, Preston confirmó que los depósitos eran de piedra de arena y aceite, conteniendo una gran proporción de gasolina (keroseno) y que le habían llegado por medio de Newark. Esto era en efecto un nuevo mundo.

Saunders, el ingeniero jefe del campo, era un hombre de pequeña estatura, con manchas de petróleo en la cara y un aire de circunstancias. No estaba en absoluto impresionado por las imponentes credenciales de Gauge, interrumpiendo la presentación para vociferar a unos trabajadores que estaban perdiendo el tiempo con una carretilla.

—¿Qué tiene que ver la desaparición de Stacey con los pozos de petróleo? —quiso saber cuando se hubieron refugiado del incesante polvo y suciedad en su pequeña cabaña blanca.

—Todo forma parte de mi investigación, señor Saunders —dijo Gauge con tiesura. Había reconocido en Saunders el tipo que si desde el principio no se le atemoriza, él trata de atemorizarle a uno. Notó que el hombre se bajó un poco. L# observó sacar su pipa y encenderla sin hacer comentarios.

Gauge extendió sus muestras en un secante y Saunders las miró.

—Preston, en el laboratorio de Geología de Nottingham, confirman que estas muestras son de piedra arenisca y petróleo, ¿está usted de acuerdo?

—Sí —dijo Saunders—. ¿De dónde las ha sacado?

—Una del pueblo de Oakdene, y las otras de los campos Universitarios de Nottingham.

Saunders levantó la cara y se sacó la pipa de la boca. Olió las muestras y rió.

—Alguien le está tomando el pelo, doctor Gauge. ¡Oakdene! ¡La Universidad! No hay perforadoras actuando en ninguno de estos dos sitios.

—¿He dicho yo algo de perforadoras, señor Saunders?

—No tenía por qué. Yo soy un hombre que trabaja en el petróleo y lo sé.

—Estas muestras han sido recogidas de la superficie, señor Saunders.

—Ahora usted está tratando de tomarme el pelo a mí, doctor —rió Saunders—. Mire, estoy muy ocupado y no tengo tiempo para oír chistes como éste.

—El Ministerio del Interior no encuentra esto gracioso, señor Saunders —dijo Gauge con frialdad y Saunders volvió de la puerta a la cabaña hacia donde había estado andando impacientemente.

—¿Usted quiere capítulo y verso entonces?—dijo lentamente—. Como digo, yo soy un hombre del petróleo. Soy un ignorante muerto sobre la mayoría de las otras cosas. Usted me dice que obtuvo estas muestras de la superficie. Bueno, tiene derecho a ello. Yo le diré solamente que esto es absolutamente, totalmente, finalmente imposible. Estas muestras, si fuesen encontradas en Nottinghamshire, no podrían haber venido de ninguna otra fuente que de tres o cuatro mil pies debajo de la superficie de la tierra. Apuesto mi trabajo y mi reputación en esto, doctor.

Hubo un silencio de muerte en la pequeña cabaña mientras Gauge se esforzaba en reunir sus sentidos. Saunders le miraba un poco burlonamente y le enseñaba una caja llena con muchos compartimientos.

—Mire dentro, esta materia es como la suya. La hemos obtenido sacándola con las perforadoras.

Gauge perdió inmediatamente aquella súbita tiesura, tan ajena a su manera de ser, que había asumido ante la conducta observada por Saunders. Esto, esta conversación, este pequeño punto en ella, había de pronto asumido una importancia tan tremenda que todo el aire parecía haberse escapado de él. La mirada que dirigió al pequeño y gordo ingeniero era casi una plegaria.

—¿Es ésta la absoluta verdad? —preguntó Saunders irritado—. Yo no soy un científico; yo dejo esto para cerebros privilegiados que han estudiado. Soy tan sólo un hombre del petróleo y un ingeniero. He trabajado en todos los campos petrolíferos del mundo. Estas muestras que usted me ha traído provienen de trescientos pies bajo tierra. Cómo las obtuvo usted, es cuestión suya.

—Dice usted que obtiene materia como ésta en sus perforadoras —siguió Gauge sin prestar atención—. ¿Qué tamaño tienen las perforadoras que tiene usted aquí, señor Saunders? Quiero decir en diámetro.

Un Saunders muy diferente fue el que le contestó. Sacó unos papeles azules, muestrarios y catálogos de ingeniería, y muy contento se puso a explicar a Gauge todo lo que sabía acerca del forraje del petróleo.

—Cuando rompemos la tierra —empezó diciendo— usamos una perforadora 12, puede que de 18 pulgadas. Cuando tenemos una abertura de las dimensiones de la draga, digamos de seis a ocho pulgadas, puede que incluso más pequeño, se llega a las capas de pizarra y a la roca petrolífera.

—Ha oído usted hablar alguna vez de una draga de setenta y dos pulgadas de diámetro.

Saunders se inclinó divertido.

—Desde luego en este planeta no, doctor. Puede ser que los rusos tengan cosas de esas en los Urales, nunca se sabe. Bueno, ahora está usted bromeando, doctor. Una perforadora de esas dimensiones costaría más que el mundo, y además sería totalmente imposible de usar. Nuestros conocimientos no han llegado a tanto. Los carriles de la imaginación no han llegado todavía a saber cómo usar un taladro como ése. Ha sido usted engañado, doctor, y perdóneme por decirle esto. Estos estudiantes en Varsity, yo diría que es una broma suya.

—Bien, me ha sido usted muy útil, señor Saunders —dijo Gauge maldiciendo para sus adentros. Había sido una mañana inútil hablando como este as tozudo. ¡Trescientos pies! Tonterías. ¿Creía él que Gauge había nacido ayer? Se puso su sombrero.

—Creí entender que estaba usted investigando la desaparición de ese sujeto, Stacey —añadió Saunders—. ¿Cuál es la conexión entre eso y las muestras?

—Habrá usted oído hablar de un callejón sin salida —dijo Gauge con rostro inexpresivo mientras se marchaba.

Fue un bálsamo para su alma cuándo el teléfono sonó en la habitación de su hotel en Retford, donde había instalado su cuartel general. ¡Era ella! Helen, era la señorita Lomax, y quería que él fuese a su casa para tomar el té. En su ansiedad él casi se extralimitó. A Helen Lomax no le agradaría tal evidencia, pensó.

Su padre no estaba, así que se encontraban solos. El la observó mientras preparaba las tazas de té y estuvo apreciando lo que veía. Sabía que el espectador ve más del juego y que un soltero las más de las veces, ve a la mujer y al matrimonio en tonos más rosados de lo que realmente son.

—Papá es diferente desde que volvió —dijo ella mientras le ofrecía una taza—. Parece mucho más reservado... Oh, ya sé que usted piensa que siempre estoy llegando a conclusiones, pero, bien, parece que hay algo que le atormenta. Y naturalmente estoy segura de que es la desaparición de sir William.

—Me parece que es de una clase de hombres blandos —observó Gauge—; justo como me veo a mí mismo cuando sea viejo. ¿Qué es lo que hace pensar así, señorita Lomax?

—No lo sé, nada en particular, intuición femenina.

—Ah —dijo Gauge mirándola de soslayo por encima de su taza de té. Ella bajó la cabeza, justo como haría cualquier chica, y de ningún modo como una mujer científica, mientras le sonreía amistosamente comprendiendo él que no estaba enojada—. Con que intuición femenina, ¿eh? Esto es lo que las mujeres han inventado para hacerse superiores al hombre. Lo llamaremos una especie de sexto sentido sintético.

—Creo que tiene usted una opinión muy pobre sobre las mujeres —dijo ella.

—No de todas las mujeres —dijo él con énfasis—. Como dicen, hay

mujeres y mujeres. En realidad tengo en un alto concepto de su sexo señorita Lomax, pero...

De pronto decidió no decirle nada de su fracaso en los yacimientos de petróleo, pues temía su reacción si se lo contaba. Se reiría de él. Pensó que lo mejor sería no tocar el tema en absoluto. Entre una mujer tan bonita como ella era, y un hombre como él, había un montón de asuntos que tratar siempre mejores que ese. Soltó la taza y se aclaró la garganta. ¿Cuánto tiempo hacía que la conocía? ¿Dos, tres días? Y todavía continuaba llamándola por el protocolario “señorita Lomax”.

El timbre del teléfono lo devolvió a la tierra, y las nubes rosadas en las que se encontrara se tomaron en las escenas de aquella mañana en Newark. Ella le pasó el auricular con una sonrisa.

—Para usted. Es nuestro inspector.

Cogió el teléfono y escuchó. Mientras lo hacía la observó paseando por la habitación, y Adams, al otro extremo de la línea, tuvo que repetir varias veces lo que le estaba diciendo. Eventualmente, Gauge volvió a la realidad y prestó atención. Entonces dijo:

—Bien, iré en seguida. No les gusta que los hagamos esperar.

—Soltó el teléfono con lentitud—. Señorita Lomax —le sonrió —. ¿Ha oído usted alguna vez el alto y perentorio ladrido de un perro grande? Era mi jefe en Londres. Se sienta allí en Scotland Yard y lanza sus órdenes a todos sus subordinados. Le acaba de mandar un telegrama urgente a Adams reclamándome desde Londres para una consulta.

Ella lo miró con respeto.

—¡Para una consulta! ¿Sabe?, eso suena muy importante para mí.

El soltó una carcajada.

—¿Le parezco tan pomposo como eso, señorita Lomax? Por favor, no quiero que abrigue falsas ideas sobre mí. No soy más que un pequeño tornillo de una gran máquina. Si me han llamado no ha sido precisamente para consultarme, esto no pasa de ser una mera expresión, sino para ser reprendido muy severamente. Ellos quieren resultados rápidos y creen que estoy perdiendo el tiempo aquí. Están muy sorprendidos de que no haya encontrado a sir William todavía, como si fuera un prestidigitador que se saca un conejo del sombrero —y encogió los hombros con resignación.

Una vez en la puerta él cogió sus manos y las palabras temblaron en sus labios. Ella misma los mantenía apretados y permanecía de pie a su lado sin decir nada. El maldecía su miedo de que ella se riese de él si sacaba a relucir lo que había en su corazón. A pesar de todo que se riese sería soportable. Lo que no podría resistir era esa superioridad belicosa que ella tan fácilmente asumía. Si ella se erguía, ésta era la palabra apropiada, él se cerraría inmediatamente como una ostra. Bien todavía no había encontrado a Stacey, así que le dejaría volver. Habría tiempo. Presionó su mano con más calor del que hubiera deseado.

—Adiós, doctor Gauge —dijo en voz baja.

—Adiós no —dijo él con falsa alegría—. No se va usted a librar de mí tan fácilmente. Volveré. *Au revoir*, Helen.

El dio media vuelta para no ver su reacción por haberla llamado por primera vez por su nombre y siguió por el sendero sin volver la cabeza. Si la hubiese mirado, se hubiera asombrado de la expresión de sus ojos. Se hubiera sorprendido sin medida, porque el doctor Gauge, doctor en Ciencias, era esencialmente un hombre modesto, con un bajo concepto de sí mismo.

El comisario jefe Grant, saltaba a la vista qué era un policía, pensó Gauge, y no por primera vez. Aunque a menudo había trabajado muy cerca de la policía, nunca se había acostumbrado a ella.

Grant se encontraba hoy en un estado de ánimo muy "oficial".

—Doctor Gauge —dijo, con lo que él sin duda imaginaba que era una sonrisa amable—. No tiene objeto hablarme de toda esa porquería de piedra arenisca mezclada con petróleo procedente de trescientos pies bajo tierra. No soy más que un simple policía. Desde arriba me han ordenado encontrar a ese sujeto Stacey y yo se lo he encargado a usted. Este es su trabajo, doctor, ¿por qué no lo ha encontrado todavía?

—¿Porquería, comisario? —dijo Gauge con tiesura.

—Usted ha sido el que ha usado esa palabra cuando me habló de su charla con ese Saunders de Newark. Además, está todo ese asunto de "cavidades" en jardines y extraños ruidos, helicópteros y no sé qué más. Creía que conocía bien su reputación para esta clase de cosas. No estamos buscando monstruos de la estratosfera, doctor, lo que buscamos es un anciano científico que ha desaparecido. ¿Por qué no lo hemos hallado?

—Debo recordarle, señor —dijo Gauge en su tono más seco—, que todas las fuentes de su propia organización no le han encontrado todavía, ni vivo ni muerto. Si es que aún está en Inglaterra, se halla escondido por propia voluntad o forzado a ello, y si es que ha muerto su cuerpo no ha sido hallado.

—Si está en Inglaterra —musitó el comisario—. Sé a dónde quiere usted llegar. En realidad debo decirle que ya he dado a la Interpol todos los detalles, por si acaso, aunque mi gente está completamente segura de que no ha salido del país. Pero esos extraños sonidos, helicópteros, naves espaciales, platillos volantes Oh, no, no debemos dejar paso a...todo eso. Bien, ahora el Ministerio del Interior me ha echado una reprimenda y yo se la paso a usted...

—Y yo —dijo Gauge con abatimiento—, encontrándome en la base de la estructura no tengo a nadie por debajo de mí a quien pasarle el rocíón. Bien, naturalmente, yo soy el que lleva el caso, señor. Hay algo detrás de todo esto. Debo admitir que su hombre Adams (y éste es un hombre de primerísima calidad que tiene usted allí) y yo estamos tropezando. Todavía no tenemos nada que llevarnos a la boca, sólo trozos sin conexión unos con otros que surgen aquí y allá...

—Me ha recordado usted doctor —dijo Grant alcanzando una bandeja. Pasó a Gauge un gran montón de periódicos con el encabezamiento en la primera página "New York Herald Tribune"—. Esto le demostrará a usted que

los reporteros han examinado el caso y que han comprendido. Hay una pequeña evidencia que puede encajar con un poco de la suya. Naturalmente, es el mismo tema irreal, extraños sonidos y demás...

Gauge no le oía porque se encontraba leyendo el párrafo señalado. Estaba encabezado con un modesto tipo de letra, porque no era sensacionalista.

CIENTIFICO DESAPARECIDO. EDGAR FARROW, EMINENTE EN EL CAMPO DE LA ANTROPOLOGIA, HA DESAPARECIDO ANOCHE A ULTIMA HORA MIENTRAS SE ENCONTRABA EN SU CASA DE LOUISIANA Y TODAVIA NO HA SIDO HALLADO. NO HAY NINGUN INDICIO DE JUEGO SUCIO.

Gauge miró la fecha. Este tal Farrow habla desaparecido el mismo día en que sir William Stacey se había evaporado en el aire. Asió apretadamente el mazo de periódicos y echó una mirada tensa al comisario.

—Esto debe seguirse, señor, y cuanto antes.

—Lo tenemos todo en cuenta, doctor —dijo Grant con presunción—. No somos ciegos y mancos a la vez. Ya nos hemos ocupado de esto. Tan pronto como usted llegó, mi secretario les telefoneó y vamos a ir inmediatamente a la embajada en Grosvenor Square. Un avión trajo ayer algo que puede que a usted le interese.

Gauge se preguntaba si todos los oficiales en Estados Unidos tendrían una bandera detrás de su mesa de escritorio como aparecía en todas las fotografías del Presidente. Esto era un poco teatral, pero tenía que admitir que muy efectivo. Traía consigo una vaga e indefinible idea del Pentágono, del Capitolio, la Casa Blanca y un poco incongruentemente del Cuerpo de la Marina de los Estados Unidos.

Drew, el oficial de policía de enlace en la embajada, era claramente un ex F. B. I. y no necesitaba presentación. Naturalmente les ofreció una bebida y Gauge la aceptó por compromiso. Nunca le había gustado beber. Drew tenía un expediente frente a él y también un magnetofón y mientras ofrecía puros de una caja, se dirigió hacia él.

—Antes de ponerles esto, muchachos, les voy a dar una idea general sobre la persona de Farrow. Últimamente cumplió los cincuenta y un años. De educación esmerada, fue alumno de Harvard, en mi propio curso por cierto, Nunca congeniamos. Farrow nunca tomaba parte en juegos, siempre con su cabeza metida en los libros. Era muy presuntuoso, claro que tenía una gran reputación en los Estados Unidos. Se graduó en el 29. Y después alcanzó él grado de doctor en Ciencias. Miembro de la American Society y miembro corresponsal de nuestra British Association. Eminente antropólogo. Autor de libros, folletos y monografías sobre la materia. Había viajado mucho. No crean que hizo tanto dinero como si hubiese estado en Wall Street. Pero vivía cómodamente y había llegado muy alto entre sus hermanos de profesión los antropólogos. Ahora... llegamos al 23 de este mes. Aquí nos encontramos. Fue

echado de menos por su mujer cuando ella y su hijo Larry volvieron a casa de una reunión. El se había quedado en casa trabajando en un artículo para un periódico científico. Estuvo solo allí y a las once parece que no había sido molestado.

—¿Cómo se sabe esto, señor Drew? —preguntó Gauge—. Si ha desaparecido...

Drew rió abiertamente.

—Aquí es donde entra en juego el magnetofón. Tenemos los últimos sonidos que Farrow oyó justo antes de salir de su vida habitual. Estaba usando una cinta para dictar su artículo y el aparato siguió funcionando después, bien, después que sucedió lo que fuera. El magnetofón fue traído ayer por avión a requerimiento de su policía. Señores, ¿están ya preparados para escuchar?

—Para eso es para lo que hemos venido, señor Drew —sonrió el comisario jefe Grant, y Gauge rió para sí. Indiscutiblemente a Drew le gustaba tener auditorio y especialmente un auditorio tan respetuoso como éste.

Se oyó una voz fuerte y nasal salir del magnetofón: "Así que estaré preparado para probar sin ninguna sombra de duda, en virtud de los descubrimientos que he hecho y en vista de cierta teoría que ha estado germinando en mi mente por algún tiempo, que, en contra de todos los puntos de vista conocidos, la Bondad Humana en este planeta... El diablo confunda este ruido..." Andrew presionó con un dedo el botón.

—Aquí viene lo bueno —dijo Andrew—. Escuchen esto, es verdaderamente dramático. —Gauge deseó que no hubiera interrumpido, pero Drew era incorregible y mientras volvía a presionar el botón, explicó—: Escuchen el ruido del reloj. Esto nos da exactamente la hora.

Las cintas volvieron a moverse y el reloj, un melodioso campaneo como el de Westminster, tocó once campanas claramente después de la última imprecación de Farrow, porque sus siguientes palabras fueron: "¿Qué será? era es imposible oír nada. Y para colmo esos chicos de Harman aquí al lado tienen otro barbecue. Tendré que hablar con su padre acerca de esto." Los rollos siguieron dando vueltas en un silencio en el que la pesada respiración de los tres hombres se podía oír. Gauge levantó la cabeza ante el sonido que cortó el silencio, el agobiador y chirriante sonido que pareció llenar la habitación. Después, un grito, un impresionante y aterrorizado grito de una voz de hombre, después silencio otra vez. Gauge se relajó y tosió, Drew levantó una mano y escucharon el pesado silencio que parecía como si viniese cruzando miles de millas procedente del sur de los Estados Unidos. La voz de una mujer, de una mujer asaltada por súbito pánico. "Edgar, Edgar", dijo la voz. "¿Dónde estás? ¡contéstame Edgar!" Entonces la voz casi se elevó a un grito. "Larry, Larry" baja rápido. Tu padre se ha ido; ha desaparecido Le he oído llamar pero no está a la vista. Larry, querido, estoy asustada. Papá se encuentra en peligro, estoy segura. ¿Por qué no contesta? ¿Quieres apagar eso, Larry? No puedo soportar estos discos dando vueltas y vueltas..."

Andrew jugó con los botones y después les miró triunfal. Gauge se levantó

y miró a Grant.

—¿Me sería posible sacar una copia de esta cinta, señor? —preguntó, y Drew rápidamente volvió a enrollar la cinta, la quitó del magnetofón y la colocó en una pequeña caja.

—Con los mejores deseos del Tío Sam, doctor—dijo—. El original ha sido devuelto. Bien, y ahora, ¿qué piensan de todo esto?

Grant se acomodó en su silla evitando un intercambio de miradas con Gauge.

—Coincidencia, Gauge, pura coincidencia. Drew, ¿qué clase de hombre era este Farrow? ¿Era rico? ¿Cree usted que ha podido ser raptado para pedir un rescate o algo por el estilo?

Drew rió.

—Farrow vivía sólo con comodidad, como cualquiera hoy en día. El desenterrar huesos viejos hoy no da mucho más que el conducir un camión en los Estados Unidos. No había nada en su vida para admitir un rapto por rescate. Vivía pacíficamente en Lake Charles, en el Estado de Louisiana. Espero que todo esto les ayude en su trabajo, amigos. .

Gauge había tomado el expediente que le dio Drew y profirió una repentina exclamación mientras tocaba el brazo de Grant.

—Ahora, comisario —dijo triunfalmente—, ¿sigo siendo tan idiota como pensaba antes? En el centro del jardín de Farrow fue hallado un agujero recién excavado de seis pies de diámetro y dos de profundidad. Habían interrogado a la señora Farrow y en el estado en que se encontraba lo único que se le ocurrió fue que quizá su marido había estado haciéndolo para sembrar lirios... Señor Drew, ¿podemos contar con usted para que nos sea enviada una muestra de la tierra que se encuentra a los lados y en el fondo del hoyo?

—De acuerdo, Gauge —soltó Grant—. Haremos todo eso para usted. Es nuestro trabajo. Bien, muchísimas gracias, señor Drew; su cooperación nos ha sido muy útil... Ya le telefonearé más tarde.

Una vez en el coche Grant, casi pidió excusas por haber sido tan abrupto.

—Tenía que sacarle a usted de allí antes de que se le ocurriera decir algo de lo que ha encontrado en Nottinghamshire. Si deja siquiera vislumbrar a ese sujeto Drew que puede haber una conexión por pequeña que sea inmediatamente se extenderá la noticia como la pólvora. El Ministerio del Interior ha sido de lo más explícito; no quieren ni un átomo más de la necesaria.

Gauge no sabía si sentirse ofendido o no. ¿Creía Grant que él tenía la lengua tan larga como para eso? A fin de cuentas ya tenía en su poder aquella cinta, obtendría las muestras que quería, y en cierto modo había excusas de Grant lo cual podía considerarse como un triunfo.

—Así que ya tenemos a tres antropólogos perdidos —dijo mirando directamente a Grant mientras el coche entraba en Whitehall—. Y también tenemos una serie de extraños agujeros en la tierra, todos con una materia dentro que no puede ser posible que se encuentre allí por medios naturales. Yo

me digo, señor, usted se está buscando curiosos problemas a propósito para una broma científica.

Grant le sonrió en una forma hartamente amistosa mientras salía del coche y permaneció de pie en la acera mientras decía:

—A propósito, Gauge entre iodo este Jaleo de Nottingham espero que no haya usted olvidado el otro asunto, aquel del agua en la reserva de Penwood.

Apretando la pequeña caía de la cinta, Gauge le miró con vaguedad a la luz de la puerta de entrada. Una sombra pasó por su imaginación y sacudió la cabeza vigorosamente. Un recuerdo, una avalancha de recuerdos vinieron hasta él desde el interior de su subconsciente volviéndose otra vez rápidos como habían venido. Miró al comisario sin expresión.

—¡Agua! ¡Penwood! Temo que no le entiendo, señor.

—Vamos, Gauge —dijo Grant—. Le mandé el expediente yo mismo hace unos días. Todavía no nos ha dicho usted una palabra de eso. No es asunto para la policía desde luego. Circunstancialmente, eso llegó hasta usted del M. O. a través de mi departamento.

Gauge rió. ¡Penwood! ¡Agua! La ventana de su mente se volvió a abrir y por ella se escapó un recuerdo. Le divertía esta cuestión del subconsciente; le había dedicado a esto muchas horas de estudio. ¿Qué oscuros secretos dormirían en la imaginación del más pacífico de los hombres? El mismo Andrew Gauge pudiera ser que escondiera tan horribles cosas que hicieran del terrible doctor Hyle una inocente paloma. Miró a Grant y deslizó la pequeña caja en su bolsillo.

—Oh, sí que tuve el expediente, señor. Pero no era para mí. De eso estoy seguro. Me lo hicieron llegar por error, y tuve que devolverlo.

—Claro que es para usted, hombre —gruñó el comisario—. ¿Para quién demonios iba a ser sino para usted? Algo absurdo acerca de “agua pesada”, o lo que sea. Estaba entre los papeles.

—Ahora lo recuerdo, señor —asintió Gauge—. Una típica y estúpida paparrucha como no he oído otra. La expresión era que el agua era pesada. Algún ignorante había escrito en el margen “agua pesada”. Quisiera que los que no conocen una materia se guardasen los lápices rojos para otra cosa.

—¿Por qué usted...? —irrumpió Grant enfadado y Gauge lo miró confundido. Entonces el hombre se relajó, levantó la cara y miró a Gauge con distanciamiento, hizo una seña descuidada con la mano y penetró en el hall ignorando los saludos de tres agentes, dos agentes uniformados y un inspector provisional. Un momento después Gauge se sintió aplanado cuando se dio cuenta de que era perfectamente claro que “el ignorante” que había mencionado no podía ser otro que el comisario jefe, o sea el mismo Grant. “Dios mío”, pensó, “acabo de manchar mi hoja de servicios”. Pero rió entre dientes al pensar que Grant no podía hacer nada sin ponerse completamente en ridículo.

¡Agua pesada! Bien, así que él expediente Penwood era para él. Desde luego tendría que esperar hasta que Stacey fuese encontrado.

—Así que ya ve usted, mi querida señorita Lomax —estaba Gauge diciéndole—, se está haciendo cada vez más peligroso para usted y para su padre el permanecer en Oakdene, incluso en Nottinghamshire, después de lo que ha ocurrido. Ese hombre, Farrow, era también antropólogo. No sé qué es lo que se está germinando pero parece ser el motivo de acontecimientos muy extraños.

—¿Cómo me ha llamado usted, doctor? —preguntó ella tranquilamente, por lo que él olvidó lo que iba a decir—. La última vez que subimos juntos, no me llamó usted señorita Lomax, Andrew.

¡Andrew! ¿Había oído bien? Claro que sí; su oído se encontraba en perfectas condiciones. Oyó campanitas de plata tintineando en algún sitio, y el olor a miel en el prosaico hall de "The Hermitage" no le conmovió; le pareció perfectamente natural. Pero ella continuaba hablando y él se dejó llevar por el placer de oír su maravillosa voz. Era como música, como una canción sin palabras.

—Otra cosa, Andrew —estaba ella diciendo. La encantadora muchacha insistía con este fastidioso asunto de Stacey, cuando era una pérdida de tiempo en una tarde como aquella—. Otra cosa, si lo que usted dice o sospecha es verdad, entonces, ¿dónde podemos ir después de lo que ha ocurrido en América? ¿Cree usted que estaríamos a salvo en algún sitio?

—Ahí tiene un punto, Helen querida —dijo él ensoñador. Continúe hablando por favor. He estado pensando en la sonata del Claro de Luna y en el Concierto del Emperador, lo cual es una rara yuxtaposición debo admitirlo. Pero es que hasta ahora nunca había oído la voz de un ángel... ¿Qué digo?, esas campanitas de plata suenan a cascado... Es el teléfono, querida.

Era Adams. Y Gauge volvió a la fría tierra de pronto.

—Estoy en casa de Stacey, doctor. Hay algo muy extraño. Venga en seguida y tráigase a la señorita Lomax con usted.

—¿Qué es ello? Dígamelo.

—Es mejor que lo vea y lo oiga usted por sí mismo —replicó Adams desde el otro extremo. No sirvo para descripciones, ni para esta clase de cosas. Además, usted estará aquí antes de que yo haya tenido tiempo de terminar, si se da prisa.

Gauge casi atropelló al hombre en su prisa por llegar a "White Gates". Escudriñó por el espejo retrovisor.

—Es aquel sujeto despistado, Cooper —murmuró—. Borracho como una cuba. Me pondrán en la cárcel. ¿Por qué diablos no se quitará del camino?

Adams les estaba esperando en la carretera de "The Hermitage". Gauge le miró fijamente con inquietud.

—Inspector, ¿está usted temblando?

Adams le miró con los ojos desorbitados.

—¿Lo estoy? No me sorprende. Le aseguro que a un hombre con el estómago más fuerte que el mío le hubiera sentado mal. En primer lugar, cuando llegué allí, había desaparecido y ella juró que no le había puesto un

dedo encima, se encontraba demasiado asustada, y me lo creo.

—Va usted por delante de mí, inspector —dijo Gauge pacientemente—. Tengo la vaga impresión de que esto de tener un principio del que yo no tengo conocimiento.

Adams rió.

—Naturalmente, estoy poniendo la carreta delante del caballo. Bien, ella llamó a Oakdene para decir algo acerca de ladrones. Dio la casualidad de que yo me encontraba allí, inspector, y siendo como era en la casa de Stacey vine inmediatamente. Encontré todo saqueado, excluyendo los instrumentos científicos. Pero lo que yo buscaba no estaba allí.

—.Debe de haber una relación con lo demás en algún sitio, inspector —ironizó Gauge—. ¿Qué es lo que no estaba allí, inspector?

—¡Que el diablo lo confunda! Me voy sin querer de un sitio a otro. No me doy cuenta de que usted no conoce el principio. Cuando ella me llamó por primera vez, me dijo que la casa había registrada, pero que aparentemente no habían robado nada, más bien al contrario, pues habían dejado algo allí. Cuando llegué, había desaparecido y la pobre mujer juraba que ella no lo había tocado, estaba asustadísima.

—¿Qué era este objeto, inspector? Ella lo describía como un guante negro grande. Bien, le digo que ahora no está allí. Pero entren, entren, y prepárense para un gran choque.

Subieron las escaleras de puntillas como si estuvieran en la casa le la muerte. Cuando se aproximaban al dormitorio, Gauge oyó el mismo quejido parecido al llanto de un perro que Reid había descrito que salía de la habitación de Ross cuando se hallaba en estado de paroxismo.

—Se encuentra allí, pobre criatura —dijo Adams tirando de la puerta. Entonces, súbitamente, Helen Lomax se encontró en los brazos de Gauge y que él le apretaba los hombros con los dedos. El pudo apreciar que ella misma no estaba muy lejos de lanzar un grito. Su propia piel la sentía helada, mientras miraba a la mujer que estaba en la cama. El había estado otras veces en casas de salud para enfermos mentales y había visto a muchas de aquellas criaturas que luchaban en las tinieblas de la mente nebulosa. La señora Milne le había parecido una mujer creída e insulsa. Inclinada a la charlatanería pero esencialmente un tipo de mujer sana. ¿Podía ser ella misma la pobre criatura que se encontraba en la cama?

La señora Milne se movía de un lado a otro del lecho maullando como un gato. Una ligera espuma le salía por la boca y alternativamente sollozaba y reía. Gauge recordó todo lo que había leído en la literatura medieval acerca de los embrujamientos y una vez más sintió frío en su piel. Miró a Adams.

—Voy a pedir una ambulancia inmediatamente —dijo—. Cuídela, inspector. Sólo Dios sabe lo que puede tratar de hacerse en un estado como ésta.

CAPITULO IV
LA TIENDA DE PLATA

Cada uno con diferentes emociones miró a la mujer que estaba en la cama. Adams, con más experiencia sobre crisis emocionales, especialmente entre los reos, con cierto desinterés; Gauge con su mente científica y una curiosidad clínica; y Helen ahora completamente una mujer, con el corazón partido de piedad por un ser humano completamente destrozado y caído de su condición humana a la rastrera calidad de demente.

—¿Qué va usted a hacer, doctor? —preguntó Adams sombríamente.

—Está fuera de mi incumbencia, inspector. No soy un M. D. ni un psiquiatra. Tan sólo una cosa es cierta, y es que una tremenda y horrible experiencia puede haber llevado a este lamentable estado a una mujer tan realista como nuestra señora Milne.

—¡La cara! ¡Esos ojos! —musitó Helen, medio para sí.

—Señora Milne —dijo Gauge tranquilamente—. Todo va a ir bien. Sus amigos están aquí. No tema que nos ocuparemos de todo. Relájese y deje lo demás para nosotros. Tan sólo díganos todo lo que pueda acerca de lo que le ha ocurrido.

—Es inútil, lo siento, doctor —dijo Adams crispadamente—. He tratado de interrogarla, pero esta pobre alma parece no entender ni una palabra. No nos reconoce a ninguno de nosotros. No se encuentra en lo que llamaríamos "caqui". Me es imposible entenderlo. Cuando me telefoneó parecía tan racional como usted o como yo. Afectada y con miedo por lo que los ladrones, naturalmente, ¿qué mujer no lo estaba? pero esto... esto es diferente. Esto es algo que nunca había visto antes.

—Yo sí, inspector —dijo Gauge ceñudo—. Y no hace tanto de eso. David Ross, en el sanatorio de Greyfriars, se encontraba en condiciones exactamente como éstas, ateniéndonos a las diferencias de edad y sexo. Allí es donde voy a llevarla. Puede ser que Reid pueda hacer algo por ella. Obtuvo buenos resultados al tratar a Ross del shock traumático.

—Por teléfono ella dijo algo acerca de un guante —dijo Adams—, un guante largo, que creía debía ser de amianto.

—¡Amianto! —sonrió Gauge—. Difícilmente se puede esperar encontrar una cosa así en la valija de un salteador, ¿eh?

—Le dije que no tocase nada hasta que yo llegase, y debo añadir que es de la clase de personas que obedecerían ciegamente, probablemente por haber leído novelas policíacas y que conoce más acerca de los procedimientos de la policía que .nosotros mismos. —Lanzó un suspiro—. Cuando llegué, el guante no pudo ser encontrado por ningún sitio. Ella lo había visto en algún lugar de la casa. La pregunta es si lo había visto antes que le sobreviniera el ataque, o después. Si lo vio después... No, eso no puede ser, ella estaba completamente normal cuando me habló por teléfono de él. Parece como si

este guante no hubiera existido más que en su imaginación.

Gauge se apartó de la cama. La visión de la pobre mujer gritando y retorciéndose en los brazos de Helen, aullando como un perro o maullando como un gato pequeño, y mirando con los ojos en blanco sin vista, era más de lo que podía soportar.

—Bien, este caso pertenece a su departamento, inspector. La búsqueda correrá de su cuenta, supongo, dentro y fuera de la casa. Creo que necesitamos ese guante. Las claves de este desagradable asunto son pocas y se encuentran muy lejos unas de otras, sin conexión aparente.

Adams lo miró con sorpresa.

—Entonces, usted está relacionando este robo y el ataque de la señora Milne con el asunto principal, el rapto de Stacey y Ross.

—Tengo mi mente completamente despejada en esto, inspector —contestó Gauge—. Me limitaré a decir que esto parece pura coincidencia, y le confieso que nunca he dado mucho crédito a las coincidencias. Ah, ya llega la ambulancia. Telefonearé a Raid a Greyfriars para que prepare una cama. Después de que se la lleven, ¿querría usted telefonear al hospital y explicar por qué me la he llevado al sanatorio? Si es usted el que llama no harán preguntas. Le veré en Retford cuando vuelva de allí.

—Iré con usted, doctor —dijo Helen—. Me necesitará para cuidar de esta pobre mujer. —Se las había ingeniado para tranquilizar un poco a la señora Milne, aunque sin llegar a calmarla por completo. Era la calma producida por el agota: miento físico.

Naturalmente, en el sanatorio no averiguaron nada nuevo aquella noche. El Dr. Reid insistió en acostar a la señora Milne y darle un fuerte calmante.

—Debe tener completo reposo y quietud al menos durante veinticuatro horas antes de que yo pueda autorizar a nadie el verla —les dijo, y Gauge respiró con resignación. Helen pareció aliviada pues había temido que Gauge intentase interrogar a la pobre mujer aquella misma noche. El demostró claramente que eso era exactamente Jo que había pensado hacer si lo hubiesen dejado.

—Claro que —continuó Reid pensativo—, no hemos hecho más que un examen preliminar y superficial y esto es un caso extraño. ¿Recuerda usted aquel pobre muchacho que se escapó de aquí la otra noche, Gauge? Creo que Ross era su nombre. Bien, pues el estado de esta mujer es casi exactamente paralelo al de sus peores momentos. Respiración agitada, pulso irregular, pupilas dilatadas y todo lo demás. ¿Cuál es la causa de todo esto, doctor? Aventuraría la suposición de que esta mujer ha sufrido un susto de muerte.

—Quisiera saberlo, doctor Reid —dijo Gauge—. Fue encontrada en estas condiciones sin causa aparente. Eso es precisamente lo que estamos tratando de averiguar. ¿Me avisará usted cuando pueda permitir un interrogatorio?

—Espero que sí —dijo Reid dudoso. Estaba claro que no se preocupaba mucho por la idea. Para él la señora Milne no era más que simplemente otro paciente y su trabajo era devolverle la salud mental, sin que la policía se

metiera—. Dígame, ¿sabe usted si tiene antecedentes de desórdenes mentales o nerviosos?

Fue Helen Lomax la que respondió a la pregunta.

—La he conocido durante los últimos cinco años, y puedo decirle que nunca he conocido a una persona más normal y realista que la señora Milne.

—Ya veo —dijo Reid con preocupación, y volviéndose hacia Gauge—. Ahora, acerca de Ross, la otra noche usted iba tras de él. Presumo que lo alcanzaría. He estado esperando su llamada sobre esto. Se encontraba bajo mis cuidados, no lo he di do de alta. Tiene a su familia, y todavía puede sufrir las consecuencias...

—No se preocupe, doctor —interrumpió Gauge amargamente—. Tan pronto como lo encontremos se lo haremos saber. En realidad se ha evaporado de la faz de la Tierra.

Lo último que vieron de Reid fue su mirada asombrada y su boca abierta mientras permanecía de pie en los últimos escalones. Gauge se sintió un poco culpable. Seguramente debería haberle contado a Reid algo de lo que pasaba. Pero esto no cambiaría las cosas. Había demasiada gente que lo sabía ya.

Guardaron silencio durante unos minutos, entonces Gauge volvió la cabeza hacia la chica a la luz de los faros.

—Está usted muy callada.

—¿Si? lo siento. Estaba pensando que hace unos cuantos días estábamos en un soñoliento pueblo y ahora con todo lo que ha pasado, parece que hemos asumido algún terrible significado.

—Afortunadamente el mundo es muy grande, Helen —dijo él con calma —. Dudo que mañana haya ni siquiera una nota de la desaparición de sir William Stacey en los periódicos. Los antropólogos son poco importantes para el público en general y los periódicos saben qué es lo que interesa a sus lectores. Ahora, si esta gente hubiesen sido físicos nucleares... Además, el Ministerio del Interior ha ejercido cierta influencia sobre la prensa nacional. Menos mal que ha sido así. Imagínese las dificultades que hubiésemos tenido en Oakdene si el lugar hubiera sido hecho un hervidero de reporteros y fotógrafos de todo el mundo, como muy bien podía haber ocurrido. Tal como está, ya es suficientemente malo. Tenemos a tres antropólogos desaparecidos, contamos con una serie de idénticas cavidades en la tierra, bien, ya puede usted imaginarse el quebradero de cabeza. No podría llegar muy lejos si tuviese que trabajar en medio de todo ese bullicio. No —continuó él con un triste suspiro—, y temo que no hemos llegado muy lejos todavía.

—¿Dijo usted tres antropólogos? —preguntó ella súbitamente—. Claro que está este pobre señor Farrow del que me habló usted antes.

—Sí, y esto ha sido a cinco mil millas de aquí. Las circunstancias han sido idénticas a las de las desapariciones de Stacey y Ross. Ahora, esto me recuerda otra vez, Helen, que debo insistir en que usted y su padre se marchen de aquí. Me gustaría que se fuesen a Londres, enterrados entre diez millones de personas. En Oakdene, Nottinghamshire, resulta muy caro ser un

antropólogo.

—No puede usted asustarme, Andrew —le dijo ella riendo—. Pero si ello le hace más feliz hablaré con mi padre. No tengo muchas esperanzas, pues cuesta mucho conseguir que cambie.

Después de dejarla en “The Hermitage” condujo hacia Retford, encontrando a Adams aún en su despacho ahogando un bostezo. Gauge lo miró.

—Siento que tengamos que estar todavía fuera de la cama, inspector.

—No se preocupe por mí, doctor, estoy acostumbrado. ¿Cómo le fue con la señora Milne? ¿Consiguió usted sacarle algo?

—Dios mío, no, Reid es un verdadero dragón. No quiere oír hablar de interrogarla. Supongo que tiene razón, así que tenemos que tener un poco de paciencia. Después de lo que pasó con Ross, no podemos arriesgarnos a precipitar las cosas. Estamos luchando con un mecanismo muy delicado, inspector; el psíquico humano.

Adams sonrió con cortesía.

—Soy un policía, doctor, y trabajo con los hechos. Como usted, sólo que tengo infinita paciencia. En aquella casa decididamente no hay ningún guante de amianto. Hemos registrado cada pulgada del sitio, dentro y fuera. He llegado a la conclusión de que este guante sólo ha existido en la imaginación de la señora Milne. —Se levantó y dio una vuelta a la mesa de despacho—. Pero sí he encontrado algo que puede interesarle a usted.

—No me lo diga, inspector —dijo Gauge—. Hay un patrón en todo esto, inspector, un patrón loco, pero lo hay. Usted ha añadido otra cavidad a nuestra ya extensa colección. ¿Tengo razón?

Adams asintió.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Porque esos agujeros se están multiplicando alrededor nuestro como los brotes en el mes de mayo. Porque yo también he encontrado otro. Y por primera vez no está en Nottinghamshire. Se lo contaré brevemente. Me vino de Grant, en Londres. El mismo día que Stacey desapareció y que encontramos la primera cavidad, en los Estados Unidos, en Louisiana para ser más exactos, otro antropólogo, un tal Edgard Farrow, evaporado en idénticas condiciones, y en el centro de su jardín fue hallado un agujero como los demás.

Adams lo miró fijamente.

—Pero Louisiana está a miles, bien, a cuatro o cinco mil millas de aquí. ¿Sugiere usted que puede haber alguna conexión entre esto y el lío que nos traemos entre manos aquí?

—Precisamente, inspector —dijo Gauge con énfasis—. He hecho traer del jardín de Farrow unas muestras de los depósitos del fondo y de los lados de la cavidad. Las muestras que hemos recogido aquí han pasado ya por las manos de los expertos y hemos encontrado (he sido informado por un hombre competente en la materia) que provienen de trescientos pies bajo la tierra que

estamos pisando en estos momentos.

Era cómico observar a Adams con la boca abierta.

—No —gruñó el inspector—. Oh, no, esto no es "Alicia en el País de las Maravillas". Gauge, usted debe estar bromeando, hombre. Está usted causado, han sido unos días agotadores. Yo estoy tan confundido como usted, pero por Dios, ¡no nos volvamos locos!

—Usted quiso saber del asunto, inspector —dijo Gauge al tiempo que él también bostezaba—. Yo trabajo con la realidad, y tenemos una gran cantidad de rudas y concretas realidades. Loco, irracional, incontables realidades que pueden ser, pero recuerde el viejo dicho acerca de cualquier clase de investigación. Eliminando lo realmente imposible y después lo improbable, y sin importar cómo, debe surgir la verdad. Bien, ha sido un buen día. Me voy a mi hotel. Supongo que hará otro registro en White Gates a la luz del día. Nos encontramos mañana en Oakdene.

La luz del nuevo día trajo consigo un cambio de perspectivas, y cuando Gauge se sentó para hablar con el profesor Lomax al mediodía, la totalidad de increíbles sucesos se encontraron en cierto modo adormecidos en su mente.

—Ella ha salido, doctor —le dijo Lomax, y Gauge se desilusionó. ¿Dónde estaba llegando su actitud con Helen?

—¿Quién ha salido, profesor? —preguntó, riendo a continuación—. Oh, no he venido a ver a la señorita Lomax, señor. —Era un poco complicado de explicar, pero tenía la desagradable impresión de que no engañaba en absoluto al anciano—. A propósito, ¿le ha hablado ella de dejar esto y marchar a Londres?

—Algo de eso me ha dicho —dijo Lomax—. Pero no estoy dispuesto a hacerle mucho caso. ¿Por qué tenemos que hacer una cosa así? ¿Qué tenemos que temer?

—Son ustedes antropólogos, profesor —dijo Gauge con seriedad—. ¿Conocía usted á un hombre llamado Farrow, Edgar Farrow, un americano?

—Conocía su trabajo, doctor, pero a él personalmente no. Un experimentador en los primeros pasos del hombre. Estuvimos un poco en correspondencia. ¿Por qué lo pregunta?

—En el mismo día en que Stacey desapareció de Oakdene, Nottinghamshire, este Farrow desapareció de su casa en Louisiana, bajo idénticas circunstancias que Stacey. ¿Sabe usted si Stacey y Ross conocían a este Farrow, o si estaban en contacto con él?

—Debían de estar; desde luego sabrían algo de él. Yo no sé. He permanecido durante algún tiempo un poco retirado. Pero dice usted que Farrow ha desaparecido...

—Debía haber dicho —continuó Gauge penosamente— que ha sido secuestrado como los dos hombres de aquí. Cada vez se está haciendo más patente que todos estos hombres han sido raptados en contra de su voluntad y llevados a algún lugar por partidos interesados, esto desde luego contando con que estén vivos. Y no quiero que esto le pase a usted, profesor, ni a... ni a su

hija.

—"Eso no son más que tonterías, mi querido Gauge —rió Lomax—, ¿Por qué tenemos que preocuparnos? Somos antropólogos, lo admito, pero ¿qué tiene que ver eso con los demás? Ya sé lo que pasa, está usted basando su afirmación en la circunstancia de que Stacey y Ross hicieron un descubrimiento en las cuevas de los Pirineos. Pero seguramente no se da cuenta de que cualquier clase de descubrimiento en nuestra profesión es puramente académico, sin ninguna repercusión concebible en política, economía o asuntos internacionales. De cada diez personas, puede que sólo una sepa lo que quiere decir la palabra antropología.

—Debo reconocer que tiene usted razón, señor

—dijo Gauge—, pero es evidente que alguien da gran importancia a ciertas averiguaciones o actividades de una cierta sección del trabajo de los científicos en este campo.

Se levantó al entrar ella. Lo saludó alegremente y él se alegró de que ella no se refiriese inmediatamente a la infortunada señora Milne. Por el contrario, pareció traer alguna información.

—Exactamente a quien estaba deseando ver —dijo ella con excitación mientras el corazón de él daba un vuelco. Sus siguientes palabras le abatieron momentáneamente—. Acabo de encontrar a Cooper. Parece que tiene una misteriosa información que quiere contar a alguien. No ha querido decírmelo; en cierto modo odia un poco a las mujeres, igual que usted, doctor. Es un regular bebedor de vino, o mejor de cerveza. Le he dicho que telefonee al inspector a Retford. Ya sabe usted, doctor, no tengo el número de su hotel. —Helen Lomax sonrió.

—Iré a verle en seguida —dijo Gauge. ¿Qué se esconderá detrás de todo esto?, hizo un gesto vago. ¿Qué habría ella querido decir al afirmar que él odiaba a las mujeres? ¿Y por qué lo había llamado "doctor" cuando otras veces lo llamaba "Andrew"?

—Oh, sí, desde luego —dijo ella—. Si usted va ahora, lo encontrará en la cabaña; no tiene pérdida, está al final de la senda. Creo que ha ido allí antes de telefonear.

Estuvo golpeando la puerta de la cabaña de Cooper hasta que él contestó. Claro que ella estaba haciendo exactamente lo mismo que él. Él la llamaba "Helen" cuando estaban solos, y "señorita Lomax" cuando alguien se hallaba presente. No había por qué temer un cambio en su actitud.

Cooper era más duro de persuadir de lo que había imaginado. Le llevó algún tiempo incluso conseguir que d hombre le abriese la puerta. Estaba Sin afeitar y desarreglado y todavía borracho. Metió la cabeza en una pila que había en un rincón y después miró desafiante a Gauge.

—He estado acostado —dijo con aspereza—.No me siento bien. Eché un trago para reanimarme...

—Muy bien, hombre —dijo Gauge con vivacidad—. No se preocupe de eso ahora. Lo que me interesa es una información que usted tiene. Cualquier

cosa, aunque parezca muy trivial, puede ayudarnos para encontrar a sir William. Tengo entendido que la información que usted posee es sobre esto.

Cooper lo miró aviesamente y su boca se cerró como una trampa. Se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Dirá usted que yo estaba borracho —empezó—. Bueno, había echado un trago o dos en el “Blue Bar”. Un hombre se gana una gota o dos de cerveza cavando y haciendo trabajos desagradables; me encontraba en un laberinto anoche...

—¿Anoche? —dijo Gauge con rapidez—. ¿A qué hora, señor Cooper?

—Oh, alrededor de las diez, me parece —continuó Cooper. Se sentó en un viejo sillón y miró a Gauge. Había una cierta e indefinible mezcla en su rostro, una mezcla de miedo y desafío. Gauge sabía que tenía que tener mucho cuidado con aquel sujeto—. No llevaba la “bici” conmigo, así que iba andando. Quería llegar temprano. Me esperaba un día de mucho trabajo hoy. Había prometido echarle una mano a Ted Miller con la segadora. Bien, me encontraba a unas cien yardas de la verja de sir William cuando lo oí. No había equivocación posible. Lo oí muy bien.

—¿Qué fue lo que usted oyó, señor Cooper?

—Gauge se encontraba ahora tenso.

—Aquel ruido. Aquel chirriante sonido de que ya le he hablado, el mismo que oí la noche en que se marchó sir William. ¿No me cree?

—Creo todo lo que dice, Cooper —dijo Gauge sinceramente.

—Bien, señor —continuó el hombre con un poco menos de sospecha en su rostro—. No puedo asegurar de dónde venía, ya usted sabe; parecía llegar de todas partes. Así que corrí a través del campo y entonces... por todos los diablos, señor, casi me parece sentirlo ahora, la tierra empezó a temblar bajo mis pies. Como cuando disparan los cañones grandes en la guerra, o como cuando cae una bomba. Naturalmente, yo me eché al suelo. Le digo que tengo miedo a morir. Entonces vi algo brillante en el centro del jardín de las rosas.

Gauge no le interrumpió. Sacó sus cigarrillos y dio uno al jardinero. Esto pareció calmar al hombre y continuó:

—He visto una vez una película, señor, con ese joven sir Lawrence Olivier; era algo de Shakespeare, “Enrique V”, creo. Había una batalla en la película y todas las tiendas de los grandes nobles eran brillantes y relucientes. Pues esto que vi era como las tiendas. Como un agudo cono. Puede que tuviera seis pies de ancho por abajo, y por arriba terminaba en punta, seis o siete pies sobre el suelo. Miré por si había un penacho o una bandera encima, pero no había.

—¿Y entonces? —casi musitó Gauge temeroso de detener la corriente.

—Bien, estuvo todo tranquilo por un momento y después oí un grito. Venía de la casa y supe que era la vieja señora Milne. Traté de levantarme, por Dios que lo intenté. Parecía como si mis piernas pesaran toneladas.

—¿Algo más?

Cooper aspiró con fuerza el cigarrillo. Arrugó la cara.

—Estaba muy confuso, señor. Había sombras rodeándome, pero me pareció ver una de ellas moverse. No puedo jurarlo. Era pequeña, una sombra informe, no grande como un árbol o un hombre. Probablemente un arbusto que se movía con el viento. Y allí estaba aquel ruido agudo y chirriante. Me castañeteaban los dientes. Me volví otra vez y de nuevo sentí un vértigo. Estaba mirando fijamente a la tienda de plata y de pronto, como una pompa de jabón, aquello se desvaneció.

—¿Lo vio usted irse volando, como un planeta o un cohete?

—No, señor —su tono era enfático—. Juraré que no se movió. Estaba allí y de pronto ya no estaba.

Gauge se relajó. Se sintió desilusionado. Era, a fin de cuentas, los efectos del alcohol. Este sujeto tenía una fértil imaginación. ¡Tienda de plata!

—¿Y qué hizo usted entonces? —preguntó ya casi sin interés. Cooper lo detectó porque el aire desafiante volvió a él.

—Si cree usted que estoy inventando mentiras, será mejor que no siga. Me voy a acostar y no permito que nadie se ría de mí.

—No hemos terminado todavía, señor Cooper —dijo Gauge con calma—. No me ha dicho usted todo, de eso estoy seguro.

—¿Está usted seguro de que no se está riendo de mí? Bueno, ya será mejor que lo cuente todo. Hice un esfuerzo con mis piernas y fui hacia el lugar, demonios, ¡y cómo pesaban!, se lo aseguro. Había una cosa como en la huerta, señor. Justo en el sitio en que había visto aquella cosa plateada. Del mismo tamaño y profundidad también. ¿Sabe lo que pienso, señor? Creo que han sido los duendes los que se han llevado al amo. Él cavaba y removía la tierra que es justo donde ellos viven. Vinieron por él, señor. Aquella sombra que vi era demasiado pequeña para ser de un hombre, pero era justa la medida de esos pequeños habitantes. Mi vieja abuela creía en ellos, señor; decía que muchas veces habían salido y hablado con ella. Aquella cosa plateada era su palacio, estoy seguro.

—Quizá tenga usted razón, señor Cooper.

—Gauge mantuvo su cara seria. Después de todo había muchas clases de teorías. La salvaje fantasía de Cooper hacía que al menos encajasen algunas cosas.

—Todo parecía dar vueltas después de esto, señor —continuó Cooper—. Me desperté aquí, en mi propia cabaña. Pensé que quizá había empinado el codo demasiado. Me llegué a la casa y vi policías por todas partes. Oí algo sobre atacantes y entonces comprendí que todo había sido verdad y que no lo había soñado.

—¿Es eso todo, señor Cooper? —dijo Gauge levantándose.

—Únicamente que recuerdo que un coche casi me atropella cuando iba por el sendero camino de mi casa.

Gauge no rió. No tenía objeto decirle que había sido su propio coche, cuando Helen y él se dirigían a la casa después de la llamada de Adams. Tocó el hombro del jardinero.

—Descanse usted bien, hombre, lo necesita. Ha pasado usted por una agotadora experiencia. Muchas gracias; puede que su historia me sea útil. Una cosa más, si puede; será mejor que no diga una palabra de esto a nadie.

—No es necesario que me lo diga, señor —dijo Cooper—, La gente se reiría de mí si voy y les cuento lo que le he dicho. Usted, por ser un hombre de ciencias como el mismo sir William, conoce montones de cosas de las que los demás no han oído hablar.

Esto necesitaba una investigación en seguida, pensó Gauge mientras se dirigía a su coche. La historia era completamente absurda, pero ¿qué no era absurdo en todo esto?, tenía que verificarlo. Si la visión había sido real, tenía que haber alguna clase de truco, un silencioso helicóptero (si es que existía alguno) o un cohete sin ruido. Sonrió para sí cuando sus pensamientos le llevaron al "Cavorite", la esfera de Wells en su obra "El primer hombre en la Luna", la esfera que inutilizaba el sonido de la gravitación. Wells era uno de los escritores favoritos de Gauge. Los romances científicos alejaban su mente de las sórdidas cosas mundanas, lo mismo que su despacho y laboratorio.

Adams no estaba en su oficina de Retford, pero Gauge conocía al sargento.

—Estoy buscando la estación de radar más próxima, sargento —dijo y el sargento no movió ni una pestaña.

—Está a diez millas al este de Winfield, señor. Le daré la dirección. ¿Va a ir ahora, señor?

—En este momento. El inspector estará sin duda en casa de Stacey dirigiendo el registro. Dígale que he estado aquí, por favor.

Fue muy útil para él tener las credenciales del Ministerio del Interior, pues lo llevaron directamente al jefe de la estación, un viejo comandante. Gauge se había sentido interesado por la fantástica instalación aérea esparcida por el campo. Sonrió mientras se estrechaban las manos.

—Es tan sólo una investigación rutinaria, señor —dijo alegremente—. Me gustaría comprobar un aterrizaje cerca de la villa de Oakdene. ¿Puede usted conseguírmelo?

—¡Oakdene! —El oficial frunció la frente y se volvió a un gran mapa que había en la pared—. No hay ningún lugar para aterrizar allí ni en los alrededores, señor.

—No estoy buscando una pista de aterrizaje —dijo Gauge—. Tengo una ligera idea de dónde tuvo lugar el aterrizaje. Todo esto es muy relativo; desde luego comprenderán ustedes que el Gobierno insiste en que se guarde absoluto secreto.

—Le doy mi palabra —dijo el otro levantando los ojos.

¿Iba esto a asumir importancia internacional? Gauge casi podía oír su mente trabajando. Aterrizaje sin autorización de un agente extranjero. O huida de un traidor con una información vital .para una potencia enemiga. Gauge rió y el oficial se levantó.

—Vayamos al observatorio —dijo muy pomposamente, y Gauge le siguió. La encargada del departamento era un oficial piloto.

—¿Dice usted que a las veintiuna treinta anoche, señor? —preguntó ella—. Bien, yo no estaba de servicio, pero no hay nada anotado para las veintiuna treinta. Espere un momento, hay algo treinta minutos después. A las veintidós. Pero fue identificado como un avión civil dirigiéndose a Escocia.

—¿Está usted segura? —Gauge pareció desilusionado.

—Completamente, señor —dijo la chica. El comandante miró a Gauge con desconcierto. Estaba imaginando que este individuo podía ser un agente "enemigo" con falsas credenciales...

—Estoy tratando de identificar un vuelo que hubo en esta vecindad entre las nueve treinta y las diez anoche —dijo—. El aterrizaje fue en medio de la villa de Oakdene, esto desde luego contando con que este hipotético aterrizaje tuviera, lugar, naturalmente. ¿Es capaz su equipo de detectar cualquier cosa... —respiró antes de terminar—, cualquiera que sea la velocidad?

El oficial y la chica se miraron uno a otro con duda. Gauge sabía que estaba haciendo un misterio de esto, pero él conocía el radar y no quería ningún falso contacto, así que, a propósito, lo había exagerado.

—Podemos detectar un cohete teledirigido, señor —dijo el comandante orgullosamente—, o un satélite, si alguno sube o baja, a cualquier velocidad.

"Esto es demasiado", pensó Gauge para sí. Este asunto se estaba poniendo demasiado complicado y fuera de su alcance. Allí estaba ahora Cooper con sus duendes, gnomos y hechiceros. Estaba este tipo de la R. A. F. con sus cohetes y satélites. Seguramente ahora le dirían que buscase monstruos del espacio, o criaturas de alguna otra dimensión del espacio tiempo. Recordó con un suspiro otra de sus obras favoritas de Wells, "La máquina del tiempo". Se imaginaba que sir William, y Ross, y Farrow habían dado un salto a través de los siglos y se encontraban en el dos mil sesenta. O puede que hubiesen retrocedido a la Edad de Piedra... Desechó estos pensamientos y rió con ganas. Se estaba convirtiendo en locura y un agudo pensamiento se deslizó en su mente: David Ross y la señora Milne habían llegado a esa miserable conclusión: ¿hacía frío o es que él se estaba enfriando? ¡Maldito lugar helado! Se sentía muy contento de volver otra vez a Londres.

Adams se sentía como en la torre de una fortaleza cuando entró en la habitación del inspector en la estación de policía de Retford. Ordenó que le trajesen café y sándwiches, y mientras comían, intercambiaron ideas. Ambos rieron cuando se dieron cuenta de que el intercambio había resultado estéril. No había ningún resultado del último registro que Adams había efectuado en casa de Stacey, ni tampoco de la búsqueda de Gauge, ni de las investigaciones de Gauge acerca del hipotético proyectil o helicóptero de Cooper.

—Entonces tenemos que vérnoslas con monstruos de otros planetas, doctor —rió Adams—, viajando en naves espaciales más rápidas que la luz. No tiene que tener en cuenta la fantástica historia de Cooper. Es una historia de lo más absurdo que he oído. Ese sujeto es un visionario.

—Pero hay trozos de esta historia que parecen encajar —dijo Gauge con aire de duda—. Nosotros mismos, después de todo, hemos visto estas

cavidades y hemos oído ese ruido.

—Así que Cooper, ese viejo bribón, nos confirma la evidencia —dijo Adams—. Él sabe lo que nos gustaría oír y vino con su historia preparada Lo conozco bien, doctor, no se puede ser crédulo con tipos como ése. Ahora, por mi parte, tengo algo. Y esto es una dura realidad y no un trabajo de suposiciones.

—No crea que yo estaba pensando en incursiones de otros planetas, inspector —exclamó Gauge—. Hay muchos otros sitios desconocidos que no son precisamente el espacio. Es todavía muy grande nuestro mundo y existen muchos sitios muy solitarios, aún, en él. Bien, ¿cuál es esta realidad suya?

—Esta carta, una carta corriente del correo a Su Majestad. Estaba en la caja postal a la puerta de sir William. Puede ser que se retrasara, o que nadie se molestara en recogerla cuando llegó después de la desaparición de sir William Stacey, a quien va dirigida.

Ahora Gauge casi saltó en su silla. Esto al menos era algo tangible. Apenas podía contenerse para alargar sus manos hasta ella.

—Bien, ábrala ya, hombre, ábrala —dijo excitado—. Esto puede darnos la clave. De prisa.

—Puede que sólo sea una simple factura del tendero —dijo Adams travieso—. Y en cuanto a abrirla, ¿cree usted que puede hacer esto, doctor? Está dirigida a Stacey y fue puesta en el correo el día antes de su desaparición. Seguramente esta carta debería volver al remitente o a la...

—O a la policía —cortó Gauge—Inspector Adams, si en algo valora usted mi juicio, le ruego que abra esta carta. ¿Dice usted que había encontrado una “realidad”? Una carta que no se haya abierto no es una realidad, es sólo un misterio, y le digo que ya estoy harto con tantos misterios alrededor.

—De acuerdo, de acuerdo, doctor —dijo Adams, y sacó la carta—. La leeré en voz alta:

“QUERIDO SIR WILLIAM” (la carta continuaba), “LO QUE USTED ESPERABA PUEDE QUE HAYA OCURRIDO. HA OCURRIDO. HE TENIDO UNA EXPERIENCIA DE LO MÁS TERRORÍFICA.

ES IMPRESCINDIBLE QUE LE VEA, PORQUE NOS ENCONTRAMOS EN VERDADERO PELIGRO. SALDRÉ DE VIAJE PARA OAKDENE MAÑANA, Y LLEVARE CONMIGO EL CRÁNEO. DAVID ROSS.”

Gauge se levantó y cogió la carta, su frente se arrugó. ¡El cráneo! ¡Una especie antropológica! ¡Terrorífica experiencia! ¡Todos en verdadero peligro! Esto era. Esto era lo que había llevado a Ross a escaparse de Greyfriars. Por esto, para que no hablase, había sido atraído a aquel desértico campo en las pistas de juego de la Universidad y arrancado de la vista de los hombres. Había sido una suerte, pues esta carta pudo no haberse encontrado nunca. Miró a Adams con ojos centelleantes.

—Dice el cráneo, no un cráneo. Este cráneo, sea lo que sea, debe de continuar en su equipaje. Se encontraba solo cuando desapareció y su equipaje

debe de estar todavía en la Universidad. ¿Qué estamos esperando?

La tarjeta del Ministerio del Interior y la identidad del inspector Adams fueron suficientes para permitirles la entrada a la pequeña caseta cerca del alojamiento del portero, donde los equipajes esperando ser recogidos se encontraban guardados. El equipaje del joven estudiante era muy ligero: una maleta y una caja de madera seguramente llena de libros. La maleta reveló que sólo contenía objetos personales, trajes, avíos de tocador, etc. La caja estaba atiborrada de libros y Adams empezó a sacarlos y los fue colocando en el suelo. En el centro, entre los montones de libros, encontró una pequeña caja de metal de unas doce pulgadas. Él y Gauge se la quedaron mirando.

Dentro de la caja, sobre trozos de lana y de algodón y con pedazos de madera cuidadosamente colocados para mantener el objeto completamente firme, yacía un cráneo. Gauge se agachó y lo escudriñó sin tocarlo. Uno no se decide tan fácilmente a poner los dedos sobre objetos que han sido extraídos de la tierra donde quizá han permanecido cientos de años.

—¿Cree usted que es un cráneo humano?—preguntó Adams con curiosidad.

—Desde luego parece humano, inspector, pero decididamente es muy extraño. Parece más bien e cráneo de un niño. De cara pequeña y occipucio prominente, usted lo habrá visto en muchos niños. Mi fisiología es un poco rústica pero hay dos o tres cosas... Diablos, esto es lo más extraño que hemos encontrado en todo este asunto, que precisamente está cuajado de cosas extrañas. Este es el cráneo de un bebé, si mis suposiciones, y es sólo una suposición, son acertadas. Los dientes están completamente desarrollados y la presencia del tercer molar parece demostrar que sea el cráneo de un adulto de más de veinte años cuando murió:

—Puede que sea falso, doctor —dijo Adams—. El hallazgo de un cráneo completo es extraordinariamente, sí, conozco bien el asunto. Recuerdo haber leído acerca de un fragmento de un cráneo que fue encontrado en Piltdown en Sussex, y durante años se habló del "hombre de Piltdown", el eslabón que faltaba.

—Inspector —dijo Gauge—, debo recordarle que sir William Stacey, que debe de haber sido el que encontró esto, estuvo bastante interesado en demostrar que el hallazgo de Piltdown era falso. Así que, después de esto, no puedo imaginármelo tratando de hacer pasar un cráneo completo que no sea verdadero.

—Ahora me encuentro fuera de mi ambiente —dijo Adams, y parecía como si no le importase en absoluto. Se levantó y se sacudió las rodillas.

—Hay un hombre en Oakdene que puede decirnos mucho acerca de esto —dijo Gauge rápidamente, y con mucho cuidado sacó la caja de metal de su alojamiento entre los libros. Mientras Gauge firmaba un recibo por llevarse el objeto en la casita del portero, Adams lo sostuvo con mucho cuidado hasta que lo pusieron en el coche y se dirigieron en este hasta Oakdene.

Helen Lomax miró el cráneo con profesional interés, y profundamente

atónita cuando Gauge se lo mostró a ella primero en medio del iluminado hall.

—Es positivamente un milagro —se maravilló—. Nos hubiéramos vuelto locos de encontrar un fragmento de hueso de tres pulgadas de superficie. Cuanto más un cráneo completo... No me sorprende que sir William y Ross estuviesen excitados. Sin sacarlo de la caja, no me atrevo a hacer ninguna sugerencia sobre él.

—Ella retiró sus manos como si el cráneo estuviera al rojo vivo, e hizo una mueca.

Andrew, hay algo que no va bien con este cráneo algo demasiado extraño para ser natural. ¿A qué clase de criatura pertenecía?

El la miró asombrado por el intenso interés que su descubrimiento había producido en ella. Por un momento la mujer académica y científica había surgido dejando a un lado la bonita y agradable compañera que había sido durante los últimos días. Pero él no tuvo ocasión de contestarle porque su padre entraba en ese momento en el hall.

—¿Qué es esto que tiene usted ahí, Gauge? ¡Un cráneo! ¡Caramba!, qué especie más extraña. ¿De dónde ha sacado esto?

—Perdóneme, profesor —dijo Gauge con una sonrisa—. Antes de que yo le diga esto, va usted a darme una serie de opiniones preliminares acerca de él. Después le contaré su historia.

Lomax pareció confuso pero se inclinó para mirarlo, pues aún continuaba en su lecho de metal sobre algodón y lana.

—¡Hum! Esto es el cráneo de un adulto. Y no me contradigan, por favor. Esto es exacto. Por el desarrollo de los frontales, diría de un varón. Cíalo que no puede ser de un hombre, incluso es demasiado pequeño para ser de un pigmeo.

Gauge estaba divertido por el didáctico tono del anciano, tan parecido a la declamación.

—¿Puede usted fijar su edad, profesor?

—Esto es bastante difícil, Gauge. Las opiniones podrían variar desde doscientos o incluso miles de años. Un examen detenido y las pruebas rutinarias podrían fijar su edad aproximada. Soy un viejo terco y diría que por la aparente falta de deshidratación, este cráneo no tiene más de dos o tres años.

Gauge le miró sorprendido y por alguna razón ignorada incluso por él mismo, se sintió un poco desilusionado y desanimado, y lo demostró.

—Esto es un poco decepcionante, profesor, y por otro lado una gran sorpresa.

—¿Por qué es una sorpresa, Andrew? —preguntó Helen mirándolo, y su padre rió.

—El cráneo mismo es una gran sorpresa para nosotros, doctor. Nunca en toda mi vida he visto otro como él.

—Con la increíble delicadeza de un verdadero científico manejando sus instrumentos, había extraído el cráneo de su lecho de algodón y estaba

examinándolo más de cerca a través de un monóculo que se había colocado en el ojo derecho. Caramba —musitó—, ¡pero esto es extraordinario! El foramen óptico está cerrado completamente cerrado.

—Pero eso no puede ser, profesor —rió Gauge, pero el anciano continuaba insistiendo.

—Es completamente seguro, doctor Gauge. El pequeño orificio por el que va el nervio óptico desde el cerebro al ojo, está completamente cerrado. Ahora bien, Gauge, ¿qué es este cráneo? ¿Qué criatura lo llevó en vida, y de dónde lo ha sacado usted? ¡Este es el descubrimiento del siglo, hombre!

Entonces Gauge hubiera jurado que la luz de la bombilla de la lámpara que se encontraba por encima de sus cabezas, tembliqueaba, se ponía roja y se apagaba. Oyó a Helen dándole al interruptor en otras habitaciones, pero la luz no volvió. Debían de ser los fusibles.

—Helen, ¿dónde están los fusibles? —preguntó él, y ella, tomándole de un brazo, lo llevó al registro que se encontraba bajo las escaleras. Encendieron una cerilla y rápidamente examinaron todos los tapones—. Los fusibles están intactos —exclamó—. Deben de ser los cables principales. ¿Quiere usted llamar a la compañía de electricidad, Helen? Enviarán un equipo. No podemos pasar sin luces toda la noche con este asunto que tenemos entre manos.

Se oyó la voz de la chica hablando por teléfono, y después repiqueteando el conmutador del aparato.

—No puedo obtener la comunicación —dijo ella—. Papá, ¿dónde estás? ¿Te encuentras bien?

Se oyó la voz del anciano:

—Estoy perfectamente, querida. He estado probando en los otros conmutadores. Ninguno funciona. Será mejor que tú y el doctor bajéis al teléfono público.

—Usaremos el coche —dijo él llevándolo hacia la cancela. Si las circunstancias hubiesen sido otras, él se habría alegrado de encontrarse a solas con ella.

Puso el contacto y metió la velocidad. El coche no le respondió.

—Puse una batería nueva hace cuatro semanas —exclamó Gauge—, y el depósito debe de estar casi lleno. Helen, Helen, hay algo muy extraño en todo esto. ¿No lo nota? Se han ido todas las luces y los fusibles están buenos, el teléfono no funciona, y ahora tampoco mi batería. Parece como si las leyes de la electricidad hubiesen sido anuladas. ¡Dios mío! Escuche, ¿está oyendo eso?

—Es el ruido que usted describió antes —gritó ella—, ¡Oh! debo volver con mi padre. Sólo el cielo sabe...

—Viene del otro lado del prado. No se extravíe, Helen. Dé la vuelta al coche y vaya hacia la puerta principal, voy detrás de usted.

—La niebla se está extendiendo, Andrew, tengo miedo. ¿Qué es esto?

Ella empezó a toser y él la sujetó por los brazos mientras se apresuraban por el sendero hacia el negro agujero de la puerta principal.

Oyó ligeras pisadas que creyó eran las suyas sobre la grava del camino. La niebla, o el humo, se extendían sobre el suelo y los envolvía, se agarraron uno al otro tosiendo espasmódicamente durante unos minutos. Entonces Gauge saltó hacia la puerta.

—Profesor Lomax —gritó.

La voz que contestó fue un bienvenido respiro para ambos.

—Estoy muy bien, chicos —dijo el viejo en la oscuridad—. Me imagino que me encuentro en mejores condiciones que ustedes, a juzgar por esa tos. ¿Qué está, pasando ahí? ¿Hay niebla?

—¿Ha oído usted algún ruido extraño, profesor? —preguntó Gauge en medio de las tinieblas.

—Sí —contestó la voz de Lomax—. Creí que era su coche poniéndose en marcha. ¿Qué es esta niebla...? Es humo, no niebla, por Dios, ¿hay fuego ahí fuera? No puedo ver nada.

—Será mejor que cerremos todas las ventanas — tosió Gauge, cuyos ojos estaban llorosos y le picaban—. Nos ahogaremos si la casa se llena de esto.

Hubo un silencio de muerte, entonces se oyó la voz de Lomax desde el estudio.

—Gauge, no puedo cerrar la ventana del estudio. Está entrando por aquí. —La tos del anciano llenaba la habitación. Gauge gritó —: Póngase un pañuelo contra la boca y la nariz y subamos al otro piso. Estará más despejado allí. Profesor apóyese en mí. Voy a empezar a subir las escaleras, Helen, venga con nosotros hacia allí.

—Gauge —balbuceó Lomax—. No puedo respirar... Este humo...

—Helen, Helen, ¿dónde estás? —gritó Gauge, sintiendo un estremecimiento que sobrecogió su corazón. Ella no le contestó, y entonces moviendo sus manos en las tinieblas, no encontró nada más que la barandilla de la escalera. Sintió las manos temblorosas del anciano tratando de alcanzarle y entonces se las cogió y las puso sobre el pasamano—. Quédese aquí, señor, mientras voy por Helen no se mueva de ahí. Helen, Helen, ¿dónde estás? ¿Por qué no contestas?

No hubo contesta y el humo continuaba envolviéndolo en medio de la oscuridad. Tosiendo y atragantándose, los dos hombres se aferraron uno a otro durante un momento, después Gauge se separó. Ella estaba por allí en algún sitio. ¿Por qué, en nombre de Dios, no contestaba? Sólo podía ser porque no podía contestar. Una mano gigantesca le oprimió el corazón y se lo estrujó, mientras persistía el pesado silencio. Entonces éste fue roto, y de una manera que afectó su dominio de sí mismo.

Desde la cocina llegó su voz, elevada a un grito, de lo más desgarrador, que estremeció frenéticamente a Gauge. Gritando, delirando y agitando sus brazos, se lanzó en medio del humo, mientras chocaba contra paredes y puertas, y mientras, su voz, casi la de un demente, continuaba gritando:

—Helen, Helen, ¿dónde estás?

CAPITULO V
LA CALAVERA

Había llegado el momento de la verdad para Andrew Gauge. Con humo arremolinándose en torno suyo y las espesas tinieblas, rodeándolo, cuando no obtuvo respuesta a sus agonizantes gritos, le pareció que se hundía el mundo bajo sus pies. Ahora que había encontrado a la mujer cantada por los poetas, al alma gemela, la otra mitad de su educación humana. Y, en este preciso momento, cuando al fin había comprendido que los días de su soltería estaban contados, ¿la iban a apartar de su lado?

En este segundo transcurrido antes de volver a oír su voz de nuevo, había vivido cientos de años y cada uno de ellos había supuesto un tormento infernal. Entonces ella contestó y en medio de las espesas tinieblas le pareció ver que un invisible sol brillaba cálidamente sobre él y sintió que el corazón le saltaba en el pecho.

—Estoy aquí, Andrew —la oyó decir con uní susurro—. Junto a la puerta de la cocina.

Sus fuertes brazos la encontraron y la rodearon. Por un momento no pudo articular palabra. Después:

—Helen, querida, aquel grito, ¿qué fue lo que te hizo gritar así? ¡Creí que te había perdido...! Pensé... Oh, Dios mío...

—Había alguien aquí —dijo ella con un esfuerzo—. Alguien me rozó, lo juraría.

—Tu padre y yo, estábamos junto a la escalera, Helen. No veo cómo un intruso pudo haber pasa1 do a nuestro lado sin que lo notásemos.

—Pues te digo que había alguien. —Su voz se hizo más alta, al borde de la histeria—. Sentí una presencia y extendí el brazo. Toqué una mano, mejor un guante, un pesado y tieso guante.

—¡Un guante! —Su voz se hizo tensa. ¿Habría alguna relación entre esto y lo que la señora Milne dijo que había encontrado y que después desapareció? Pero por el momento se encontraba demasiado agradecido de que ella estuviera aún allí, para tomarse más de un académico interés en esto. Sintió a Lomax aproximarse y permanecieron de pie en un compacto grupo en la oscuridad, tratando de sofocar la agobiante tos que venía de sus gargantas, para poder oír. Porque había un acompañamiento a sus toses allí estaba de nuevo aquel extraño y monótono ruido, como un tractor, o un avión o un motor de alguna clase. Todos lo oyeron y se agarraron fuertemente de la mano. Entonces, abruptamente, como segado, cesó y en sus cabezas no quedó más que el eco.

Y las luces volvieron en toda la casa, donde los interruptores habían quedado abiertos. El humo empezó a desvanecerse como si se hubiese puesto en funcionamiento un gigantesco aspirador. Gauge guiñó los ojos ante la súbita y fuerte luz, y parpadeó. Corrió al teléfono y levantó el auricular. Tal

como esperaba, oyó inmediatamente la señal. Lomax también la oyó y observó:

—Bien, ya no necesitamos el teléfono después de todo. Las luces han vuelto; debe de haber sido una avería pasajera, pero esto es una cadena de circunstancias de lo más extraño, Gauge. El fallo de la luz, el teléfono descompuesto, el humo, el extraño sonido. Creo que nunca he oído antes una serie de coincidencias más curiosas.

—No eran coincidencias, profesor —dijo Gauge ceñudo—. Vengan los dos a mi coche, por favor. Se lo demostraré. Todos juntos, no debemos separarnos otra vez.

Dio una vuelta al contacto y el motor cobró vida.

—¿Ve lo qué quería decir? Hace cinco mini; tos, el sistema de encendido no funcionaba.

—Válgame Dios —murmuró el viejo—. No lo comprendo. ¿Qué es lo que tiene usted allí, doctor?

—Una linterna —dijo Gauge—. Debía haberlo pensado antes. Vengan los dos; hay algo que tenemos que buscar.

—Podéis ir solos, muchachos —dijo Lomax. Me vuelvo a la casa. Ahora, mire aquí, joven

—Gauge había empezado a protestar—. Estoy perfectamente a salvo solo, por unos minutos. Nada tengo nada que temer. No soy más que un viejo indefenso, y no tengo ningún secreto por el que puedan intentar raptarme.

—Estoy segura de que no le pasará nada, Andrew —musitó Helen cogiéndose de su brazo ¿Dónde vamos?

—Hacia ese campo de allí. De ahí era de donde parecía venir el ruido.

—¿Qué esperas encontrar? Puede que haya peligro.

—Ya no hay peligro. De esto estoy seguro. ¿1 te lo imaginas, querida? Espero encontrar un agujero redondo en la tierra, de seis pies de diámetro y dos de profundidad, con olor de alquitrán., ¡Pero si ya lo estoy oliendo! Aquí está, y ha vapor que sale de los lados. ¡Esto está caliente!

Encendió la linterna y la enfocó hacia la redonda cavidad. Entonces se agachó y tocando el fondo con los dedos, lo olió.

—Idéntico a los otros —se maravilló—. No varía, en ningún detalle. Y está caliente; lo que quiera que haya motivado este agujero estaba caliente, muy caliente. Ahora comprendo por qué necesitan guantes de amianto.

—Entonces... Entonces es que deben de viajar a una gran velocidad para llegar a ponerse tan calientes dijo ella y él dirigió la luz de la linterna para verle la cara.

—No estoy seguro de que “viajen”, al menos en el sentido que nosotros le damos, Helen. Si lo hacen, nuestras pantallas de radar no lo recogen; un objeto muy sólido es descubierto. Lo he comprobado. Cualquier objeto material suficientemente grande, como indican estas cavidades, hubiera sido detectado por las pantallas.

—¿Sabes? —dijo ella reflexionando—, ese humo, esa mano que sentí, si

no hubiese estado el humo, hubiéramos visto quién era.

—Es precisamente lo que estoy empezando a imaginar, Helen. Fue una deliberada pantalla de humo porque éramos un grupo. Cuando Stacey salió, iba solo, y entonces no había necesidad de ocultarse, además de suprimirnos la luz. Igual pasó con Ross. Claro que no se si hubo humo en el jardín de Farrow cuando se lo llevaron. Y no creo que hubiera ninguno cuando Cooper vio su fantástica “tienda de plata”.

—Debemos volver con papá en seguida —dijo ella de repente—. No podemos dejarlo solo así... Se oye su voz, nos está llamando. Oh, date prisa, Andrew, de prisa.

—Está perfectamente, querida —dijo él—. Su voz no suena asustada en absoluto, ¿no lo oyes? Tan sólo quiere que volvamos.

—Hemos encontrado otra cavidad en ese campo, papá —dijo Helen al anciano, que estaba de pie en el hall esperándolos. Lomax casi no la oyó y se dirigió directamente a Gauge. Parecía muy agitado.

—La calavera que usted trajo, Gauge —dijo con voz apresurada—. No está, ha desaparecido. Cuando la luz se fue, la puse sobre aquella mesita. No han pasado cinco minutos desde entonces... y ya no está.

—¿La ha buscado usted, señor? —preguntó Gauge incisivamente mientras recorría el hall con la mirada. Estaba muy exasperado. Vamos, pensaba, Lomax y yo, estábamos aquí. Helen se encontraba saliendo de la cocina. Lomax puso el cráneo aquí. Así que... el intruso pudo entrar por la puerta trasera, rozó a Helen por el camino y robó el cráneo. ¿Estaba abierta la puerta trasera? Lo estaba y aún continúa abierta. Esto es por lo que no pasó ante nosotros.

—Sólo tenía que buscar en el hall, Gauge —replicó Lomax patéticamente, habiéndose convertido de pronto en un tembloroso y asustado anciano—. pasos hacia atrás hasta el pie de la escalera. No está en ningún sitio del hall, así que ha sido robada.

—Por el intruso que me rezó al pasar —dijo Helen con rapidez—. Fue el intruso quien soltó la cortina de humo para poder robarlo sin ser visto. Pero ¿qué objeto tiene un cráneo para alguien que no sea un antropólogo?

—El mismo misterioso ladrón nos dejó sin electricidad —dijo Gauge ceñudo—, durante cinco minutos más o menos. También cortó el teléfono sin cortar los hilos, y descargó la batería de mi coche, todo por cinco minutos. No tiene ningún sentido, pero lo hemos experimentado. Profesor Lomax, ¿le dije lo que era el cráneo?

—No —dijo el viejo inocentemente—. Se lo pregunté a usted, pero estaba usted haciendo un pequeño misterio de él: ¿De dónde provenía?

—Según tengo entendido —dijo Gauge despacio—, no estoy completamente seguro..., que éste era el objeto por el que sir William Stacey y el estudiante David Ross se encontraba tan excitados. Este fue el objeto que encontraron en esa cueva de los Pirineos.

—Pero, hombre, si le he dicho —dijo Lomax sonriendo suavemente—,

que este cráneo sólo tenía dos o tres años. Stacey y Ross eran antropólogos experimentados, al menos Stacey es seguro que lo era. No podía equivocarse en una cosa como ésta. Y además, esta forma. Otra cosa, le dije que el orificio del nervio óptico estaba completamente cerrado. Quienquiera que fuese el poseedor de este cráneo, estaba tan ciego como un topo, total e incurablemente ciego, a fin de cuentas, ni más ni menos que sin vista.

Gauge lo miró con duda. Era uno de esos científicos didácticos cuya opinión era colosal y admirable. Había visto el cráneo durante unos noventa segundos y ahora quería demostrar que sabía todo acerca de él. Y, ¿no se había sentido Lomax extremadamente curioso por conocer qué era lo que Stacey y Ross se traían entre manos? Era la natural curiosidad de un hombre para quien su tema preferido era el sentido de la vida. ¿Qué haría un hombre así para conseguir un ejemplar como ese para él y poderlo contemplar con solicitud como el avaro mira su oro? Gauge se sacudió irritado. Se estaba volviendo melodramático. Esto no eran más que tonterías. El padre de Helen no era más que un anciano entrando en su segunda niñez. ¿Cómo en el mundo podía él relacionarle con el rapto de Stacey, Ross y Farrow, las pantallas de humo, aquellas cavidades... y todo lo demás? Además, él podía haber examinado aquel cráneo para propia satisfacción, nada más que hubiese expresado el deseo. A fin de cuentas, lo podría haber hecho si aquel maldito humo no hubiese venido cuando las luces se apagaron, y el ladrón entró, quienquiera que fuese. Además de todo esto, él lo había cogido de la mano, y era el padre de Helen. ¿No era esto suficiente?

—Bien, ya he tenido bastante por esta noche—murmuró el anciano mientras se dirigía hacia la escalera—. Me voy a la cama. Ha sido una tarde muy poco satisfactorio. Aquel cráneo, fuese lo que fuese, hubiese dado una fortuna para poder examinarlo a fondo. Nunca en mi larga vida he sabido de ninguna criatura antropoide sin nervio óptico. Y un cráneo completo e intacto. ¡Es increíble!

—Te llevaré un poco de leche caliente, papá—dijo Helen; fue con Gauge hacia la puerta y después de la tensión sufrida, su despedida no tuvo nada de extraordinario.

—Buenas noches, Andrew —dijo ella en voz baja.

—Buenas noches, Helen —murmuró él, y sin volver la vista atrás, entró en su coche.

El inspector Adams no estaba muy comunicativo a la mañana siguiente cuando Gauge le contó los incidentes de la noche anterior. Encendió un cigarrillo cuidadosamente.

—Comprenderá usted que esto ya es algo, doctor —dijo—. Como un rompecabezas en el que las esquinas comienzan a formarse. Ya encontraremos el centro también y conseguiremos el cuadro completo. Si lo que ocurrió en “The Hermitage” anoche fue similar a la experiencia sufrida por la señora Milne cuando se encontraba sola, no hay duda de que eso fue lo que le enloqueció. A propósito, ¿sabe usted algo de ella?

Gauge casi había olvidado a la infortunada ama de llaves. Negó con la cabeza.

—Nada. No debe de haber cambiado su estado, pues de lo contrario el doctor Reid me lo hubiese hecho saber.

—Me pregunto si ella llegó a ver a ese misterioso intruso, a ese algo —musitó Adams—. Me alegraría de que por fin apareciese el autor de esas fantásticas operaciones, un hombre, una persona, incluso una cosa. Ahora, desde ahora, ya sabemos qué es lo que estamos buscando. .

—¿Usted cree, inspector? —dijo Gauge dudoso—. Y no diga "una cosa", Adams. Suena a novela melodramática.

—Bien, no olvide que esa vieja mujer parecía afectada por el horror. Está la cuestión del guante, ya tenemos dos. Y tampoco ha sido un guante de goma, sino de amianto. Conozco algo de los guantes de seda o de goma, pero esto del amianto es nuevo en la historia del crimen. ¿Sería nuestro intruso un bombero o un fogonero?

—No olvide que esta cavidad de la que le he hablado estaba caliente. La máquina o lo que fuera que lo produjo, estaba muy caliente. Forzosamente el operador tenía que usar guantes como ese.

—El operador —musitó Adams—. ¿Se refiere usted a un hombre? Estamos suponiendo que era. un hombre, doctor, porque deducimos que había una mano dentro, si es que el guante existió. Tan pronto como encontremos una pista en este asunto en seguida se volatiliza, ¿se da usted cuenta, doctor? Supongamos que no era una mano, sino... una garra..., o un... tentáculo.

—Inspector, inspector —gimió Gauge, amenazándole con un dedo—. Ya vuelve usted a las andadas. ¡Absurdo! ¡Absurdo!

Adams rió con ganas.

—Bueno, hemos tratado de tener los pies bien firmes, ¿no? Mire dónde hemos llegado. Pero, naturalmente, tiene usted razón, Gauge. No era más que mi buen humor. A decir verdad, me estoy hartando de todo esto. Nuestros personajes se han desvanecido en el aire por un lado, y por el otro, cualquier pequeñez que parece ser una clave que pueda ayudarnos, también se desvanece en el mismo aire pesado antes que hayamos podido, ni echarle una mirada. Frustración, eso es lo que es. Bien, doctor, me confieso vencido. Estoy en el límite de mis fuerzas. Estoy llamando en un desierto. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Voy a tratar de averiguar el origen de ese cráneo, inspector. No sé si recuerda usted que una vez le dije que creía que Ross era nuestro testigo clave. Entonces nos lo arrebataron. También el objeto con el que estaba tan bien relacionado ha desaparecido. Pero tengo que probar real y definitivamente que era esto lo que escondían con tanto secreto. Una vez establecido esto y la conexión entre las dos desapariciones, puede que brille una nueva luz para nosotros. ¡Si además, hubiese podido estar en Louisiana!

—Ese asunto del cráneo, doctor —dijo Adams volviéndose con rapidez no es más que pura rutina, yo me encargo de él. En nuestras pesquisas quedó

establecido que Stacey y Ross volvieron de su viaje vía Dover. Iré hasta allí y me enteraré, si es posible, si el cráneo se encontraba en su equipaje. Espero que tuviera que declarar una cosa como esa. Tengo entendido que descubrimientos como este pueden ser considerados como un “tesoro”, no lo sé. Lo averiguaremos. ¿Qué hará usted mientras tanto?

—Es muy amable por su parte, inspector —dijo Gauge más animado—, al ayudarme en mi trabajo. Voy a pasar el resto del día haciendo algo que debía haber hecho hace varios días. Me voy a encerrar en mi habitación del hotel en Redford, con una máquina de escribir y un montón de: papeles, y café a discreción. Voy a poner todo ese enmarañado asunto en orden cronológico, topográfico y personal, y veré si surge algo que tenga sentido. Voy a hacer una especie de árbol genealógico de todo el asunto, y ver a dónde nos conduce cada rama y cómo se enlazan unas con otras, si es que llegan a enlazarse, pues esa es la cuestión. Usted dijo que había visto aparecer un patrón. Creo que entreveo lo que ha querido decir, pero se necesita mucho para aclararlo. Cuando tenga todo esto listo y preparada una especie de fórmula, aún hay otro formidable trabajo por hacer, que consiste en trasladar a un inglés comprensible un} informe para mis superiores en White Hall, un informe que contenga todos los hechos, algunas de las teorías, y una razón plausible de por qué no he encontrado todavía al ausente señor Stacey.

Andrew Gauge fue despertado a la siguiente mañana por el timbre del teléfono. Era Adams que le llamaba desde el vestíbulo.

—Buenos días, inspector —bostezó por el auricular—. Es usted un pájaro de lo más madrugador y pesado. Todavía estoy en la cama. ¿Cuá les han sido los resultados de Dover?

—Oh, todo está arreglado, doctor, y ha resultado lo que usted esperaba. Pero no es para esto para lo que he llamado. ¿Ha visto usted los periódicos de la mañana? La cosa se va extendiendo. Lea esto.

—Le he dicho que me acabo de despertar, o mejor dicho que me ha despertado usted.

—Lo siento, pero era necesario. Es algo importante. ¿Puedo subir?

—Desde luego, querido amigo. Me voy a levantar ahora. Habitación número siete en la primera planta. Dejaré la puerta entreabierta.

Aún bostezando, se levantó de la cama y se puso un batín. Abrió la puerta para Adams, que entró agitando un periódico.

—Bien, doctor —fue su saludo—. Ahora es cuando nos encontramos metidos de lleno en todo

Gauge se frotó los ojos y cogió el periódico. Lo que leyó le quitó el sueño por completo.

“RUSIA ACUSA A OCCIDENTE,” (seguía el artículo) “RAPTO DE UN CIENTIFICO SOVIETICO. JOSEPH SVERNOFF, EMINENTE ANTROPOLOGO RUSO, DESAPARECIDO HOY. UN GRAN AGUJERO COMO PRODUCIDO POR UN COHETE HA SIDO ENCONTRADO EN

LOS TERRENOS DE LA CASA DE SVERNOFF. LAS PRIMERAS NOTICIAS SON QUE SE ACUSA A UN MISTERIOSO HELICOPTERO. EL KREMLIN ENVIA UNA BRUSCA NOTA A LAS EMBAJADAS OCCIDENTALES.”

Respiró hondo.

—Bien, bien, así que los soviéticos se han unido a nuestra pequeña fiesta, ¿eh? Bien, esto cambia las cosas por completo, inspector. Ahora que nuestros amigos de detrás del telón de acero empiezan a sufrir por estos misteriosos acontecimientos, nuestro pequeño asunto asume importancia internacional. Puede usted imaginarse el intercambio de ideas que habrá de una embajada a otra, el intercambio de notas las resoluciones venteadas por el Consejo de Seguridad, la Asamblea General, la N. A. T. O., la S. E. A. T. O., el viejo tío Tom, y todo lo demás.

Adams gruñó y echó una mirada por la habitación. Estaba atiborrada de hojas de papel, todas escritas a máquina o a mano, y de burdos esquemas.

—Ya veo que tuvo usted un día muy agitado ayer, doctor.

—Y menos mal que lo hice —dijo Gauge—. Todo lo que tengo que hacer ahora, es pasar esto en limpio, y después marcharse a Londres. Telefonearé al secretario del jefe para que trate de conseguirme una entrevista con el mismo patrón. Después de las noticias de esta mañana y de mi informe, no creo que me sea muy difícil llegar a la cumbre.

—¿Qué pensarán de esto? —preguntó Adams con aire de duda. Había recogido uno o dos papeles y después de una rápida mirada a Gauge como pidiéndole permiso, los leyó. Frunciendo los labios volvió a decir —Le digo, doctor que es usted un hombre de valor al mandar este informe.

Gauge rió abiertamente.

—Ya sé que me tirarán el libro a la cabeza, pero ahora es el momento de encontrar el lote completo. No podemos seguir como estamos, tropezando a ciegas en la oscuridad. ¿Qué hay de Dover, inspector? ¿Trajo Ross el cráneo consigo a la vuelta de su reciente viaje a los Pirineos?

—Tal como usted lo dijo, doctor. He visto al superintendente y a través de él al oficial jefe interventor y eventualmente tropezamos con el aduanero que revisó el equipaje. Podemos señalar con exactitud la fecha, de acuerdo con un recibo extendido a nombre de sir William, por unos habanos y coñac que trajo. Ross declaró el cráneo, eso dice el agente, pero aparentemente no hay derechos que pagar por una especie antropológica, pasamos un rato muy divertido a cuenta de esto. Parece ser que con las especies antropológicas, se muestran a veces sospechosos, por lo que existen diferentes puntos de vista. Algunas veces, cosas como ésta tienen actualmente un gran valor intrínseco. Temo que nadie apreciara un simple cráneo.

—Me ha sido usted de una gran ayuda, inspector. Voy a tomar un baño y a afeitarme, y terminaré este trabajo ahora. Cuando esté listo, marcharé directamente a Londres. No creo que esté de vuelta para esta noche, pero si

vuelvo le llamaré por teléfono.

Decididamente no fue aquel mismo día cuando Gauge volvió de su visita a la sede del Gobierno. Fue en realidad casi treinta y seis horas después.

Una cadena de circunstancias de lo más desafortunadas le impidió presentar su informe aquel mismo día, a pesar de su llamada telefónica.

Primero, naturalmente, como él ya sabía, una copia tuvo que ser presentada al jefe comisario de Scotland Yard. Aquí tuvo que ser digerida antes de que el sello oficial fuese colocado en su sitio para permitirle llegar a una mayor autoridad. Después, esta mayor autoridad tuvo que pasarlo a través de todos los conductos, y cuando por fin el último secretario privado dio su visto bueno, era demasiado tarde para alcanzar la mesa del Ministro aquel día. Se encontraba en el Ministerio esperando una importante visita aquella tarde, por lo que no podía salir. Y naturalmente a una simple información científica, no le estaba permitido interferir el suave curso del Gobierno.

Pero a las once de la siguiente mañana, Gauge se encontró a sí mismo de pie sobre la alfombra del despacho del Ministro. Este se movió en su silla y levantó la vista del legajo de papeles que había estado leyendo.

—Doctor Gauge —empezó sin ningún preámbulo—, su informe está escrito en un tono moderno y admirable, pero debo confesar que hay una gran cantidad de puntos que no entiendo. En primer lugar, ¿es verdad todo esto?

—¡Señor! —estalló Gauge con la boca contraída y enrojeciendo. La apaciguadora mano del Ministro le hizo sentarse otra vez.

—No me comprenda mal, doctor, por favor. . Sólo quiero decir que a nosotros y a la policía nos llegan muchas cosas inexplicables. Asuntos que no permiten una explicación factible, asuntos que son, bien, digámoslo así, “outrés”. Con mi pregunta sólo quería saber si las circunstancias de este asunto tuvieron lugar bajo su campo de percepción. Esto es, ¿oyó y vio usted mismo todo lo que describa con tanta riqueza de expresión?

—En la mayoría de los casos, sí—dijo Gauge con sequedad—. Donde no me encontraba presente, los hechos están avalados por un valioso oficial, el inspector Stanley Adams, de la policía de Retford.

El Ministro recorrió los papeles del informe con un lápiz.

—Quiero que comprenda, doctor, que no trato de criticar sus métodos. Me doy cuenta que no menciona “platillos volantes” ni cosas de esa clase, pero sí menciona usted “fantásticos anillos” y una “tienda de plata”.

Hubo una desmayada sonrisa en su rostro, y Gauge se mordió los labios mortificados. ¿Cómo se le había ocurrido poner en el informe aquella estúpida observación de Cooper? ¡Por el cielo! ¿Cuántas tonterías como ésta había escrito? La verdad era, naturalmente, que cuando hubo recopilado todos los datos, se había sentido tan ansioso de poner cuantos más posibles, que lo había escrito todo.

—Es la versión de un hombre intoxicado, señor —dijo lo más calmosamente que le fue posible, mientras las cejas del Ministro se enarcaban

—Exactamente, doctor —dijo—. Dejemos esto a un lado. Para simplificar

las cosas, lo suprimiremos. Su trabajo era, doctor, encontrar al desaparecido sir William Stacey, poniendo todos los medios para ello. Ahora bien, ¿hasta dónde ha llegado usted para cumplir su misión? Ese misterioso ruido que dice usted que se oye de vez en cuando, ¿pretende usted insinuar que proviene de algún vehículo, avión, cohete, o algo por el estilo, donde sir William y los demás fueron raptados?

—No lo sé, señor —admitió Gauge cándidamente—. Mi mente está completamente atestada con esto. En realidad, estuve demorando la entrega de este informe hasta que la noticia de la desaparición de ese científico soviético, me convenció de que tenía que ponerlo todo en su conocimiento y sin demora.

—Justo, justo —dijo el Ministro—. Le estoy agradecido por esto, naturalmente, doctor. Pero supongo que usted comprenderá que esto no debe salir de esta habitación. Usted ha sugerido que debía ser discutido en el Gabinete. Ahora, doctor, estoy seguro que será el primero en admitir que si yo presento este informe al Gabinete, corro el riesgo de. bien, creo que mis colegas me conocen demasiado bien para esto, pero no me extrañaría que llegasen a pensar que mi integridad mental empieza a fallar. Mírelo a la luz del día, mi querido doctor; hombres desaparecidos sin que haya rastro de sus cuerpos, ni tampoco notas pidiendo rescates. Redondas cavidades, cortinas de humo, guantes de amianto que no aparecen, sombras, ciertos extraños individuos con crisis delirantes, el cráneo de un niño prodigioso,.. A propósito del cráneo, me gustaría que algunos de mis expertos lo examinase, si no tiene usted ninguna objeción que hacer, doctor.

—También ha desaparecido, señor. Está en el informe —dijo Gauge sabiendo que su última esperanza se desvanecía. La expresión del Ministro cambió. Soltó los papeles sobre la mesa—. Bien doctor, muchas gracias por este informe tan detallado. Le prometo que será estudiado cuidadosamente por mis hombres. En lo que concierne a Svernoff, bien, los Gobiernos británico y americano han decidido negar todo conocimiento del asunto y las notas han sido devueltas. No vamos a divulgar a otras naciones lo que está sucediendo en Nottinghamshire.

—Señor —pidió Gauge con desesperación—. Le ruego que me perdone, pero, ¿no podía convocarse una reunión de científicos representativos de cada Gobierno para tratar de aclarar esto?

—¿Para discutir ese... este disparate? —Exclamó alzando la voz—. Hágame caso, doctor, y quédese un día en la cama. Se levantará usted sintiéndose mejor, ya lo verá. A una persona que es capaz de escribir una cosa tan ingeniosa, no le puede durar mucho el abatimiento.

Aparentemente debía de haber pulsado algún botón, pues la puerta se abrió y un hombre joven y alto impecablemente vestido, entró en la habitación. El Ministro sonrió.

—Es el señor Barrington, mi secretario particular. El cuidará de que usted haga lo que he sugerido. No podemos permitirnos perder un hombre como usted. Temo que se encuentre sobrecargado de trabajo, y, a propósito,

Barrington tiene algo para usted. Pero tómeselo con calma a pesar de que, como los caballos de tiro, tenemos que hacer el trabajo de diez, ¿no doctor?

Barrington levantó su nariz de patricio cuando Gauge entró en su despacho.

—Veo que debería haber leído ese informe antes de pasarlo al Ministro. De todas formas, pareció venir directamente de Scotland Yard. Recuerde esto para otra vez, doctor. Pero no crea que le estoy criticando...

—Oh, aquí nadie critica —estalló Gauge tan agriamente que tres mecanógrafos que estaban en el despacho, empezaron a golpear sus máquinas como si les fuera en ello la vida—. Nadie me está criticando a mí ni a mis métodos, pero nadie me cree; todos piensan que estoy loco. Ese hombre ahí... —Barrington se encogió ante la palabrota—. ...él cree que he perdido la cabeza. Lo dijo bien claro. Bien, ¿qué le vamos a hacer? Me vuelvo a Nottinghamshire y estamos en las mismas. Me pregunto si puedo pedirle, señor Barrington, una lista de todos los antropólogos que todavía están en activo, para ir tomando nota cuando se vayan desvaneciendo en la cuarta dimensión.

—La cuarta dimensión, doctor —dijo Barrington con aire de suficiencia—, no es más que una mera abstracción matemática, y no creo que tenga que recordárselo.

Gauge parpadeó. Esto era una “teoría” que faltaba en su informe. Debería haber sugerido que los hombres habían sido “tragados” por el agujero del tiempo y que se encontraban en algún universo desconocido. Era divertido pensar que quizá Stacey y Ross estaban viviendo salvajemente en una fantástica civilización de cientos de años atrás, aterrorizados en la cueva de un dinosaurio o de un tigre de la era Cuaternaria...

Se levantó con prontitud. No quería pensar en aquel triste dolor de cabeza que le había producido el Ministro. La visión de los desolados y antisépticos alrededores del sanatorio de Greyfriars volvió a su imaginación y se sacudió intentando desecharlos. Barrington había continuado hablando durante todo el tiempo.

—...usted tiene el expediente, doctor, se lo enviamos hace algún tiempo a su oficina. Está rotulado “Penwood”. Algún trivial problema con el abastecimiento de aguas en el que los ingenieros no podían meter las manos. No es nada urgente ni especial, pero desde que empezó ha sido una molestia. Uno o dos periodistas desocupados quieren emprender una campaña de protesta.

—Ya me ocuparé de eso, señor Barrington —dijo Gauge rutinariamente—. Ese expediente se encontraba en las oficinas de Scotland Yard. Lo recogeré en mi viaje de vuelta a Retford.

Así que después de todo era para él. Bien, no importaba lo que Barrington hubiese dicho, pues tendría que esperar un poco. Un hombre no podía estar en dos sitios a la vez. Desde luego, tenía mucha más importancia encontrar a los dos científicos desaparecidos que ocuparse .del estúpido asunto del agua,

soñado por algún imaginativo escritor.

—Así que no le creyeron, doctor—dijo Adams con voz conmiserativa cuando Gauge entró en su despacho al que se había dirigido directamente desde la estación—. Ya he tenido ocasión de conocer algo de la mentalidad oficial.

—A la brutal luz del día, inspector —rió Gauge—, casi me he sorprendido simpatizando con ellos. Me cuesta trabajo creer todo lo que me ha sucedido a mí mismo. Es todo tan desordenado, tan sin sentido. ¿Para qué demonios pueden necesitar a cuatro antropólogos esos seres, humanos o no, en este mundo o en su mundo imaginario?

—¿Algún otro mundo, doctor? —preguntó Adams con sorna.

—Oh, sólo estoy aventurando palabras, tratando de pensar en todas y cada una de las posibilidades. De todos modos la teoría interplanetaria no entra. Esos agujeros ciertamente no han sido producidos por ningún cohete y ningún proyectil de seis pies de diámetro puede tener suficiente fuerza para viajar desde Marte o Venus. También he estado pensando en la cuarta dimensión, en universos paralelos, en otros planetas de existencia material fuera de nuestra percepción, enteramente desconocidos e insospechados por nosotros... Empiezo a notar una mirada vidriosa en sus ojos, inspector.

—Me he quedado atrás —dijo Adams—. Sólo he entendido una palabra de cada tres en este final.

—No son más que tonterías para levantar mi ánimo, inspector —dijo Gauge con énfasis—. Esto serviría de entretenimiento a matemáticos avanzados Son cosas abstractas, nada más. Se las he expuesto para que vea usted de lo que es capaz mi imaginación metódica y científica bajo los efectos de esa incomprensible casa de fenómenos que nos hemos arreglado para acumular.

—Esto me recuerda —dijo Adams seriamente—, que la señorita Lomax ha telefoneado mientras se encontraba usted en Londres. Creo que era referente a la historia de Svernoff que salió en los periódicos. Dijo que su madre quería hablarle de eso.

—Salgo ahora mismo para allá —dijo Gauge levantándose con prontitud. Sonrió a la cara inocente del inspector—. Sé lo que está usted pensando, viejo zorro. Tiene usted razón; cualquier excusa es suficiente para hacerme ir a aquella casa.

Se sintió desilusionado cuando llegó a “The Hermitage”. El viejo profesor le salió al encuentro y mientras caminaban hacia la casa le dijo que Helen había salido.

—Ha ido a dar un corto paseo. Volverá en seguida.

—Bien, bien —dijo Gauge más animado—. Tengo entendido que quería usted verme, señor.

—Es acerca del pobre Svernoff. Era amigo personal mío. Nos conocimos en una reunión hace algunos años y desde entonces no hemos dejado de escribirnos regularmente. ¿Qué puede haberle ocurrido al pobre hombre? ¿Lo

mismo que a los otros? Doctor, ¿cree usted que es un asunto internacional? Quiero decir la guerra fría.

—Decididamente no, profesor. Los Gobiernos occidentales están tan sorprendidos como lo está el soviético.

—Entonces, bien, alguien, o algún grupo de gente deben ser los responsables. ¿Quién se puede sentir interesado por un grupo de antropólogos? Somos un conjunto viejo y seco que nos dedicamos a desenterrar huesos viejos. Le diré todo lo que sé acerca de Svernoff. Debe tener mi edad, y se graduó en la Academia de Ciencias de Moscú. Su trabajo en los últimos años ha sido el referente a la reconstrucción y fechado de especies encontradas en Europa.

—¿Lo ha visto usted recientemente, señor?

—No desde la Convención de París en 1956, pero me escribió justo a su vuelta de un viaje que hizo a los Pirineos.

—¡Los Pirineos! —exclamó Gauge—. Allí donde Ross y Stacey hicieron su sensacional descubrimiento. ¿Acaso Svernoff...?

—Sabía que me preguntaría usted eso —rió el anciano—. Pero el caso es que sí. Me decía en su carta que esperaba dirigirse a la Sociedad Antropológica en otoño cuando pudiese leerles un escrito que nos haría a todos abrir los ojos. Me envió una especie que había encontrado en los Pirineos, un fragmento de hueso, pues quería saber mi opinión sobre él.

—¿Lo tiene usted todavía? —preguntó Gauge con presteza, pero Lomax negó con la cabeza.

—No cuento con un laboratorio apropiado ahora que me he retirado y lo envié a los Laboratorios del Gobierno en Londres para que lo examinasen. No era más que una delgada lámina de hueso, Gauge. Ahora, lo que me preocupa es ese cráneo. Sólo tuve ocasión de verlo durante breves momentos y con luz artificial, pero una mente entrenada puede sacar muchas conclusiones de una cosa así. Le diré lo que pienso de él. Trataré de ser breve y usar las menos expresiones técnicas que me sea posible. Yo sé que usted es un entrenado científico, muchacho, pero sé que comprenderá que cada rama de la ciencia tiene sus expresiones peculiares. Esa calavera es, ahora, partiendo del punto hasta el que podemos retroceder en el principio de la evolución, si es que esa evolución existió, la característica infantil animal de especies que han tenido que existir. Diciéndolo en otras palabras, en cada una de las etapas que se han sucedido en el cráneo adulto, éste ha tendido a parecerse a ese infantil. Tengo que admitir que, en vista del largo período de tiempo transcurrido, las dificultades que encierra hacer observaciones siempre son en extremo hipotéticas. Pero le aseguro que es la opinión de la mayoría de los grandes investigadores en este terreno... Para simplificar más las cosas, si me pidiese usted que describiera las características del cráneo de un hombre digamos de dentro de un millón de años, esa calavera que trajo usted aquí es lo que más se le aproxima. Así que comprenderá que ver en estos tiempos una especie como ésa es de lo más sorprendente.

Mientras Lomax había estado hablando, extrañas ideas habían pasado por la mente de Gauge. Sacudió la cabeza y trató de olvidarlo. “Ah, bien—pensó —, cada uno tenía su propia distracción.” Miró indulgentemente al viejo Lomax. Podía tranquilamente salir con una parrafada como aquélla sin tan siquiera mover una pestaña. Lo malo era que encajaba en el conglomerado de locuras, agujeros en la tierra, fantásticos anillos, cortinas de humo, ruidos misteriosos, guantes y cráneos que desaparecían, y hombres arrebatados del mundo para ser llevados a... ¿dónde? Sí, todo tenía una similaridad, un común denominador. Todo era inexplicable y sin sentido.

—¿Y cuál es su deducción, profesor? —dijo con cuidado—. ¿Pudiera ser ese cráneo encontrado en los Pirineos el de un hombre que vi viendo hace miles de años tuviera todas las características que los de un futuro remoto de nuestra propia raza?

—A ésa es a la conclusión que he llega Gauge —admitió Lomax con un poco de presunción mientras Gauge reía para sí.

—Bien, señor —dijo con animación—, no cosas que he ido encontrando desde que por primera vez vine a Oakdene. Ahora, si me lo permite, voy a salir para ver si encuentro a Helen.

La encontró en un camino adyacente paseando sola. Ella pareció volver a la vida cuando él se le aproximó y el contacto de sus manos pareció una descarga eléctrica.

—Necesitaba un poco de aire —murmuró confusa—. ¿Cómo fue la entrevista? He estado pensando mucho en ti e imaginado toda clase de cosas, terribles.

—Prefiero no recordarlo —dijo él con ligereza pero firmemente—. Me estoy tomando una hora de descansó. —Puso una mano sobre las de ella—. Me gustaría pasear contigo siempre y cuando no prefirieses permanecer sola.

—Cuando no estoy contigo, Andrew —murmuró ella—, siempre estoy sola. Eso es lo que liento... ahora.

Su corazón saltó y acentuó la presión de su mano sobre el brazo de ella.

—Es lo más bonito que he oído en mi vida, Helen. Y ello me demuestra que el apacible mundo de cada día que conocemos no es tan malo como parece. Me encuentro como loco por este asunto en el que estoy metido. Coacciona en mí todo instinto científico. Este mundo tiene a fin de cuentas dos mil millones de años y los hombres nos creemos que hemos desentrañado todos los misterios. Apenas si hemos investigado la superficie de todos los infinitos secretos que la naturaleza humana tiene almacenados.

—Casi una herejía proviniendo de un científico —dijo ella riendo.

—Soy un hombre además de un científico —le recordó él—. A fin de cuentas, primero soy un hombre. Ha habido veces que hubiera deseado evadirme aunque hubiera sido para ocuparme de algo aburrido. Hubiera deseado al final del día poder olvidarme de todo el trabajo y arreglar tranquilamente mi jardín...

—... con una hacendosa esposa para cambiarte las zapatillas y encenderte

la pipa, ¿eh? —terminó ella sonriendo.

Hubo un súbito silencio entre ellos después de estas palabras y se miraron a los ojos. No necesitaban palabras, pues ella se encontraba en sus brazos.

Pudo haber sido un segundo o una hora cuando de pronto la sintió retirarse de sus brazos y a s cerebro le llegó el sonido de su propio nombre repetido en alta voz. Echaron a andar y ella miró por encima del seto.

—Es el inspector, Andrew. Está tratando de atraer tu atención.

Gauge apretó los labios. Adams debía haber aparcado su coche por el lado de fuera de la verja de "The Hermitage". Vaya momento que había elegido. En un minuto más hubiese encontrado las palabras que pensaba no iba a encontrar nunca por falta de oportunidad. Le hubiese dicho Helen que la quería con todo el amor de un hombre tímido hambriento de afecto, que deseaba cuidar de ella durante toda su vida y dedicarle cada deseo, pensamiento y acto para ella sola.

Adams se sentía muy confuso cuando llegó junto a ellos.

—Doctor Gauge, señorita Lomax —saludó—. Créanme que ni por un momento soñé en interrumpirles cuando... —sus palabras se cortaron—. Quiero decir que de no haber sido tan importante que encontrara al doctor, señorita, nunca me hubiese presentado.

Gauge rió, habiendo ya bajado de las nubes rosadas a la fría tierra.

—¿Ha encontrado usted otra cavidad? ¿O es que hay otro antropólogo desaparecido, o ha encontrado usted un pequeño saco lleno de cráneos en la cesta de la costura de la señora Milne? ¿O acaso Cooper se está dedicando a aterrorizar a todos los antropólogos? Continúe, hombre, creeré cualquier cosa que diga.

—Me parece que le va a ser difícil creer esto, Gauge —dijo Adams, que se había recuperado por completo—. ¡Sir William Stacey y Ross han sido hallados!

Aún cogidos de la mano, Gauge y Helen se quedaron mirándoles asombrados. Todo pareció súbitamente callado, no oyéndose ni el canto de un pájaro. En medio del pesado silencio, Adams volvió a hablar.

—No es lo que sucede normalmente después que algún personaje importante desaparece. Estamos acostumbrados a recibir cientos de cartas de gentes que dicen haber visto a la persona en todas partes del país al mismo tiempo. Esto ha sido un trabajo de nuestra propia gente, la policía.

He estado a la búsqueda de usted. Probé en su hotel y entonces recordé que me había usted dicho que vendría a ver a Helen, quiero decir a la señorita Lomax, quiero decir el profesor...

—Venga la historia, inspector, por favor —dijo Gauge con calma.

Adams empezó:

—Bien; dos hombres respondiendo exactamente a su descripción han sido vistos en una pequeña isla cerca de Orkneys. Se llama Pentland Skerry. El hombre que los vio es un médico de la localidad que se encontraba en la isla visitando un paciente. Según dice, reconoció instantáneamente a sir William.

La policía de Caithness dice que está preparado para jurar definitivamente que era sir William.

—¿Habló este médico con el hombre? —saltó Gauge.

—No, tenía prisa por volver debido a la marea. Pero está completamente seguro. Parece ser que el doctor está un poco interesado en huesos antiguos; conocía todo el trabajo de Stacey y su reputación, y dice que no puede haberse equivocado. Ahora bien, si esto fuese una historia forjada por el vulgo, no querría que usted le diese mucho crédito, pero de nuestra propia gente... Bien, usted sabe que no caemos tan fácilmente como la gente cree.

—Vaya a casa y prepárese una maleta, inspector —dijo Gauge con rapidez y decisión—. Puede que esto no sea más que un mito, pero a estas alturas ya estamos acostumbrados. Esta vez puede que sea, como vulgarmente se dice, el no va más. Salimos para Caithness en seguida.

—Pero en tren, doctor —objetó Adams—. nos llevará sus buenas cuarenta y ocho horas...

—Le aseguro que no serán más de tres, inspector —dijo Gauge—. No olvide que voy armado de extraordinarios poderes del Gobierno de Su Majestad. Hay un campo de aviación en Wick y allí hay avionetas. Corra a casa y prepárese su maleta, inspector. Le recogeré en Retford después de haber telefoneado al Ministerio del Aire.

Hacía frío y viento en John O'Groats, pero Gauge y Adams con gruesos trajes apenas lo sentían mientras escuchaban al doctor MacPherson, contándoles su historia en su pequeño consultorio.

—Tan cierto como que estoy vivo, aquel hombre era sir William, señores —les aseguraba el buen escocés—. Lo recuerdo muy bien, y he estado siguiendo paso a paso lo que de él decían los periódicos. Había otro hombre con él, un joven de unos veinte años, desarreglado, con barba, pelo enmarañado, pantalones de pana y sandalias.

—Tengo entendido que no tuvo usted tiempo de hablar con ellos, ¿no, doctor?

—No, no lo tuve. Jamieson me estaba llamando para que volviese al bote; temía perder la marea. Ese hombre, sir William, y su compañero, estaban paseando como una pareja de turistas.

—Ese Jamieson, ¿quién es? —preguntó Gauge con rapidez.

—Un viejo patrón que lleva la única barca que hace el viaje a Skerry. Él nos llevará a la isla, pero tendrán ustedes que aguardar hasta mañana, pues el tiempo está muy malo en esta época del año.

—Verdaderamente que está esto muy agitado —dijo Adams castañeteando los dientes a la siguiente mañana cuando iban en la pequeña embarcación del capitán Jamieson, a golpe de remo a través de las tempestuosas aguas. Habían pasado la noche no muy confortablemente en un hotel del pueblo, y eran los primeros y. únicos pasajeros de Jamieson.

—¿Tiene usted muchos pasajeros, capitán? —gritó Gauge en medio del viento—. ¿Hay algún otro camino para cruzar?

—No estoy sobrecargado de trabajo —rió el lobo de mar—. No hay mucho movimiento de gente ahora. Se quedan en casa. No, no hay otro sitio para cruzar más que éste. ¿Van a quedarse los señores en la isla?

—No, regresaremos hoy —dijo Gauge cerrándose el impermeable que le habían proporcionado—. ¿Puede usted esperarnos? No se arrepentirá.

—Sí, claro que les esperaré —asintió Jamieson—. Pero no se retrasen para no perder la marea. Acercaré la barca lo más posible para que puedan desembarcar sin mojarse.

Con bien diferentes pensamientos Gauge y Adams escalaron el rocoso sendero que conducía al lugar descrito por el doctor MacPherson.

—Sale humo de la chimenea, doctor —dijo Adams de pronto—. Me preocupa que ninguno de nosotros hayamos visto nunca a esos hombres.

—Bueno, yo he visto a Ross —dijo Gauge—. Y la apariencia de sir William es tan inconfundible que no hay peligro de error. ¿Cree usted todavía que esos dos hombres son los que estamos buscando?

—Pronto lo sabremos —dijo Adams—. La puerta se abre y uno de ellos sale. Sí, puedo contestarle ahora. Ese hombre que está allí es sir William Stacey o yo soy Robín de los Bosques.

—Buenos días, ¿buscan ustedes a alguien?

—La voz era profunda, poderosa, la voz de un hombre que conocía la autoridad. Alto, con cabellos y barba blancos, guardaba un cierto parecido con los profetas del Antiguo Testamento, especialmente en medio del paisaje que le rodeaba.

—Estamos buscando a sir William Stacey —dijo Gauge—. Mi nombre es Gauge, del Ministerio del Interior, y éste es el inspector Adams, de la policía de Retford.

El hombre sonrió.

—Entonces pueden entrar, señores, su búsqueda ha terminado. Yo soy sir William Stacey. Encantado de conocerles. Por favor, les ruego que perdonen el estado de nuestro pequeño retiro. Estamos aquí por unas cuantas semanas de aislamiento para completar un libro muy importante que estamos escribiendo.

—¿Entonces no está usted solo, sir William? —preguntó Gauge, mientras recorría con curiosidad la extraordinaria figura del hombre.

—Tengo a un joven colega conmigo, llamado Ross, un protegido mío. David y yo estamos colaborando en el libro. Ha salido a recoger leña para nuestro fuego. Vivimos muy primitivamente aquí. Pero han dicho ustedes que son del Ministerio del Interior y de la Policía, y me pregunto que pueden querer de mí tan augustos personajes. Espero que la señora Milne no se haya metido en ningún lío.

—Sir William —dijo Gauge con tensión, aferrándose al brazo de Adams para evitar que expresase la enorme excitación que experimentaba—, ¿de verdad no tiene usted idea de por qué nos encontramos aquí?

—No tengo ni idea, mis queridos amigos. ¿Creen ustedes que debería

saberlo?

—Sir William, hace una semana que desapareció usted de su casa de Oakdene.

—Bien, ¿y qué tiene eso que ver con el Ministerio y la Policía? —estalló el otro—. ¿Qué quiere usted decir con eso de que desaparecí? Dejé mi casa para venir aquí, eso es todo. Están ustedes empleando lenguaje cifrado, señores.

—Su fotografía salió en todos los periódicos y casi toda la policía de las Islas Británicas se ha estado dedicando a su búsqueda. Ha puesto usted a la policía y a las autoridades en un compromiso, sir William.

—¿Pero qué tengo yo que ver con todo eso? —rió el anciano caballero—. Si ellos quieren dedicarse a jugar, déjelos. Esto no es todavía un estado policial, y presumo que puedo ir donde me plazca sin decirle a cada Tom, Dick o Harry dónde voy.

—¿Ni siquiera a su propia ama de llaves, sir William? —preguntó Gauge. Observó una extraña expresión en los ojos de Stacey, como una ausencia de todo, como si una película se hubiese interpuesto ante ellos, una película opaca. Entonces Stacey rió.

—Tonterías, mi querido señor. La señora Milne lo sabía. Yo se lo dije, aunque puedo salir de viaje sin tener que darle cuenta a ella. Es muy despistada y lo habrá olvidado, aunque, por el cielo, es difícil de creer. La pobre mujer yendo a la policía. Ella es la que ha formado todo esto.

Gauge y Adams se miraron inexpresivamente. Era esto tan diferente de lo que habían esperado que se encontraban más que aturdidos. Stacey en ese momento estaba llamando a un joven que venía cargado con un montón de ramas secas. Gauge lo miró. La última vez que había visto al joven Ross, porque era ciertamente él mismo, se encontraba en aquel terrible estado mental, por lo que Gauge no esperaba que le reconociese.

—Aquí hay algo muy divertido, David, muchacho —dijo Stacey soltando una poderosa carcajada—. Resulta que tú y yo hemos “desaparecido” bajo dramáticas circunstancias y toda la policía del país ha estado buscándonos. ¿Qué te parece?

—Usted es Ross —dijo Gauge con rapidez, por lo que el joven pareció asombrarse.

Ross soltó el pesado haz de leña.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —preguntó.

—Hace unos días que lo vi cuando estaba usted sometido a tratamiento en el sanatorio de Greyfriars, en Nottinghamshire. Después usted se escapó, robó una furgoneta y se dirigió a la Universidad.

—Oh, no me venga con esas cosas —exclamó el joven—. Es una solemne tontería. Nunca he estado en el sitio que usted dice. ¡Robar yo una furgoneta! Creo que está usted equivocado; confusión de identidades, naturalmente. Siento no poder ayudarles; si están buscando a alguien, ése no soy yo. Esa idea de que hemos “desaparecido”, es ridícula. Me uní a sir William y vinimos aquí para descansar. Le estoy ayudando...

—...en un libro, ya lo sé —dijo Gauge—. Ya conocíamos eso. Puede que le interese saber, señor Ross, que estuvimos registrando su bolsa en la Universidad y que encontramos en ella un cráneo que usted y sir William encontraron en su reciente viaje a los Pirineos...

—¡Vamos! —exclamó Ross con indignación—. Esto es demasiado atrevimiento por su parte al abrir mis cosas. No tienen derecho a hacer eso. En todo caso, me complazco en decirles que cogieron una bolsa equivocada. Les puedo aseguran que no había ninguna calavera en mi bolsa. ¡Una calavera! ¡Ugh! No es una cosa que suela llevar conmigo en mi equipaje.

Ahora fue su anciano compañero el que exclamó en tono muy enfadado:

—Esto tiene todas las características de una persecución. ¿Con qué derecho vienen ustedes aquí para atropellarnos? ¿Qué se ha hecho de nuestros derechos? Ciertamente que pondré en conocimiento de las autoridades este monstruoso comportamiento.

—Sir William —dijo Gauge con agudeza—, ¿cómo llegaron ustedes aquí?

—Dejo todo eso en manos de David cuando viajamos —dijo Stacey casualmente—. En tren, taxi y barco, ya que parece usted tener tanto interés en saberlo, pero me parece que no es asunto de su incumbencia.

—¿Qué equipaje trajeron? —Gauge disparó la segunda pregunta. Pero esta vez obtuvo su reacción. Aquel curioso velo volvió a aparecer en los ojos de Stacey durante un momento, por una fracción de segundo pareció confuso y perdido. Después la potente risa volvió a aparecer.

—El equipaje —dijo—. Ha dado usted en el blanco, joven. Algún estúpido empleado lo puso en un vagón de carga que más tarde desengancharon y lo perdimos. Hemos estado pidiendo comida todos estos días. Muy desagradable, se lo aseguro. Tengo ahora un buen motivo para demandar a la compañía de ferrocarriles por eso. Estamos ya cansados de lavar todos los días la misma camisa, que es la que traíamos puesta.

—¿Está usted de acuerdo con eso, señor Ross? —preguntó con rapidez, pero el joven ya no pudo resistir más y estalló.

—Nos está usted insultando —dijo calurosamente—. Está usted acusando a sir William de embustero. Claro que estoy de acuerdo. ¿Cómo diablos quiere usted que hayamos llegado aquí? ¿Sabe, sir William, que me estoy cansando de todo esto?

—¿Qué me dice usted de esta carta1, señor Ross? —dijo Gauge al tiempo que le mostraba la carta que Adams había encontrado en el buzón de Stacey.

Ross la cogió y se la quedó mirando, mientras Gauge estudiaba detenidamente su rostro. Que este joven se encontraba en un gran esfuerzo mental, se podía ver claramente. Pero eso no podía significar nada, puesto que después de todo, y a pesar de lo que él dijo, había sido paciente del doctor Reid.

—Bueno, pues —dijo Ross lastimosamente,) agitando la carta—. Esto de verdad parece extraño, pero he estado haciendo ahora un gran esfuerzo, exámenes y demás. He dormido mal, he tomado algunas pastillas, he tenido

sueños. Usted ya sabe. Ésta desde luego es mi letra, pero no recuerdo haber escrito esto.

Ahora Gauge cogió a Adams por el brazo y sonrió a Stacey y Ross.

—Temo que tengamos que presentarles nuestras excusas, señores. Parece ser que hemos sido víctimas de un error. De verdad siento haberles distraído en su trabajo. ¿Dijeron ustedes que habían venido en la barca?

—Claro que sí, hombre, no hay otra manera de llegar. Jamieson creo que se llama el barquero

Se notaba en la voz de Stacey que evidente mente se encontraba molesto, y no les ofreció su casa, pero Gauge tampoco lo esperaba. De pronto, como por arte de magia, su expresión se aclaró cuando se alargaron las manos y los dos visitantes, partieron. Únicamente Ross se quedó mirándolos después de que hubieran bajado por el rocoso sendero. Gauge volvió la cabeza y vio que el joven continuaba observándoles. Adams tragó saliva.

—Ahora bien, ¿qué piensa usted de este montón de enormes e innecesarias mentiras? —preguntó—. Me apuesto algo a que estos dos están escondiendo algo. Ese Ross me parece astuto, y Stacey... es; Gauge, estará usted de acuerdo en que estaban mintiendo; tienen que haber mentido, no hay otra solución, ¿no cree?

Gauge le miró, pero no hizo ningún comentario. Adams siguió murmurando algo, pero Gauge no dijo nada hasta que alcanzaron la playa. La barca les estaba esperando en el embarcadero.

—Capitán Jamieson —dijo Gauge—. ¿Sabe usted quiénes son estos dos ingleses que trajo usted hace varios días?

—¿Dos ingleses? —repitió el viejo sacándose la pipa de la boca—. No, señor. Yo no he traído a ningún inglés. Ningún turista viene en esta época del año.

Gauge y Adams se miraron, el primero pensativo y Adams con franca desconfianza. Gauge volvió a pensar en la obra de Barry “Mary Rose”. Pentland Skerry era otra isla que “gustaba de ser visitada”, y, lo mismo que la de la obra, guardaba sus secretos.

—Está loco, Gauge —musitó Adams—. Tan loco como esos dos.

—Capitán —preguntó Gauge cuidadosamente— ¿le importaría repetir eso, por favor?

—Con mucho gusto —cloqueó Jamieson—. Es usted duro de convencer. Les he dicho que no he pasado a ningún inglés a Skerry recientemente. Les diré más. En esta época del año, la gente se queda en sus casas. Excepto al doctor MacPherson, al que; pasé ayer, y hoy, a ustedes, son los primeros pasajeros que he tenido desde hace un mes.

CAPITULO VI
UN LAPSO EN LA MEMORIA

Gauge pensaba, cuando se oye una declaración que es palpable e incontrovertiblemente falsa, y cuando se sabe que el hombre que está haciendo esta declaración nos está mintiendo, ¿qué se puede pensar?

Volvió la cabeza para mirar a Adams y simpatizó con el rostro inexpresivo del inspector. Se imaginaba que él tendría una expresión parecida.

—Permaneció usted muy callado en la entrevista, inspector. No puedo pensar que fuese porque no tenía nada que decir.

—Nada más lejos de eso —dijo Adams colérico—. Era porque tenía demasiado que decir. Esos hombres estaban mintiendo, doctor. Conozco nuestros métodos y sé hasta dónde ha llegado la policía de todo el país, aguijoneada por el Gobierno, para encontrar a esos hombres, y localizar cada uno de sus movimientos. Y le digo más, doctor Gauge, aquí no llegaron por los medios ordinarios. Es totalmente imposible que hicieran su viaje desde Nottinghamshire por los medios normales de transporte, tren., avión, coche o barco. Ahora el capitán jura que él no los llevó en esta última etapa del viaje, y le creo. Por lo tanto, Stacey y Ross están mintiendo.

—No niego que tenga usted razón, inspector. Pero tenemos la evidencia de nuestros propios ojos y oídos de que se encuentran aquí. Una vez más nos enfrentamos con un acontecimiento que parece imposible que tenemos delante de nuestros ojos. Bien, vamos a registrar toda la isla para buscar algo que debe de estar aquí, si es que está. Capitán, ¿a qué hora podemos marchar para no perder la marea?

—Dentro de dos horas, quizá menos —dijo el hombre con firmeza—. ¿Es que van a volver? Esperaré hasta el último momento; después no olviden que tendré que marcharme. Si no están aquí para entonces, les recogeré mañana por la mañana.

—¿Va usted a hablar con ellos otra vez? —Preguntó Adams cuando volvieron a abandonar la playa—. Estuve observándolos mientras usted hablaba. ¿No les notó usted algo raro en la cara y en los ojos?

—Me alegra de que se diera cuenta también —replicó Gauge—, temí habérmelo imaginado. Se notaba más en Ross. Stacey parece un carácter más fuerte y no se le notaba tanto. Era algo como... oh, es difícil expresarlo con palabras, como si se encontrasen bajo efectos hipnóticos. ¿Ha visto usted una obra llamada “Mary Rose”, de Barry?

—La he visto varias veces, es una de mis favoritas. Eso es precisamente lo que quería decir, Gauge. Esos individuos parecen encontrarse en trance.

—Así que no voy a interrogarles otra vez. No creo que sirviese de nada. Voy buscando un común denominador en todas estas cosas. En todas las desapariciones ha habido algo en común. Asocio esta reaparición con lo demás, tiene que estar por aquí.

Adams rió.

—Una redonda cavidad de seis pies de diámetro y dos de profundidad —entonó, y Gauge le palmeó la espalda.

—Ahora parece que nos entendemos. Tiene que haber uno de esos agujeros en Pentland Skerry, ¡tiene que haberlo!

—Es todo un trabajo encontrarlo —dijo Adams dudando—. Es una isla muy pequeña, pero muy rocosa; nos llevaría semanas el registrarla a fondo. —Miró alrededor hacia el árido y frío paisaje, los promontorios de la roca, la escollera al fondo y las pobres y escasas chozas donde vivían los habitantes de Skerry.

Se separaron y durante casi una hora cada uno fue dando vueltas por diferentes caminos. Algunos hombres y sus familias los observaron, pero ninguno se acercó lo suficiente como para poder hablar. Probablemente estaban acostumbrados a los turistas del verano y pensarían que eran dos individuos lo suficientemente locos como para venir en esa época del año.

Pero algunos de ellos eran curiosos y Gauge, oteando la figura de Adams que bajaba por la escollera, sintió de pronto la sensación de que le estaban observando desde detrás de un seto. Era un niño con el pelo como de estopa y los ojos brillantes. Trató de huir, pero Gauge lo agarró fuertemente por un brazo.

—No te vayas, tonto, que no vamos a hacerte daño. Eh, inspector, aquí tenemos a uno de los nativos. Quizá pueda ayudarnos. —Sacó una moneda de su bolsillo y la colocó delante de los ojos del chico.

—Oh, míster —dijo el niño—, no quiero dinero. No hay dónde gastarlo en Pentland Skerry. No hay tiendas aquí. ¿Han venido ustedes para pasar las vacaciones? ¿Necesitan ustedes un guía? Puedo llevarles a un buen sitio para pescar y les puedo alquilar canastas para pescar langostas.

—No somos turistas, muchacho. A propósito, ¿cómo te llamas?

—”Cappy Jamieson, pero me llaman Robby —dijo el niño—. Mi madre no dice otros nombres. ¿Para qué han venido entonces?

—Somos detectives —dijo Gauge con misterio, y notó sin sorpresa el brillo en los ojos del chico—. Estamos buscando algo en esta isla. Ya que tú vives, aquí, quizá hayas visto algo que no estaba antes. Te diré de qué se trata. Es un agujero redondo así de grande y así de profundo. ¿Recuerdas haber visto algo así en esta isla, Robby?

—¿Están ustedes buscando a algún criminal, mister?—preguntó el niño con ansiedad—. Sí que puedo ayudarles. Puedo llevarles ahora mismo al agujero. Lo encontré en el otro lado de la isla.

—¿Nos puedes llevar ahora? —Gauge trataba difícilmente de no demostrar su ansiedad, pues veía que Adams le estaba haciendo una mueca.

—Por aquí, señor —dijo Robby conduciéndoles por el empinado sendero a la derecha del promontorio y después a un llano donde crecía alguna hierba—. También oí un ruido, como... un avión, o una barca motora a pesar de que no se veía nada. Allí está, ahí abajo, en ese pequeño campo junto a los arbustos.

—¡Idéntico! —se maravilló Gauge mirando el interior de aquella inexplicable cavidad que empezaba a parecerle un espejismo. Se volvió hacia Robby. Ese ruido que oíste, Robby, ¿fue antes de encontrar el agujero? Piénsalo bien, muchacho, que es muy importante.

—Oh, sí. El hoyo no estaba ahí antes de ayer. Estuve jugando ahí, y aquella noche lo oí. Mi madre me riñó cuando se lo dije, pero usted me cree, ¿verdad, señor?

—Robby —dijo Gauge solemnemente—, no sabes cuánto nos has ayudado. Si no te importa, baja y tráeme un poco de esa tierra gris que ves en el fondo.

Robby observó con asombrados ojos que Gauge guardaba la tierra en un sobre y que escribía algo en él.

—¿Es esto una pista, míster? —preguntó—. ¿Va usted a coger a los criminales ahora, señor?

—Espero que sí, Robby, espero que sí. Este es un inspector de policía y tú has hecho un buen trabajo para nosotros, por lo cual quiero recompensarte. Dices que aquí no puedes gastar el dinero. Tengo una libra que es para ti.

—¡Una libra entera! —silbó el chico—. Si va usted a volver en la barca de Jamieson, ¿podría usted decirle que compre algunos libros para mí? Cualquier clase de libros, la próxima vez que vaya a Thurso o a Wick? Me gustaría mucho. He leído todos los libros que hay en John O'Groats.

Gauge sonrió ante su entusiasmo.

—Lo haré, Robby, tan pronto como estemos de vuelta al bote; y tenemos que darnos prisa, Adams, son más de las doce, y Jamieson no tardará mucho en marcharse.

—Oh, es tarde para mí también —dijo Robby—. Es la hora de comer y mi madre me reñirá si llego tarde. Gracias por los libros, señor, y espero que puedan coger a los gángsters pronto.

Salió corriendo y los dos hombres lo miraron marcharse.

—Inspector, esta cavidad no es igual que las otras. ¿Sabe por qué?

—El olor es diferente, y los depósitos también — dijo Adams crispadamente—. Las otras olían a alquitrán, con más o menos intensidad. Esta no. ¿Qué cree usted que es lo que tiene ahí en el sobre?

—Me alegro de que vaya usted comprendiendo, inspector —dijo Gauge—. Sí. es diferente, y esta materia es cuarzo de rocas silícicas. No contiene petróleo ni piedra arenisca. He aquí otro nuevo rompecabezas, inspector.

—Pero esto nos demuestra cómo estos dos fueron traídos aquí —dijo Adams—. Está bien claro ahora, la máquina, avión o cohete, o cualquier cosa que sea, aterrizó aquí, soltó a los dos y se volvió, de dondequiera que viniese.

—Es una narración muy clara, inspector —dijo Gauge meciéndose—. ¿Dónde está ese sitio de donde viene, y quién o qué lo estaba pilotando? ¿y por qué nuestros dos pájaros niegan conocer todo lo que les ha sucedido desde el 23 del mes pasado?

—Bien, eso puede esperar —dijo Adams—. Veo al viejo Jamieson

esperándonos nervioso abajo. Apresurémonos. No quiero imaginarme el pasar la noche en este sitio. Los ruidos me obsesionan.

De nuevo en la estación de policía de Retford, Adams le consiguió la comunicación y Gauge habló directamente con el comisario jefe Grant Habían ganado bastante tiempo con los enlaces a1 reos desde el aeropuerto Vick a Nottinghamshire Grant parecía dudar y fue necesario que Adam corroborase la declaración de Gauge.

—"Bien, doctor" —dijo Grant—. Así que encuentran allí sanos y salvos. Supongo que nuestra labor ha terminado. No fuimos exactamente nosotros los que lo encontramos. Bien, pasaré el informe al Ministerio. ¿Tiene usted algo más para ellos, Gauge?

—Tengo un pequeño asunto que mirar en la Reserva de Penwood, señor —dijo Gauge, y Grant asintió desde el otro extremo.

—Ah, sí —dijo—. Ya se han hecho algunos comentarios desagradables sobre esto en la prensa. Bien, doctor, ahora que el asunto de Stacey se ha quedado atrás puede usted encargarse de esto. A propósito ha llegado el paquete que usted solicitó a la embajada americana que le enviasen. Esa muestra de tierra de la casa de Edgar Farrow, ya sabe usted, aquel sujeto de Luisiana. Supongo que todavía lo necesita para terminar de aclarar las cosas y enviar su último informe. Pasaré las nuevas que haya al Ministro. Sólo el cielo sabe cómo se lo tomará. Dice usted que Stacey ha negado todo conocimiento de las circunstancias que ha estado usted investigando. Bien, bien, lo presentaré de la mejor manera posible para que quede usted bien. Manténgase en contacto conmigo.

Gauge colgó e intercambió algunas miradas con Adams.

—Eso es —dijo Gauge con rapidez—. Parecía un poco malhumorado.

—Siempre está así —dijo Adams ordenando los papeles de su mesa—. Supongo que ahora le enviarán de nuevo a Londres. ¿Sabe usted, Gauge, que voy a echarle de menos por aquí?

—A propósito, mi nombre es Andrew, Stanley —sonrió Gauge—. Después volvió a ponerse serio de nuevo—. Mi querido amigo, no va usted a librarse de mí con tanta facilidad. Este asunto no está terminado, sino todo lo contrario, no está más que empezando. Puede que sea el principio de algo que incluso ni usted ni yo, que contamos con asientos de primera fila, hayamos podido siquiera empezar a imaginar.

—Pero el trabajo está terminado —protestó Adams—. Stacey ha vuelto y sin haber sufrido ningún daño. ¿Qué más podernos hacer ninguno de nosotros?

—Todavía tenemos que encontrar al que, o lo que, se los llevó de Oakdene a Pentland Skerry. Eso y la circunstancia de que Stacey y Ross sufren aparentemente un ataque de amnesia, es de lo más importante. Bueno me voy a mi hotel, inspector.

El sonido del mar en las rocas de Skerry y el grifo de las gaviotas resonaban aún en sus oídos cuando pidió las llaves de su habitación, pero el

mensaje que le dio el recepcionista hizo que lo olvidase todo. ¡Helen estaba allí! ¡Estaba esperándolo! Había venido especialmente a verlo; apenas podía esperar y casi corrió hacia el salón donde ella estaba esperando.

—Querida —dijo entusiasmado como un chico—. Es como una mañana de primavera el verte de nuevo. ¿Cómo estás? No he podido darte noticias del viaje al Norte, pero... espera hasta que lo oigas.

Entonces se dio cuenta de que ella apenas si le escuchaba y que se encontraba muy agitada. Hizo una seña al camarero y cuando los dos martinis estuvieron sobre la mesa delante de ellos, ella comenzó:

—Andrew —murmuró—, todo ha vuelto a empezar. Creo que no puedo resistir más. Aquel ruido, aquel grito, alguien más ha desaparecido. Vio que estaba temblando y la cogió por las manos apretando con fuerza el pie de su copa.

—Cuéntamelo todo, querida —dijo él con suavidad.

—Fue anoche —las palabras salían a borbotones—, no puede dormir, estaba adormilada y tuve la más horrible de las pesadillas. Entonces bajé para prepararme una taza de té, y fue cuando lo oí...

—¿Qué fue lo que oíste, querida?

—Ese horrible y chirriante sonido, Andrew. Parecía sonar dentro de mi cabeza. Continuó durante unos diez segundos y entonces se pasó. Oí una voz pidiendo auxilio; una voz de hombre no la reconocí: el ruido empezó otra vez. Me sentí sobrecogida de terror y me lancé hacia la habitación de mi padre, esperando... Bien, ya sabes qué era lo que temía. No puedes imaginarte qué descanso sentí cuando lo vi durmiendo como un niño. Llamé a tu hotel y vine a esperarte.

El apretó sus manos.

—Y Adams dijo que todo había terminado —murmuró—. Debe de haber otra cavidad, una más, Helen. Gracias a Dios que "ellos" no vinieron por tu padre.

—¡Ellos! —Lo miró con Consternación—. ¿A quién te refieres al decir "ellos"? ¿Sabes ya quien está haciendo toda esta serie de cosas horribles?

—No, Helen, querida. Pero son los mismos que han dejado a Stacey y a Ross en una isla cerca de Scapa Flow sin que tengan ni la más ligera idea de quién los ha llevado ni de nada de lo que les ha ocurrido.

Dejó de hablar y miró fijamente su vaso. Un rayo de luz dio en él y lo miró fascinado. Dentro de su cabeza su subconsciente parecía querer decirle algo. Desentendiéndose de lo que le rodeaba trató desesperadamente de averiguar qué era, de recordar... algo que estaba fuera de su alcance. No le era imposible. Era tangible, pero lo que quiera que fuese se encontraba impedido por un bloque, un bloque psicológico. Esta muralla debía de ser muy fuerte, quizá algún horrible recuerdo de la guerra, algo que incluso su mente entrenada no era capaz de sacar a la superficie.

—¡Andrew! —Ella le estaba mirando con miedo—. Tienes una expresión horrible. Parece como si te estuviera sucediendo algo malo, como si estuvieras

afrontando algo superior a lo que el ser humano es capaz de soportar.

El rió y sacudió la cabeza al mismo tiempo.

—Vamos a almorzar —dijo—. Me encuentro perfectamente.

—Creo que debo llamar a mi padre —dijo ella dudando—. Se estará preguntando dónde estoy, aunque le dejé una comida fría en la nevera.

—De acuerdo —dijo él— y la condujo al comedor antes de que cambiase de opinión. Apenas hablaron mientras comían, pero cuando llegó el café y él hubo pedido unas copas de licor, de naranja para ella y coñac para él, lanzó un suspiro de alivio. El ambiente era tan corriente y de cada día, que la pesadilla se había desvanecido en su mente como una niebla.

—Me habías dicho algo acerca de Sir William y del señor Ross —insistió ella mientras ponían azúcar en el café—. No lo entendí bien.

—Han vuelto, Helen —dijo él—. Se encuentran de nuevo en el mundo de los vivos, devueltos a la humanidad una vez más y viviendo felizmente en una isla de Pentland Firth escribiendo un libro, y sin ninguna preocupación. Nos dijeron a Adams y a mí que nosotros y el resto de la policía, no éramos más que unos tontos por preocuparnos de ellos, y que habían llegado allí desde Nottingham por los medios normales de transporte. Adams y yo estamos convencidos de que de ninguna de las maneras pueden haber hecho este viaje sin ser vistos ni detenidos. Descubrimos que la única manera que pueden haber entrado en la isla es en un misterioso artefacto que deja en la tierra grandes y redondos agujeros.

—Supongo que estás bromeando. —Su voz estaba un poco tensa y él comprendió que su desapasionado relato no parecía haberla convencido—. Lo que estás diciendo es completamente increíble. ¿Por qué han mentido? t

—Ya sé que es increíble, querida. Y además no estaban mintiendo; estaban diciendo la Verdad tal como ellos la conocen. El joven Ross negó rotundamente saber nada acerca de ningún cráneo y la circunstancia de que había estado en el sanatorio de Greyfriars, cuando esto último es tan fácil de comprobar. En cuanto a Stacey, bien, ya conoces al venerable e irreductible sir William. Me sentí como un chico con una mosca en la oreja; sí, esta es la expresión.

—Pero esa gente —dijo ella—, esa gente desconocida ¿por qué están haciendo esto? ¿por qué hacen esos raptos, si después los van a devolver sin haberles hecho ningún daño, y, como tú dices, tan contentos? No tiene sentido.

—No lo que nosotros entendemos por tener sentido, Helen. Te diré lo que pienso. Es lo que les sucede a esta gente mientras están ausentes lo que realmente me concierne. Estoy convencido de que los raptan con un solo propósito, borrar de sus memorias todo rastro de conocimiento sobre algo. Llámalo “coacción”, “lavado de cerebro”, “sugestión hipnótica” o lo que quieras, pero Stacey Y Ross ha olvidado la existencia de aquel extraño cráneo; ha olvidado todo lo concerniente al fantástico descubrimiento con el que pensaban asombrar al mundo de la ciencia.

—Pero —dijo ella dudando—, ¿es posible esto? Quiero decir, ¿es posible que un ser humano se sugestione de esta manera sin que afecte a los sentidos?

—Bueno, yo no soy un psiquiatra —replicó él apurando su copa de coñac —. Pero debo decir que no, que no es posible. Claro que debemos admitir que el cerebro humano es el mayor misterio de la vida, a pesar de que todos llevamos uno con nosotros. Y debes recordar que estamos acostumbrados a oír de los métodos de los soviéticos, como el lavado de cerebro, que aparentemente hace que gente sana y sensible crea que lo negro es blanco, y que la verdad es mentira. Adolfo Hitler hizo que millones de personas normales y honradas creyesen que era moralmente bueno que cientos de judíos inocentes debían eliminarse en las cámaras de gas. El psíquico humano no tiene existencia material, y a pesar de eso es la fuerza activa más poderosa del universo y la menos conocida.

—Mi padre tiene que saber esto —dijo ella de pronto—. Iré a llamarle para que venga a reunirse con nosotros en el salón.

—Ya no es necesario —dijo él haciendo una seña con la mano. El jefe de comedor se dirigía hacia ellos conduciendo al profesor a su mesa. El anciano parecía muy agitado y se dejó caer en la silla que le trajo un camarero.

—Querida, me alegro de haberte encontrado —empezó—, y a usted también, Gauge. Ha sucedido algo extraordinario. ¿Han oído ustedes las noticias de la radio?

—Hemos estado en el comedor durante toda la hora del almuerzo, profesor —dijo Gauge—. No hemos oído la radio, ¿por qué?

—Esperen a oír las noticias de la una —dijo Lomax—. ¡Svernoff ha vuelto! Es un reportaje especial de la Agencia Tass de Moscú.

Gauge miró al profesor Lomax. No quería estropear la ansiedad del viejo por sorprenderles, diciéndole que él había esperado la noticia.

—¿Dónde fue encontrado? —preguntó.

—En los alrededores de una pequeña aldea cerca de la frontera turca. Se han encontrado con que, sufre pérdida de memoria, amnesia.

—¡Ah! —exclamó Gauge—. Su amigo no ha sido el único, profesor. Acabo de regresar del norte de Escocia y Stacey y Ross están viviendo en unas islas de allí, sanas y salvas y completamente felices. y sin tener la más ligera idea de nada de lo que les ha pasado desde que fueron raptados. Por el contrario. aseguran que nunca fueron raptados.

—Pero... pero... —balbuceó Lomax—, eso es extraordinario, Gauge.

—Es justamente lo que le dije a Stacey y casi me echa a patadas.

—Entonces ya no queda más que Farrow en América —añadió Helen—. Si regresas de la misma manera, nos encontraremos en el punto de partida.

—Eso es —dijo Gauge volviendo a sus dudas—. Me voy a poner en contacto con la embajada de Estados Unidos en Londres, en cuanto terminemos aquí. Les dejaré a ustedes en un taxi y luego iré a “The Harmitage” si puedo, un poco más tarde. Me gustaría saber si puedo arreglar una pequeña reunión en casa. Sólo nosotros tres, Adams y Cooper. Hay algo

que tenemos que dejar aclarado de una vez para siempre.

—Claro que sí, Andrew. —Helen se levantó y ayudó a su padre a hacer lo mismo. Gauge los vio entrar en el taxi y se dirigió directamente a las oficinas. Le llevó quince minutos el localizar a Andrew en la embajada y cuando lo consiguió, Gauge escuchó con rostro inexpresivo, dio las gracias al agregado de prensa, y colgó quedándose pensativo.

Al cabo de media hora ya estaba en “The Hermitage”. Había telefoneado al inspector para que recogiese al jardinero Cooper de paso, y colocó el magnetofón sobre la alfombra cuando Helen lo hizo pasar. Lomax salió y permaneció de pie en la puerta de la sala de estar.

—Farrow ha regresado —les dijo impasiblemente—. Ha sido hallado en Nueva Orleans. No hay nada de pérdida de memoria ni nada parecido. Nuestros amigos americanos explican que su ausencia se debió a un súbito viaje de negocios. Pero la cinta magnetofón que estaba grabando está allí y es la última pieza de concreta evidencia con la que contamos. Todos tenemos que oírla, todos nosotros incluyendo a Cooper, pues dice que oyó este ruido cuando vio el objeto que él describe como una tienda de plata. El sonido lo produce el convoy en el que los raptores llegan y se marchan. Ha sido descrito como un motor, una motocicleta, un tractor, una apisonadora. Se le ha llamado chirriante, zumbón, taladrante y no sé cuantas cosas más. Tenemos que identificar ese ruido con lo que realmente es.

En aquel momento sonó el teléfono y Helen lo cogió. Escuchó atentamente y cuando colgó se volvió hacia Gauge.

—Es Adams. Dice que no ha conseguido encontrar a Cooper. Está ahora en su cabaña.

—Esto ya es demasiado —dijo Gauge con enfado. Desconectó el magnetofón volvió a enrollar la cinta y lo tapó—. Encontraremos a ese individuo aunque esté durmiendo la mona en un agujero. Tiene que identificar el ruido. ¿Quieres venir, Helen?

—Claro, querido. El me conoce bien y quizá sea más amable si voy yo, que si van ustedes solos. Me he dado cuenta de que el inspector tiende a ser un poco dictador con Cooper.

—Y Cooper no puede pasar sin un poco de eso —exclamó Gauge—. Es la persona que menos le gusta cooperar.

Encontraron a Adams de pie ante la puerta abierta de la pequeña cabaña.

—Entre —anunció—, la puerta estaba abierta y me colé dentro.

—Hum. Cooper no me parece de los confiados que se dejan la puerta abierta —comentó Gauge—. ¿No hay ninguna señal de él?

Siguieron a Adams hacia el interior de la vivienda que sólo contaba con dos habitaciones. Una mirada fue suficiente para que vieran que la cama no había sido usada y que la comida a medio terminar que se encontraba encima de la mesa tenía polvo por lo menos de veinticuatro horas.

—Para mí —dijo Adams—, no tiene sentido. Cooper no sale nunca a ninguna parte. Según tengo entendido no ha salido de Oakdene en varios años.

No tiene familia y sus únicos amigos son los clientes del “Blue Bar” y las demás tabernas del pueblo.

—Y parece como si hubiese venido de allí —dijo Helen—. Aquí lo tenemos, viene por el prado junto a los setos. Parece como si viniese mareado.

—Supongo que habrá estado en el “Blue Bar” hasta la hora del cierre —dijo Adams—. Bien, ya está aquí, veremos qué es lo que tiene que decirnos.

Pero las primeras palabras del jardinero probaron que lo que estaba era borracho. Se detuvo y miró fijamente a los tres que permanecían de pie junto a la puerta abierta.

—¿Puede un sencillo trabajador preguntar qué significa esto? Me encuentro que mi casa ha sido asaltada durante mi ausencia... atracada por la policía. Me lo debían haber dicho.

—Ahora mire aquí, Cooper —prorrumpió Adams con la cara roja, pero Gauge le sujetó por un brazo y habló con amabilidad al hombre.

—Señor Cooper —dijo—. Sólo le estábamos buscando. Estábamos ansiosos de verle para algo muy importante. La puerta estaba abierta, así que no hemos hecho más que...

—Han asaltado mi casa —dijo Cooper rencorosamente—. Bien, tengo entendido que existen leyes en el país y la casa de un hombre es sagrada.

—Cooper —dijo Helen—, si tiene un poco de paciencia nos perdonará cuando lo sepa todo. Me hago responsable de eso. El doctor Gauge y el inspector no se hubiesen atrevido a entrar si yo no les hubiera dicho que a usted no le importaría.

Ahora el jardinero se quitó la gorra y el enfado empezó a desaparecer de su cara. Miró a Helen.

—Bien, cuando usted lo dice, señorita.

—Señor Cooper —preguntó Gauge aprovechando el momentáneo buen humor del hombre—, ¿tiene usted luz eléctrica aquí?

—¿Quién? ¿Yo? —dijo Cooper haciendo una mueca—. No, es demasiado lujo para mí. Una lámpara de aceite es suficiente para un pobre jardinero como yo.

—Entonces, ¿le importaría venir un momento a “The Hermitage”? Tengo allí algo que me gustaría que usted oyese. Es una grabación del ruido que usted nos dijo que había oído varias veces.

—Yo nunca le he hablado de ningún ruido —dio Cooper ceñudo—. ¿Qué es lo que ha dicho, señor? Yo no voy a ninguna parte. Estoy más cansado que un perro y me voy a la cama ahora mismo, si tienen ustedes la amabilidad de marcharse.

Gauge gruñó sin poderse contener. Cooper por lo visto estaba más difícil que nunca.

—Aquel extraño sonido que oyó usted el día que sir William desapareció —dijo con paciencia—. El mismo que oyó usted cuando me dijo que había visto lo que usted describió como una “tienda de plata”.

Cooper bufó.

—Ahora creo que es usted el que necesita descanse, señor. No sé de qué me está hablando. Nunca he oído ruidos extraños ni he visto cosas raras. Y juro que nunca le he dicho a usted que haya visto u oído tales cosas. Me apuesto la cabeza.

Hubo un pesado silencio y los tres se miraron unos a otros. Gauge sabía lo que había sucedido. Su testigo había sido eliminado, pues fue a él al que Helen oyó gritar por la noche. Adams empezó a abrir la boca para gritarle enfadado pero Gauge lo detuvo.

—No tiene objeto, Stanley —dijo con calma—. Hemos llegado demasiado tarde. Lo hemos perdido. Ha sido puesto bajo “tratamiento” como los otros.

Mientras decía estas palabras mantuvo los ojos fijos en los de Cooper. Allí estaba la habitual expresión en el rostro del jardinero pero cuando empleó la palabra “tratamiento” Gauge estaba seguro de que un pequeño velo de inquietud o incomprensión había pasado por ellos. Cuando le dijo que no había oído ningún sonido extraño ni tenido visiones raras, estaba diciendo la verdad, la simple verdad tal como la entendía ahora. Habían llegado tarde. Los “desconocidos” estaban eliminando los testigos uno a uno y le estaban dejando que luchase solo contra la corriente de incredulidades e indiferencia.

Apenas probó el sabroso bocadillo y el trozo de pastel que Helen les ofreció con el té. Lomax persistía pero él no se encontraba propicio para contestar preguntas en aquel momento. Tenía la culpa aquella desafortunada palabra que había empleado, “tratamiento”, y que no hallaba explicación en la mente de Lomax. Sentía que no era capaz de discutir con el anciano. Se sentía en una desagradable situación.

—Ya le he dicho por qué creo que han sido sometidos a tratamiento, señor —dijo tratando de mantenerse en calma—. Ha sido para borrar de las mentes de esos hombres el recuerdo de todo lo que tiene relación con... bien, no sé con qué. El cráneo tiene algo que ver con esto y lo que quiera que descubriese Svernoff en los Pirineos, y las teorías que Farrow estaba exponiendo. También está lo que Cooper oyó y vio, y la señora Milne...también han tratado de llevársela pero fracasaron. Ella es mi último testigo, el único superviviente, la excepción de nosotros cuatro. Gracias a Dios que donde está no pueden alcanzarla.

—Está usted formulando fantásticas teorías, Gauge —dijo el viejo profesor —. Para ser un científico está usted empleando unas maneras muy raras de pensar. Está claro, hombre. ¿Por qué es entonces no me han raptado y sometido a tratamiento también? Ya usted sabe que soy un antropólogo.

—Es porque usted no sabía nada de ese cráneo. Esa es la verdad —dijo Gauge. Miró al inocente anciano—. Otra cosa, profesor, ¿cómo sabemos que usted no ha sido “tratado”? Usted puede haber sido raptado, le pueden haber hecho el lavado de cerebro o lo que quiera que sea, y después devuelto como los demás. En su caso el método empleado puede que haya sido mejor, aunque si mira usted el mapa verá que los lugares de reaparición no se encuentran demasiado lejos de donde fueron sustraídos.

—Quisiera ver a alguien hacerme eso a mí dijo el anciano tozudo y punzante—. A pesar <le todo, Gauge, le acuso de no pensar más que tonterías Yo recuerdo todo lo que me ha ocurrido.

Gauge se levantó riendo.

—Usted gana, profesor, pero, por todo lo que usted ha dicho estoy tratando de ver el asunto desde un punto de vista lógico y científico. Mi teoría es el único recurso que me queda. Bien, la señora Milne es el último punto. Me voy para verla ahora mismo.

—Iré con usted hasta Retford —dijo Adams levantándose también. Helen se acercó y puso una mano sobre el brazo de Gauge.

—Esperaba que te quedases a cenar, querido—murmuró.

—Ya sabes cuánto me gustaría, Helen. Vendré cuando termine, si me es posible. Quiero hablarte de... bien, de algo que no tiene nada que ver con todos estos líos. Tengo la impresión de que tendré que volver a Londres en cualquier momento a partir de ahora. Esto se está alejando cada vez más de nuestra vista. Todos los desaparecidos están de vuelta y no tienen nada que contar. Todas las evidencias se evaporan tan pronto como las vislumbramos. Temo que mis días en Oakdene están contados. —Por la mirada de sus ojos comprendió que no debía haber pronunciado esas palabras que habían temblado en sus labios. Ya ella sabía qué era lo que él iba a decirle y podía leer claramente su respuesta en sus ojos.

—Puedo asegurarle, doctor Gauge —dijo Reid en tono helado—, que le informaré en él momento en que considere que mi paciente está lo suficiente mente recuperada para someterla a un interrogatorio que no dañe su estado.

—El asunto es urgente en extremo, doctor Reid —dijo Gauge firmemente y con frialdad—. Es más que eso; es desesperado. Cuenta cada momento que pasa. La señora Milne tiene que ser interrogada ahora. Tenemos que saber que fue lo que la afectó. Tiene que describir a la persona o personas. Le puedo asegurar, doctor, que vengo provisto de la necesaria autorización. Se ha hecho imprescindible que la señora espere a recuperarse por medios naturales. Le voy a pedir el empleo de una droga que la induzca a contestar.

Reid se disponía a contestar hoscamente cuando le detuvo.

—Queremos algo que la narcotice ligeramente. El sodio amytal puede qué la afecte demasiado. Me calina es demasiado lento. Metadrina sería lo mejor y con menos riesgo. Una inyección intravenosa con tres miligramos será suficiente.

Reid se opuso abiertamente.

—¿Es que pretende utilizar a mi paciente con si fuera un conejillo de indias, doctor? La palabra enfermo llega a usted, pero veo que su doctorado no es curativo, sino el de la mera satisfacción de ser una autoridad en algunas materias hechos que no entran en los límites de la percepción científica.

—Tengo que hacer hablar a la señora Milne —dijo Gauge con obstinación.

—Sus drogas no serán necesarias —dijo Reid altivamente—. La señora Milne no está dando muestras de haber mejorado en las últimas veinticuatro

horas. La temperatura, el pulso y la respiración han vuelto a ser más o menos normales. Creo que puedo autorizar una entrevista de cinco minutos, si el motivo no la perjudica ni la hace recaer.

Andrew Gauge cerró los ojos y luchó para tener paciencia. No vio la llama del triunfo en los tranquilos rasgos de Reid, pero sabía que existía. "¿Hasta dónde tendré que llegar?", se preguntaba a sí mismo, "por culpa de mis superiores".

La ventana de la habitación tenía una reja y Gauge se alegró de comprobarlo. Esta vez, la señora Milne le reconoció.

—Usted es el señor... el doctor Gauge, ¿verdad? —dijo ella febrilmente—. Usted está enamorado de Helen Lomax, ¿no es cierto?

Las palabras eran tan directas para Gauge que se sintió enrojecer. Y Reid rió entre dientes.

—Este engreído de Whitehall está obteniendo más de lo que ha venido a buscar —pensó.

—Eso demuestra una mente muy penetrante, señora Milne —dijo Gauge —. Ahora no vamos a hablar de eso. Usted está todavía débil; tuvo usted un desagradable shock aquella noche. Sólo quiero hacerle algunas preguntas acerca de eso. Voy a ser tan breve como me sea posible para no molestarla otra vez.

—¿Qué es eso? —preguntó ella señalando el magnetofón—. ¡Oh! ya sé; sir William tenía uno. ¿Para qué lo ha traído aquí?

—Hay una cinta que quiero que usted oiga, señora Milne. Hay grabado en ella un sonido que quiero que me diga usted si es el mismo que oyó aquella noche cuando... Bien, ya usted recuerda. Después de esto quiero que trate usted de recordar y de describirme al hombre u hombres que entraron en la casa y el guante que dijo usted haber visto.

—¡Oh!, en eso creo que no podré ayudarle, señor —casi sollozó—. Allí estaba aquel espantoso ruido; toda mi cabeza resonaba con él. Y el humo... no vi a nadie, únicamente oí pisadas. Y me encontraba sola allí... —Estaba mirando fascinada la cinta que daba vueltas lentamente y escuchaba la voz de Farrow. Entonces se oyó el ruido y el grito de un hombre a cinco mil millas de distancia. Gauge se sobresaltó ante el súbito y violento cambió que experimentó la mujer. A la primera repetición del mareante sonido, había cambiado instantáneamente en un estado de histeria. Empezó a respirar como si el hacerlo fuera una agonía. Gritó y se revolvió en el lecho. Los gritos resonaron en los oídos de Gauge y después llegaron las palabras—; Es horrible, ¡oh Dios, es horrible!

Entonces, Reid le empujó salvajemente a un lado y fue hacia la señora Milne con una jeringuilla en la mano. La tuvo tranquila e inconsciente en unos segundos y entonces se volvió hacia Gauge con los ojos relampagueantes.

—Las autoridades sabrán esto —dijo—. Esta injustificable y ultrajante intervención con mis pacientes. Por esto le llevaré ante los tribunales, señor. Esta pobre...

—Esta pobre mujer estará perfectamente —exclamó Gauge—. En un día o dos se encuentra tan fresca como la lluvia y no recordará nada de lo que le ha ocurrido. En cuanto a las autoridades, doctor Reid, me permito recordarle que por su propio descuido en permitir la huida de otro de sus pacientes, David Ross, fue raptado.

Mientras salía con el magnetofón sintió una gran satisfacción al ver una mirada de miedo en los ojos de Reid. Completamente descorazonado condujo hacia su hotel, se bañó y se cambió de ropa sentándose después a fumar mientras pensaba en el callejón sin salida en que se encontraba metido. El timbre del teléfono le sacó de su ensimismamiento. Era Helen y al sonido de su voz se despejaron los negros fantasmas de su imaginación. Aún había luz y vida en el mundo y allí estaba Helen.

—Podía haberte esperado para cenar dijo ella acusadora—. Al menos esperaba que me llamases después de cenar. Me lo habías prometido.

—Soy un bruto —dijo contrito—. Incluso se me había olvidado la cena. Ahora voy para allá.

—El inspector dejó un pequeño paquete para ti de la embajada de Estados Unidos.

—Oh, eso —rió—. Ya no sirve para nada. El tiempo para todas esas tonterías se ha quedado atrás. Pero voy para allá en seguida querida.

Cuando ella le entregó el paquete lo soltó sobre la mesa del hall mientras la abrazaba. Pero ella no le permitió que la besara e insistió en que examinase el contenido enseguida, mientras ella le preparaba algunos bocadillos y cafés.

—Puede que sea importante querido y como no has cenado tengo que prepararte algo al menos. No puedo soportar el verte tan desamparado y abatido. Me doy cuenta por tu tono de voz que no has tenido mucha suerte con la señora Milne.

—Oh, eso —dijo el vagamente—. No tuve mucha suerte. La pobre mujer se encontraba peor que nunca. Bien, de acuerdo, miraré qué es esto.

Abrió el paquete y sacó una pequeña bolsa de plástico. Vació su contenido en la palma de su mano y lo miró de cerca. Un pensamiento saltó instantáneamente a su imaginación.

—¿Sabes? Esta materia es diferente—le dijo cuando ella volvió trayendo una bandeja—. Las demás eran como de alquitrán o resinosas; ¡esto es sal! —El se humedeció un dedo. Tocó los cristalinos granos y lo probó—. Sal de roca pura, Helen. ¿Dónde está la biblioteca de tu padre?

—Aquí —ella le condujo a un pequeño estudio lleno de estantes de libros —. Dices que las otras contenían alquitrán. ¿Cómo es lo de la isla? ¿Era igual que las demás?

El la miró fascinado y entonces cogiéndola empezó a bailar con ella por la habitación.

—¡Oh! querida, querida, lo has resuelto. M has dado la pieza del rompecabezas que faltaba.

—Ahora pórtate bien —protestó ella sacudiéndose— Y estate quieto. Papá

está arriba durmiendo. ¿Qué es lo que quieres de aquí? ¿Qué libro necesitas?

—¡Oh!, geológicos, topográficos, geográficos metalúrgicos, de química, de toda esta clase cosas.

—Se sentaron y leyeron durante una hora, mientras Gauge sacaba muchos apuntes que escribía en una libreta. Por último sonrió.

—Esas cavidades en Nottinghamshire contenían residuos petrolíferos de piedra arenisca. La cavidad en Pentland Skerry contenía cuarzo silícico. La del jardín de Farrow en Louisiana, sal pura. Tomamos estos tres factores juntos y los unimos. En el fondo aparece la respuesta. Ahora sabemos de dónde viene el misterioso objeto que rapta a nuestros antropólogos y los devuelve después como botellas de leche vacías.

—¿Lo sabes, querido?

—¿Dónde se puede encontrar petróleo en Nottinghamshire, cuarzo en Orkneys y sal en Louisiana, Helen? En ningún sitio más que a trescientos pies o más bajo la superficie de la tierra. De allí es de donde vienen nuestros desconocidos raptores, Helen, y allí es donde vuelven, con su presa. Ahora puedes llamar al manicomio del condado y decir que manden una furgoneta vacía, antes de que me dé un ataque y empiece a romper, los muebles.

CAPITULO VII
PROBLEMA EN PENWOOD

—Yo creía que eras un científico. Andrew —dijo ella riendo nerviosamente, pues nunca había visto antes esta mirada en los ojos de él—. Bien, esa sugerencia es completamente absurda, tú mismo debes comprenderlo.

—Hace unos cuantos días, Helen —dijo él— hubiera dado la razón. Hubiese usado todos los adjetivos que pasan ahora por tu imaginación, increíble, imposible, ridículo, absurdo, una chiquillada, etc., etc., etc. Pues bien, ahora estoy completamente convencido de que el asunto que nosotros y el mundo estamos afrontando, viene de las profundidades de nuestro planeta. Y es precisamente porque soy un científico, por lo que me he llegado a esta inevitable conclusión. Considera la evidencia. Tú sabes casi tanto como yo. Las cavidades producidas por un vasto taladro subterráneo, con operadores que suben a la superficie, llevan a cabo un endemoniado objetivo, y se vuelven dejando una ligera evidencia del lugar donde provienen. Los ruidos, las pantallas de humo, los raptos y más tarde la vuelta de las víctimas sanas y salvas, pero sin recordar en absoluto lo que les ha sucedido desde que por última vez vieron la luz del sol. La cosa en sí, este enorme e imposible taladro, emergiendo por fin como un gran cono plateado.

—Pero... pero... —dijo recobrándose—. ¿Pero qué cosas o qué criaturas, son los operadores de esas máquinas?

—Criaturas con cerebros, Helen, con cerebros mucho más avanzados que los nuestros. Sus máquinas no dejan rastro en las pantallas de radar y como vienen de abajo, esto explica por qué las personas desaparecidas no dejan ningún rastro excepto esas cavidades.

—Pero, ¿de dónde vienen? La Tierra es un inmenso globo.

—Quizá no lo sepamos nunca, Helen, querida. Cualquier cosa que se encuentra a unos cuantos cientos de pies bajo la superficie es un misterio para el hombre. Allí está la enorme extensión de los océanos, todos con tierra en el fondo. Puede que estos seres vivan en colmenas de ciudades en cualquier sitio dentro de la Tierra, a unos trescientos o cuatrocientos pies. Han salido a la superficie de vez en cuando en ciertos lugares escondidos, por ejemplo recientemente en la cueva de los Pirineos, donde uno de ellos murió o fue muerto. Era el cráneo de una de esas criaturas el que Stacey y Ross encontraron. Svernoff también encontró un hueso en esas montañas. Lo que sabía Farrow no lo sabremos nunca. Pero esos cuatro hombres tuvieron una completa evidencia de la inesperada existencia de estas criaturas, y está claro que están determinadas a guardar su secreto a toda costa. Así que nuestros hombres fueron raptados, sometidos a un desconocido e inimaginable proceso, que borraba sin dolor de sus mentes todos los recuerdos desde el 23 del mes pasado después los devuelven sanos y salvos. Esas criaturas,

quienesquiera que sean, y cualquiera que sea su especie, no parece que tengan apariencia monstruosa.

El pudo apreciar la luz de comprensión y credulidad que estaba apareciendo en los ojos de Helen, y siguió.

—Volvieron otra vez para examinar el estudio de Stacey, dejándose un guante, por cierto muy necesario para manejar a gran velocidad el fantástico taladro que debe calentarse intensamente, e incidentalmente aterrorizaron a la señora Milne que cayó en la histeria. Volvieron de nuevo a esta casa y robaron el cráneo que yo traje de Nottingham. Conocen cada uno de nuestros pasos. Puede que incluso vean nuestras mentes. Puede que estén allí abajo leyendo los pensamientos de todos los habitantes de la superficie. Puede que hayan estado controlando nuestras actividades durante años, generaciones y siglos.

Ella tembló y él le colocó el brazo alrededor de sus hombros.

—Es como lo que experimentaría al decir que alguien andaba sobre tu tumba. Andrew. Sí, debes tener razón; no puede haber otra solución. Nos costará trabajo convencer a mi padre.

El profesor Lomax demostró que era difícil de persuadir cuando le despertaron. Se rió abiertamente de las teorías de Gauge.

—Tonterías, mi querido muchacho, nada más que tonterías. Un emocionante relato para niños. De los de Julio Verne. Considere las inmensas e insuperables dificultades. ¿Sabe usted algo de la manera en que el calor aumenta conforme se va bajando? ¿Ha bajado usted alguna vez a una mina de carbón? Además está la presión, que se hace cada vez mayor al bajar. Ninguna clase de vida puede existir a trescientos pies de profundidad. No, no, no puedo considerar esta tontería. ¡Y hablaba usted de ciudades! Considere el problema del aire, de la comida. Y por otro lado tenemos este fantástico taladro o perforadora, o como quiera usted llamarlo, abriéndose camino a través de trescientos pies de roca, barro, carbón, piedra arenisca, todas las capas de la tierra que se esconden bajo la superficie. ¿Quiere usted que crea que esa "perforadora" de esos seres puede salir a la superficie a capricho en cualquier lugar del mundo? Bah, bah, muchacho, casi está usted insultando mi inteligencia. Hace ya tiempo que dejé de leer novelas de aventuras.

—Todos estos problemas han sido evidentemente resueltos por estos seres, profesor —dijo

Gauge con firmeza—. Considere el cráneo. Usted mismo nos dijo que podía ser el de un hombre avanzado en millones de años. Considere el enorme avance de poder e inteligencia que puede existir durante tan colosal espacio de tiempo, ayudado y animado por la necesidad de sobrevivir en un ambiente tan hostil.

—Oh, está usted llegando demasiado lejos, Andrew —dijo Lomax—. Es verdad que dije que aquel cráneo se parecía a un teórico hombre de dentro de millones de años. Ahora bien, los hechos, los hechos repito, son que si el hombre existió antes de la poca glaciar y sobrevivió, nadie puede

razonablemente poner un límite a su antigüedad, ni a qué alturas puede haber llegado hasta ahora. Su Hombre de una evolución de millones de años, puede entonces subsistir, con ese hipotético y titánico poder mental, de una resistencia sobrehumana, y unos posibles poderes telepáticos y de percepción. La más baja inteligencia de esta especie podría fácilmente ser un genio comparado con nosotros. Pero... los hechos son que antes de la era glaciar, el Hombre no existía. Ante de esa época, no había ningún hombre.

—¿Está la Antropología completamente segura de esto? —preguntó Gauge con escepticismo.

—Bien —dijo el anciano a la defensiva, abrigándose en su batín—. La Antropología, desde luego, no es una ciencia exacta. ¿Cómo puede ser posible estar seguro de lo que pasó hace millones de años? Partimos de unas ciertas bases que algún nuevo descubrimiento puede...

—...puede alterar sus puntos de vista —terminó Gauge—. Un descubrimiento como el que hicieron Stacey y Ross, Svernoff y Farrow.

—¡Touché! —sonrió Lomax pensativo paseando la mirada del rostro de su hija al de Gauge—. He aquí mi argumento. Explíquenme dos cosas y trataré, aunque difícilmente, de creer en su fantástica teoría. Primero dígame por qué esas extraordinarias criaturas que usted dice, han escogido el vivir, ya que han vivido durante siglos, según usted, en sus ciudades de cuevas a doscientos o trescientos pies bajo la superficie de la Tierra, mientras aquí arriba en nuestro maravilloso mundo, antes de la llegada del Pitecantropus Erectus, el Hombre de Java, el Hombre de Pekín y demás, estaba completamente libre de inteligencias bípedas, mientras ellos, de acuerdo con lo que usted dice, eran capaces, incluso entonces, de construir y sobrevivir en grandes ciudades allí abajo, lejos del sol y del aire. Segundo: ¿por qué se toman tanto trabajo para eliminar de la mente de estos hombres toda memoria de su existencia? La mera eliminación es ya imposible, ningún psiquiatra se detendría a certificarlo si usted se lo sugiriese. Pero también está que las víctimas "tratadas" han sido devueltas sin ningún daño. ¿Por qué? ¿por qué?

Gauge rió suavemente y miró con benevolencia al inocente y viejo profesor. ¿Por qué se preocupaba de convencer al anciano? De cualquier forma no importaba mucho su opinión. Lo único que debía importar al profesor Lomax era colocar la mano de Helen en la suya delante del altar en una fecha no muy remota. ¿Se había estremecido ante este pensamiento? Los "desconocidos" podían alcanzar la superficie y llevarse a cualquiera. De los que estaban enterados sólo quedaban él mismo y Helen, Adams y Lomax. Pero los demás ya habían borrado todo recuerdo de sus memorias.

Se sacudió; esas cosas solo sucedían a los demás, pero nunca a uno mismo.

—Bien, aquí estamos, profesor, en lo que llamamos una hipótesis con la que mantenernos mientras no surja algo mejor. Voy a ir esta noche a Londres para hacer otro informe al Ministro. Esto ha llegado a ser un asunto para el Gobierno. ¿Puedo usar su teléfono?

—Naturalmente, Andrew —dijo Lomax con un guiño—. Pero si yo fuera

usted, me andaría con cuidado cuando vaya al Ministerio. Puede que sean más escépticos que yo, y no tiene usted la ventaja sobre ellos de intentar convertirse en su yerno.

Así que después de todo, el secreto había sido descubierto, pensó Gauge con una sonrisa mientras cogía el auricular. Su corazón dio un salto ante el peculiar silencio, casi un eco, que llegó a sus oídos. Soltó el teléfono como si estuviese al rojo vivo y se volvió rápidamente hacia la salita de estar. Al volverse, todas las luces se apagaron.

—Helen, Helen, ¿dónde estás? ¿dónde estás? Esas bestias vuelven otra vez. —Su voz sonó muy fuerte en la oscuridad—. Ven al hall y nos cogeremos fuertemente de las manos. Trae a tu padre. —Sus manos temblaban cuando se unieron y las viejas de Lomax parecían saltar—. Velas, Helen —dijo Gauge con prisa.

—Hay algunas en la cocina... en algún sitio —dijo ella con voz asustada—. No me atrevo a ir allí. Debajo de las escaleras, querido, hay una vieja lámpara de aceite. La usábamos durante los bombardeos,

—Iremos todos a cogerla —dijo y se movieron hacia el armario bajo la escalera—. .Voy a dejarles por un momento; tú coge la lámpara pero no sueltes la mano de tu padre mientras lo haces. Voy a ir por la casa para cerrar las puertas y ventanas. Trataremos de dejar a esas criaturas fuera si es que vienen por nosotros. ¿Hay algún arma de fuego en la casa, profesor?

—Sólo una vieja escopeta, Andrew —musitó el anciano—. Y temo que no tenga cartuchos. Pero... es demasiado tarde, muchacho, ya vienen; están en la puerta principal. ¡Escucha!

Gauge cogió a Helen entre los brazos latiéndoles fuertemente el corazón y con las bocas secas. Unas fuertes pisadas se oyeron sobre el sendero de grava resonando como una terrible amenaza. Entonces él se separó.

—Helen —susurró—, tú y tu padre id a la cocina. Cierra y atranca la puerta y la ventana. Yo esperaré aquí a esos... a esas cosas.

—No te dejaré —prorrumpió apasionadamente—. Me quedaré contigo. Debo... No podría vivir sin ti...

—Oh, querida —dijo él—. No sabes lo que estás diciendo. —Suavemente la empujó hacia la puerta de la cocina junto con su padre, y él se volvió hacia la puerta principal. Hubo un momento de silencio, un pesado silencio cargado de terrible amenaza. Entonces una voz llegó hasta sus oídos, a cuyo sonido la sangre volvió a correr caliente por sus venas y su carne cesó de temblar. La voz fue como la de los ángeles, pues era la del inspector Stanley Adams.

—¿Hay alguien ahí? —fueron las prosaicas palabras que llegaron a través de la puerta— ¿Por qué están ustedes a oscuras?

—¡Stanley! —gritó Gauge abriendo la puerta—, Entre rápido. Me alegro mucho de verle.

—Mi coche se ha quedado parado allí fuera y no puedo ponerlo en marcha. La batería debe estar descargada. Pero ocurre algo raro. Mi linterna tampoco se enciende, a pesar de que le puse una pila nueva la semana pasada. ¿Qué

pasa aquí, Andrew?

—Son “ellos” que vienen por nosotros, Stanley—dijo Gauge con rapidez —. Ahora ya sé que esas criaturas, esos seres, quienesquiera que sean, vienen del fondo de la Tierra...

—No me diga, Andrew —rio Adams, pero Gauge no se encontraba de humor para discutir. Agarró el brazo de Adams y le empujó hacia la cocina. Helen encendió una cerilla y la risa del inspector se cortó a la vista de todos los rostros.

—Helen y el profesor, vayan arriba —ordenó Gauge—. Todavía tenemos tiempo; aún no han salido. Esta vez no nos van a coger de sorpresa. Usted tiene su bastón, Stanley, y yo cogeré otro del armario del hall. Llévate a tu padre arriba, Helen.

—Andrew —empezó ella, pero él no quiso escucharla, por el contrario la instó para que subiesen. Se volvió hacia Adams.

—Esperaremos en la oscuridad con la puerta abierta hasta que oigamos el ruido. Entonces saldremos juntos hacia él. Tengo, un plan. Hay un seto alrededor. ¿Tiene usted cerillas? Daremos luz allí, y entonces... Bien, bien, ya veremos.

—Mal tiempo para fuegos artificiales —comentó Adams secamente desde la oscuridad —Pero le ayudaré. Usted es el que manda.

Entonces les llegó el extraño sonido que les recordaba tantos otros, aunque conservaba su peculiar ronroneo. Al contacto de la llama las ramas prendieron y a su luz vieron... no, ¿es que vieron algo? Después, no podrían jurar qué era lo que habían visto, si es que vieron algo, y si así fue no podían dar crédito a sus ojos. Las llamas, las chispas y el humo los envolvían y se extendían por el campo de donde provenía él ruido, por lo que les era imposible ver nada concreto. Algo de la escena halló resonancia en la mente de Gauge, reviviendo por un momento aquel intangible recuerdo, que murió tan pronto como había surgido.

Una vez más se oyó el desagradable ruido y vieron las llamas que se apagaban. De nuevo volvió la paz y la tranquilidad, y mientras agarraban y agitaban sus bastones, los dos hombres miraron hacia la casa y vieron que las luces habían vuelto. Se volvieron y trataron de abrirse camino a través del calcinado seto hacia el oscuro campo. Gauge no se sorprendió cuando llegaron a la oscura cavidad que aún humeaba. Automáticamente, Adams apretó el botón de su linterna y un rayo de luz iluminó el circular agujero.

—¡Por todos los diablos! —exclamó—. Es curioso. Hubiera jurado que no funcionaba. ¿Dice usted que han venido por ahí abajo? —dijo señalando con el dedo. Gauge no quiso discutir y se dirigió hacia la casa.

—¡Los hemos visto, Andrew! —gritó Helen desde las escaleras—. Vimos la máquina y los vimos a “ellos”. Era exactamente como Cooper dijo, un gran cono plateado. Y las sombras, extrañas y pequeñas sin rostros o rasgos, todas desdibujadas, pero con dos brazos y dos piernas. Retrocedieron en seguida cuando el seto se incendió y parecieron irse asustados.

—Era porque la luz torturaba sus cerebros —dijo Gauge con calma—. A pesar de que ahora son completamente ciegos, sus antepasados les dejaron un, vestigio visual extremadamente sensitivo a la luz. Bien, Stanley, usted a visto y ha oído. No creo que necesite trabajar mucho para convencerle.

Helen hizo café y Gauge contó a Adams todo lo que había descubierto. El inspector se lo tomó con calma. Era un hombre que creía que cualquier cosa era posible en el Universo Infinito.

—¿Cómo piensa usted combatirlos? —fue su único comentario, y Gauge se sobresaltó.

—Ni usted ni yo solos, Stanley —dijo—. Esto es ahora asunto del Gobierno, no sólo de Inglaterra sino de todas las naciones del mundo. Hay un peligro que nos acecha y será preciso que unamos las fuerzas de la ciencia y de la ingeniería conocidas por el hombre. Que se haya producido en la Era Atómica me hace pensar que es esta época de nuestras civilizaciones la que ha motivado este ataque, ya saben. Desde 1945 hemos estado impregnando el aire y el mar de lluvia radiactiva Esa es la clave, estoy convencido de ello. Lo primero que hay que hacer, Helen, es que tú y tu padre salgáis inmediatamente para Londres. En este punto al menos, estaré tranquilo de que ambos estáis a salvo de cualquier interferencia subterránea. Voy a revolucionar Whitehall. Esto tiene que tratarse en seguida.

—Tómeselo con calma, amigo —sonrió Adams—.

Se está usted apresurando demasiado y pisa usted un terreno muy peligroso, si aventura usted alguna insinuación sobre la bomba H. Tengo una mente libre, y es sólo porque le estimo y le respeto, que le estoy escuchando. Y eso que yo también me encuentro metido de lleno. El cerebro oficial es muy rígido y no me gustaría verle metido en un mal paso.

—Oh, no se preocupe; usted viene conmigo, Stanley. Le necesito de veras. Nosotros somos los únicos testigos supervivientes.

—¡Supervivientes! —sonrió Adams—. No importa que usted haya escogido las palabras, pero no puedo acompañarle. Me vuelvo a mi rutinario trabajo. Este asunto está terminado por lo que a mí concierne. Le hablé al comisario de esto sabiendo que a usted le interesaría, y dijo, y perdóneme por ser tan crudo, que usted estaba más loco que una cabra. Que había leído su informe, y que tenía que suprimir nuestras entrevistas. Supongo que no quiere que sus inspectores se "contaminen".

—¿Dijo eso? —gimió Gauge—. Va a recibir una buena lección el comisario Grant. Si sólo tuviésemos alguna prueba concreta, corno por ejemplo el cráneo o el guante...

—O una fotografía de lo que han visto la señorita Lomax y Cooper —dijo Adams pensativo mientras miraba intencionadamente a Gauge, pensando y planeando.

—Tenemos una pieza que puede ser de evidencia —interrumpió el profesor—. ¿Recuerda usted ese fragmento de hueso que le dije que Svernoff me había enviado antes de ser... antes de que se lo llevasen? Como ya usted

sabe, lo envié a los Laboratorios del Gobierno en Londres. Puede que tengan ya algún mensaje para nosotros. El resultado debe de estar listo. Me gustaría ir a Londres aunque sólo fuese para eso, aunque no creo que debamos esperar mucho. El cráneo era bastante reciente, mientras que el trozo de hueso que Svernoff encontró era viejo, muy viejo. Lo supe incluso sin haberlo analizado. Bien, voy a subir para vestirme.

—Yo haré el equipaje, Andrew —dijo Helen sonriendo valientemente—. Supongo que quieres que nos marchemos esta noche.

—Quiero que os vayáis en seguida, querida. Os llevaré1 en mi coche. No te perderé de vista hasta que estés instalada en un agradable y luminoso hotel de Londres, rodeada de gente moviéndose a tu alrededor que llaman a los camareros y a los botones. Sólo entonces podré respirar tranquilo. Si te hicieran daño esta noche, creo que encontraría la suficiente fortaleza para excavar con mis manos. Todavía no comprendo por qué no los cogimos en el momento en que cesó el ruido. ¿Notó usted algo, Stanley? Yo sentí una especie de parálisis momentánea. ¡Oh!, en realidad no sé lo que sentí. —Se cortó y observó los rostros de los demás. Los tres estaban mirándolo intensamente en silencio. Encendió un cigarrillo con dedos temblorosos y aspiró fuertemente. Los demás se relajaron, sintiéndose incómodos—. Les extraña mi comportamiento —gruñó—. Seguro que me están aplicando el veredicto del comisario.

La luz del nuevo día trajo nuevos puntos de vista, pero Andrew Gauge no encontró razón para alterar sus ideas cuando Helen y su padre estuvieron instalados en un hotel de Piccadilly, rodeados de la luz y el sonido del Circus que es “el centro del mundo”. Hacia allí se dirigió a las nueve de la siguiente mañana, después de haber dormido varias horas en su piso. En su maletín reposaba ahora el infortunado expediente titulado “Penwood”. Le había llegado su turno.

Ella estaba ya levantada y arreglada, y fueron juntos hacia el comedor, donde él aceptó una taza de café. Le sonrió feliz. Ahora que ella se encontraba aquí, en el corazón de Londres, él estaba contento. A través de las ventanas, el tráfico de Piccadilly rugía como un interminable río, a pesar de la doble cristalera que amortiguaba el ruido. Fuera había millones de personas, acres de hormigón, la locura del tren subterráneo con su. instalación de vías, tubos y cables, casi impenetrable incluso para esos terribles perforadores, uno de los cuales ella había vislumbrado la noche anterior. No había campos aquí, ni bosques ni espacios abiertos. Aquí se encontraba a salvo.

—He dormido como un tronco, querido —dijo ella alegremente—. Y también papá. Su habitación está frente a la mía en el corredor y fui a echarle un vistazo. Todavía está durmiendo; le dejar descansar un poco más. ¿Qué planes tienes ahora?

—Anoche, después que hubimos hablado, empecé a darme cuenta de qué tu padre y Adams son más listos que yo. Expuse la idea de enviar un informe suplementario, pero esta mañana a las ocho me llegó un mensaje urgente del

Ministerio. Estoy citado allí a las diez. Es urgente y no tiene nada que ver con Oakdene. Es acerca de algunos problemas que han surgido en la Reserva. Me designaron para que me encargase de esto nace ya algún tiempo, pero el asunto de Oakdene se hizo tan importante que tuve que relegarlo. Ahora le ha llegado su turno.

—Bien, yo pasaré la mañana de compras —dijo ella feliz—. Papá va a ir al laboratorio de Barnes para recoger el informe del que estuvo hablando. Nos encontraremos a la hora de almorzar, ¿verdad?

—Estaré aquí. Dile que tenga cuidado. Que vaya y venga en taxi, siempre por sitios en que haya mucha gente, y que no se aleje de los grandes edificios. Lo mismo te digo a ti. No espero mucho de ese trozo de hueso. No creo que pueda decirnos nada.

—¿Cuándo estará todo terminado, Andrew? —suspiró ella—. Estoy deseando poder descansar tranquila y olvidarlo por completo.

Había casi desesperación en su corazón cuando la miró a la cara. Sabía que de todos ellos él era el único que tenía la absoluta convicción de que sus teorías eran correctas. ¿Cuándo había adquirido esta certeza? Sonaba como a Ciencia Exacta. Esto le preocupaba. Deseaba con todas sus fuerzas que la verdad de estas suposiciones no llegase a probarse nunca. Pero... ¿llegaría esto a terminarse alguna vez? Esto que había permanecido oculto bajo la Tierra durante miles de años, ¿iba ahora a emerger a la luz del día y traer consigo esa raza de monstruosos superseres para aterrorizar un mundo que los hombres habían creído de su exclusiva propiedad? Pero estas criaturas debían ser nulas, ciegas e inútiles en la superficie de la Tierra. La única esperanza de la Condición Humana era la luz del Sol, el Sol que esas criaturas habían ignorado por tantos cientos de años. Acarició la mano de ella suavemente y le sonrió. Se encontraba al margen de todo lp que había estado pasando por su mente.

—En medio de las más terribles guerras, querida Helen —le dijo—, en terremotos y riadas, pestilencias y desastres de todas clases, los corazones se unen con los corazones y los ojos se vuelven hacia los ojos, los seres humanos se enamoran y la vida continúa y así sucederá mientras exista un hombre y una mujer.

En el Ministerio del Interior todas las barreras cayeron y Gauge estaba realmente asombrado de la rapidez con que había sido introducido en el santuario, donde a las diez en punto el ministro le recibió. Cuando Barrington le anunció, sólo tuvo tiempo de susurrarle dos palabras:

—Cohete. Penwood.

—Doctor Gauge —dijo el ministro con el reloj en la mano—. Temo que sólo dispongo de tres minutos para dedicarle a usted. Tengo una cita en N.° 10 a las diez y media. Tiene usted un asunto entre manos que ha alcanzado de pronto gran importancia. Usted, naturalmente, habrá leído los periódicos, pero no la prensa del extranjero. El problema empezó hace más o menos una semana en la Reserva de Penwood y ha adquirido una gran importancia

durante las últimas veinticuatro horas. Tenemos informes cíe nuestra gente de que este misterioso problema se está extendiendo. Usted tiene el expediente. ¿Qué resultados ha podido usted obtener en sus investigaciones?

"Aquí llega el cohete", murmuró Gauge para sí. Sacó el informe de su cartera.

—Bien, señor —empezó—, he estado ocupado durante todo este tiempo con el asunto de Oakdone el concerniente a sir William Stacey.

—¡Ah, sí! —murmuró el ministro—. Debo felicitarle por esto, doctor. Buen trabajo y bien terminado. Bien, ahora todo eso ha quedado atrás, el caso está cerrado. Los soviéticos están satisfechos; tienen de nuevo a su hombre sin que haya recibido ningún daño. Igual los americanos. En ese punto hemos vuelto a la normalidad. No hay sospecha de juego sucio ni de nada parecido.

—Pero, señor, no está terminado —protestó Gauge—. Tengo que decirle mucho más. En realidad, no ha hecho más que empezar. Lo de sir William Stacey no fue más que la subida del telón. Debo pedirle algo más de tres minutos, señor. Hay algo que debe usted saber, señor, que concierne a nuestra entera civilización...

El ministro pareció aburrido y echó una mirada al reloj en actitud glacial. Barrington asomó la cabeza y dijo:

—El secretario del primer ministro, señor. Su entrevista se ha prolongado hasta las diez y veinte, señor. El señor ministro ha sido llamado para almorzar en Palacio. No le queda tiempo ahora.

El ministro se puso en pie.

—Gracias, Charles. Bien, doctor, aquí tengo que dejarle, lo siento. Váyase rápidamente a Penwood y aclare ese lío. Hágame saber cuando llegue a alguna conclusión. Le libraré de nuestros técnicos expertos.

—Señor —prorrumpió Gauge desesperadamente, sentando el precedente de interrumpir a uno de los ministros de Su Majestad—. Este otro asunto, el de la amenaza que viene desde el fondo de la Tierra, tiene que tener su completa e inmediata atención. El primer ministro, el Palacio y todo lo demás no son nada comparado con lo que tengo que revelarle. Estoy convencido de que las pruebas de la bomba H deben ser suspendidas por todos los países que la tengan. Ha llegado a ser, estoy seguro, una cuestión de vida o muerte para la condición humana que se suspendan cuanto antes.

El ministro deslizó el reloj en el bolsillo de su chaleco y miró a Gauge con frialdad.

—¿Y esto me lo dice un científico, Gauge? Ésta es la clase de vulgaridades que uno oye en Marble Arch. Nunca creí que un hombre de nivel elevado como usted pudiera descender hasta pensar tales tonterías. Hombre, ¿no se da usted cuenta de que si tratamos de detener las pruebas de la bomba H sería tan difícil como el intentar que el Sol no brillase? Es usted lo suficientemente entendido como para darse cuenta de esto. Después de que haya usted aclarado este asunto de Penwood, le sugiero que se tome unas vacaciones. Váyase lejos y descanse. Le excusaré por su extraordinaria conducta de ahora;

evidentemente se halla bajo un "surmenaje". Ahora Barrington se ocupará de usted, temo que tengo que dejarle.

Gauge pasó por el despacho de Barrington sin tan siquiera mirarlo. Este superdotado joven no obtendría ninguna satisfacción a su costa.

Se sentía más decaído cuando estuvo almorzando con Helen. Ella intuyó que él estaba preocupado y gradualmente toda la historia fue saliendo a la luz.

—No veo qué es lo que puedes hacer, querido, No contamos con ninguna prueba, excepto pedazo de hueso de Svernoff. Se le ha hecho "olvidar" su significado, así que ¿en qué punto estamos? Toda la historia es tan fantástica que algunas veces incluso yo, que he visto y oído estas cosas, tengo que pincharme para convencerme de que es verdad. Visto desde fuera, no es más que la palabra de cuatro personas contra hombres como Stacey, Ross, Svernoff y Farrow, los cuales ciertamente, si su teoría de que han sido sometidos a tratamiento para que no recuerden nada es verdad, negarán con vehemencia, aunque inocentemente, cada palabra que digas. Y tú sabes, y yo también, cómo reaccionaría todo el mundo de la Antropología.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó de pronto— ¿Por qué no está aquí?

—Me telefoneó desde Barnes que volvería más tarde. Oh, Andrew, a propósito, parecía tremendamente excitado. Tiene ya en su poder el resultado del laboratorio, y dice que es casi increíble, algo que le cuesta trabajo admitir.

—Es acerca de ese fragmento de hueso que el ruso encontró en los Pirineos, ¿verdad? —dijo Gauge con tensión echándose hacia delante y brillándole los ojos. Aquel trocito de hueso, la olvidada especie, ¿llegaría a ser su salvación?—. ¿Cuál ha sido el informe? ¿Qué te dijo?

—No me dijo nada —replicó ella—. Ya sabes que a veces puede resultar irritante. Estaba excitadísimo y dijo que te lo contaría cuando estuviese de vuelta.

Gauge rechinó los dientes decepcionado. Al viejo le gustaba ser sensacionalista.

—Dijiste que estaba en Barnes, ¿no? ¿Por qué tarda tanto en volver? Le he dicho que use taxis siempre. Barnes, Barnes... —Sus ojos brillaron obsesionados—. Barnes Common... ¿No se encontraba aquello muy lejos? Podía haber tráfico en los alrededores de Common; puede que hubiera gente paseando por los senderos. Pero... había agujeros y también macizos de arbustos. Había allí sitios donde "aquello" podía salir a la superficie y llevarse a Lomax.

Entonces se relajó súbitamente y lanzó una pequeña carcajada. Aquello estaba empezando a crisparle los nervios. De todos modos, no había nada que pudiese hacer hasta que Lomax volviese y contase su historia. El anciano no pasearía por los campos de Barnes Common después de que se le había dicho que usase un taxi. Después de todo, él sabía lo que había ocurrido la noche anterior en su casa: había visto el cono plateado; había visto aquellas extrañas figuras...

—Tenemos en perspectiva un corto viaje hoy, Helen —dijo cuando se

sentaron a saborear el café en el salón—. Me encuentro en mala posición en White Hall hasta que solucione un asunto sobre una reserva de agua, algo que los ingenieros podían haber arreglado, al menos eso me imagino. Quiero que vengas conmigo. No quiero perderte de vista otra vez, ni nunca.

Ella te dedicó una cálida sonrisa.

—A la orden, señor. Pero... esto del agua. Oh, sí, recuerdo haber leído algo de eso en los periódicos. Aunque sólo pequeños párrafos. Algo sobre la corrosión en las tuberías, según dicen. Ayer le que la reserva de Penwood estaba inutilizada.

—Eso es. Bien, aclaremos este asunto esta tarde y después veremos a tu padre a la hora del té para que nos cuente sus grandes nuevas.

Salieron de la ciudad pasando por Chiswick Kew hacia la carretera de Great West. Una vez pasado Osterley, una desviación de la carretera les condujo a la principal, y Gauge, echándose a un lado, encendió dos cigarrillos, dándole a ella uno.

—Descansaremos durante unos minutos, querida —dijo.

Encendió la radio del coche y se oyó la música de un vals. Ella suspiró.

—Se está muy bien aquí, Andrew. Aquí, bajo el sol y el aire, me cuesta trabajo creer, incluso después de lo que he visto y oído, y de lo que sabemos, que tu teoría acerca de esos... de esa gente, es verdad.

—No es una teoría, Helen —dijo él con agudeza—. Desecha esa idea. Es verdad, sólo que una terrible verdad.

—¿Pero cómo pueden existir allí abajo? ¿Cómo pueden respirar? ¿Cómo encuentran comida? ¿Cómo pueden sobrevivir, en fin, de esa manera bajo la tierra?

—Esas criaturas tienen un poder cerebral por encima de todo lo que podamos imaginarnos. La mayor parte del cerebro del hombre moderno está dominado por el subconsciente, cerrado para nosotros excepto quizá en sueños o impresiones pasajeras. Normalmente sólo usamos una parte muy pequeña de nuestro cerebro. Sospecho que estas criaturas no emplean el lenguaje, y se comunican por telepatía, y que pueden leer los pensamientos de los demás. En esas profundidades hay grandes reservas de petróleo, minerales y materias en bruto para su uso. La idea es fantástica, lo sé, pero casi tan fantásticos son la radio, la televisión, los satélites, los cohetes a la Luna y todo lo demás.

—Lo creeré —dijo ella suspirando otra vez—,

Sólo que aquí arriba todo parece tan, tan... ya sabes. Hay tanta paz y tanta calma. Escucha el ronquido de este tractor. Tenemos que vivir en el campo, Andrew, cuando todo esto haya pasado...

—De prisa, querida, por favor —dijo él abruptamente cerrando la radio. Ella se sonrojó un poco y él le cogió las manos—. Lo siento, lo siento, querida, perdóname. He sido un bruto. Pero hay algo aquí que... ese tractor... este sitio... yo he estado aquí antes, sé que he estado. Perdóname un momento. Tengo que buscar algo

—Bien, ¿y por qué no ibas a haber estado antes aquí? —se rió ella—. Es una carretera que cualquiera puede tomar al salir de Londres cuando se está buscando un poco de paz y tranquilidad lejos del tráfico de la ciudad.

—Es la carretera de Penwood —dijo él tensamente—. Siento algo como una resonancia dentro de mi cerebro, Helen. Sé que he estado aquí antes y que no hace mucho de esto. Pero no puedo recordarlo, y esto es lo más molesto. Tengo que mirar en este campo.

Ya él se encontraba atravesando el seto antes de que ella pudiera detenerle y regresó al cabo de tres minutos con una extraña expresión en su rostro.

—Ya tenemos la cavidad número... oh, ya no recuerdo cuántas hemos encontrado —dijo—. En ese campo, justo al otro lado del macizo de arbustos, hay una cavidad a imagen y semejanza de las demás.

Temblando, ella miró a su alrededor. Pero el sol brillaba y el tractor roncaba alegremente en el otro extremo del campo.

—Entonces "ellos" han estado aquí. Pero ¿para qué? ¿Para buscar a quién? No habíamos oído nada de esto.

Él se enderezó.

—Helen, querida, hay algo en mi mente tratando de salir a la superficie. No, no puede ser. no lo recuerdo. Sigamos adelante, pues esto me está llevando a la locura.

Tenía una cita con Hamilton, el encargado de la Reserva, y el guardián los guió hasta la zona de aparcamiento.

—Le están esperando a usted junto al filtro número 3, señor. La señora puede esperar en el coche.

—Ahí hay algunas revistas, querida, y aquí tienes mis cigarrillos. Puede que no tarde mucho en volver.

Se dirigió hacia el edificio principal. Hamilton estaba muy preocupado.

—Encantado de verle, doctor. El problema se ha agravado con mucha rapidez. Estamos atrancados ahora y nuestros propios muchachos se sienten extenuados ¿Conoce usted los detalles?

—Los he estudiado —dijo Gauge cortésmente—. Pero, por favor, dese cuenta que no tengo mucha idea sobre esto, señor Hamilton. ¿Cuándo notó algo raro por primera vez?

—El 23 del mes pasado —fue la respuesta.

—¡El 23 del mes pasado! —repitió Gauge, y la pequeña habitación pareció dar vueltas. Las preguntas pugnaban por salir de su boca, pero desistió y decidió callar—. Vayamos a ver los laboratorios ahora, señor Hamilton, por favor.

Las muestras se hallaban en botes, cada una con una etiqueta y fecha, alineadas en las mesas y estanterías. El primero tenía fecha del 23 del mes anterior y la inscripción "filtro número 3". En cada bote había un informe de su contenido. Hamilton le llevó a la ventana y le señaló el aparcamiento de coches, donde pudo ver a Helen sentada en el suyo leyendo.

—Allí es donde empezó —dijo a Gauge—. Suministramos a casi tres

millones de personas desde aquí, doctor, y cuando empezaron a llegar quejas de los consumidores, naturalmente, nos ocupamos en seguida. Mis propios hombres están vigilando hora tras hora el agua en las instalaciones, pero tenemos que confesarnos completamente vencidos. Todos los ingenieros han repasado cada pulgada del equipo, pero el daño no proviene del aire...

—¡El daño! —dijo Gauge agudamente, y Hamilton rió nervioso—. Al principio creíamos que era un virus o una nueva bacteria; uno de mis muchachos incluso sugirió que podía ser estroncio 90. Ahora ya lo hemos aclarado. El agua no está envenenada, pero es muy raro. A pesar de eso, no es el simple H2O que hemos conocido de toda la vida. Tiende a producir una especie de náusea que afortunadamente se pasa pronto. Desde luego, no se puede beber. Los trabajadores que se encontraban cerca de los lechos de filtro se quejan también de sentirse enfermos. Es algo endemoniado—. No puede beberse —repitió Gauge abstraído, volviendo a coger el primer bote.

Hamilton fijó su atención en un bote que se encontraba entre los doce que había en la estantería.

—Aquí tiene usted una típica muestra de lo que hemos sacado —dijo.

Gauge observó el contenido del bote. Estaba ligeramente descolorido y, cuando lo abrió, le llegue un leve olor a rancio.

—Es espeso como jarabe —comentó Hamilton—, pero desde luego le aseguro que no sabe a esto. Está espeso como si alguna substancia extraña lo estuviera coagulando, una cosa que no puede hacerse con el agua. Y nuestros análisis de los laboratorios certifican su pureza limpia, neutra, química y bacteriológica.

—Y todo empezó el 23 —dijo Gauge medio para sí—. No, voy a insultarle, Hamilton, preguntándole por sus instalaciones, condensadores, tuberías. etcétera. Este asunto del agua ha adquirido de pronto un tremendo significado. Tiene relación con algo que traigo entre manos. Lo daré por visto. Me marcho ahora. No puedo detenerme ahora, pues los minutos cuentan. Sé cuál es la 1a causa de su problema, no se preocupe, no hay nada que se pueda hacer de momento, no puedo decirle más ahora; es cuestión de las autoridades. Tengo que volver a Londres tan rápidamente como me sea posible. —Echó una mirada a su reloj y chasqueó la lengua—. ¿Qué hora tiene usted? Mi reloj ha parado.

Hamilton alcanzó el teléfono. Gauge dirigió la vista hacia el reloj que estaba en la pared. Lo mismo que el suyo, también se había parado.

—T. I. M. dice que son las tres y quince, doctor —sonrió Hamilton—. Hace unos días que tenemos que usar el teléfono. Aparte del actual problema del agua, tampoco podemos trabajar por esto. Todos nuestros relojes, instrumentos y brújula están estropeados. Es magnético, y me pregunto si el agua ha sido magnetizada por algún agente extraño.

“¡Magnetizada!”, pensó Gauge mientras corría por el césped hacia el coche.

—Helen —empezó a decir mientras abría la puerta, después se paró—...

¿qué te pasa?

Ella estaba temblando y su piel estaba húmeda Se había tendido en el asiento. Él se asomó al interior.

—Un extraño malestar se ha apoderado de mí.

—Ella sonrió débilmente—. Una especie de náusea. ¿Has terminado ya?

Él metió rápidamente la velocidad y se llevó el coche bien lejos del lugar donde filtraban el agua. Ella le miró sorprendida cuando él arrancó con tanto ímpetu. El motor tosió, vaciló y por último se puso en marcha, dirigiéndose hacia la verja.

—El lugar está magnetizado —dijo él mientras conducía por la pequeña carretera para alcanza la principal de Great West—. Helen, los culpables de esto son nuestros pequeños amigos del subsuelo. Están atacando nuestras reservas de agua, de 1as cuales depende nuestra civilización. Empezaron el 2 del mes pasado y ¿sabes por qué? En ese mismo día fue anunciado que una nueva serie de pruebas de la bomba H iban a empezar en el Pacífico. Hacía tiempo que no había habido ninguna antes de ésta. Esas criaturas dependen de los océanos por sus reservas alimenticias, y hemos estado contaminándolas durante quince años y volvemos a empezar ahora. Están atacándonos de una manera que puede hacernos mucho daño. Hay un bombardeo que entra por debajo de los depósitos de fíltraje. El cambio del agua no es químico ni bacteriológico, es un cambio de estructura que se efectúa en el H_2O, posiblemente por los átomos dentro de las moléculas, forzándolos a acercarse más. El líquido en estos depósitos de filtraje no es agua propiamente dicha. Y esto ha sido hecho deliberadamente. Imagínate lo que sucederá si esto se extiende. El ministro no quería creer que se está extendiendo por todo el mundo. Volvamos rápidamente a la ciudad, pues mi historia tiene que ser escuchada, por este ministro testarudo, esta misma noche. Sólo perderemos media hora con mi magnetofón y en hacer un breve informe, para lo cual usaré la máquina de escribir del recepcionista de tu hotel, e inmediatamente saldremos para Whitehall o Westminster, o donde quiera que viva, aunque tenga que sacudir a ese as de Barrington para que me dé su dirección particular.

Helen estaba completamente asombrada, pues éste era un nuevo Andrew Gauge en comparación con el tímido y desdibujado que había conocido diez u once días antes. Este Andrew Gauge era un hombre de acción, ardiendo de ansiedad, la clase de hombre que consigue lo que se propone. Esto la emocionó, pero también sintió como si le hubiesen robado algo. El otro Andrew era más débil, casi con la debilidad de un niño; este nuevo Gauge casi la dominaba.

El profesor Lomax estaba sentado en el salón con una taza de té enfrente de él sobre la mesa. Cuando se aproximaron hizo una seña al camarero para que trajese otras dos.

—¿Qué hay, muchachos? He dado un paseo estupendo. Por alguna extraña razón y sin saber por qué, me encontré en Barnes. Como hace un día tan

bueno, me decidí a volver a pie. Pasé por Common, y. hasta que no llegué a Hammersmith, no comprendí que ya no soy tan joven como antas, así que hice e1 resto del camino en metro. ¿Habéis estado en el campo? Debo reconocer que tenéis buen aspecto.

Gauge permanecía de pie mirando al anciano. Helen se sentó y cogió una mano de su padre.

—Papá tenemos algo que decirte de lo que hemos visto ésta tarde. No debes tener miedo. Estamos juntos y si permanecemos unidos y luchamos...

—Espera, Helen —dijo Gauge sin entonación—

Siéntate y nos comportaremos como si ésta fuese una merienda normal. Profesor Lomax, usted fue a Barnes para recoger un informe sobre un trozo de hueso recogido en los Pirineos por su amigo Joseph Svernoff. Este informe, del que usted dijo por teléfono a Helen que era sorprendente, puede que tenga una gran importancia para mí. Pero no puedo esperar a oír lo que se ha descubierto sobre esta lámina de hueso.

El viejo profesor pareció sorprendido.

—De verdad que no sé de que estáis hablando. Estáis empezando a imaginaros cosas. ¿Qué son todas estas tonterías acerca de Svernoff y un hueso? No sé de qué me estáis hablando. Ni lo he visto, ni sé nada de Svernoff desde hace años.

—¡Papá! —Helen se sentía agobiada—. Yo vi esta especie cuando él te la mandó. Era un fragmento de hueso; tú creías que era parte de un antebrazo humano. Hoy me telefoneaste para decirme que tenías el informe, que había sido una gran sorpresa, y que nos lo contarías cuando nos encontrásemos.

—Helen —dijo el anciano con agudeza—, empiezas a ser impertinente. Admito una broma, pero esto son tonterías. Es casi una persecución. Estarás pensando que no estoy bien de la cabeza, pato sabes que todavía soy perfectamente capaz de cuidarme. Pero... parecéis tomarlo en serio los dos. ¿Es que tengo que repetiros que no tengo ni la más ligera idea de lo que estáis hablando? Hueso, Svernoff, un informe del laboratorio, todo esto no son más que incoherencias para mí.

—Entonces, ¿por qué fue usted a Barnes, profesor? —preguntó Gauge pacientemente.

—¿Y por qué no había de ir allí? —exclamó Lomax—, Después de nuestro pacífico y pequeño Oakdone, me encuentro ya como ahogado en Londres. Sólo hacia el Sur se encuentra un poco de campo en los alrededores de la ciudad. He paseado durante horas. No sé exactamente dónde he estado, Sheen, Roehampton, Putney, quizás incluso en Wimbledon, no lo sé. No soy un niño pequeño.

Helen se había llevado ambas manos a la boca para sofocar un grito. Gauge la cogió por un brazo con rapidez y trató de calmarla. De ninguna de las maneras podía hacerse una escena en el salón lleno de gente. Súbitamente, la escena de la noche pasada en “The Hermitage” volvió a su mente, la visión del oscuro campo con el humo y aquel horripilante ruido. El cono plateado y

las pequeñas sombras que se movían. Esto era nuevo, sorprendentemente nuevo. Habían venido por el profesor a la luz del día, soportando el dolor que la luz debía haber causado en sus órganos visuales atrofiados desde hacía tanto tiempo.

—Andrew, Andrew —murmuró Helen—, estoy horrorizada. Tengo mucho miedo. ¿Qué le ha sucedido? Dios mío, si esto puede sucederle a mi padre... y aquí en Londres...

—Querida —le dijo él tranquilo, llevándosela donde estaba el asombrado anciano y sujetando sus frías y temblorosas manos—. Debes sobreponerte. Ya sólo quedamos tres. La lucha será mucho más dura. Tú, yo y Stanley Adams, debemos de alguna manera, insignificantes e impotentes como somos, luchar contra está horrible amenaza. Ellos son verdaderos titanes de la inteligencia, de la ingeniería y de la ciencia. Han podido incluso en el congestionado y afanoso Londres, llevarse a tu padre. Esto ha sucedido a: a luz del día y me demuestra que esta especie de hueso ha sido más importante qué ninguna otra cosa, puede que sea la clave de todo el asunto, y es lo único que nos queda. Estas criaturas han hecho un esfuerzo desesperado para suprimir el conocimiento de lo que eso significaba. Tenemos que tener ese conocimiento. Puede que haya sido en Barnes Common, o en Wimbledon; ó en Rochampton, puede que en un pequeño parque o en Una carretera desierta. El ya está dé vuelta con la memoria vacía: no recuerda nada de lo que ha experimentado ni nada de lo que le liemos dicho ni de lo que ha oído de éste asuntó. Lo mismo que Stacey y Ross, igual que Svernoff y Farrow, el registró de su memoria está en blanco. Son muy rápidos. Han ido eliminando uno a uno a los testigos de su existencia. Tu padre, Helen, ha quedado allí abajo entre “ellos” v ha sido “tratado” y después devuelto; como todos los otros y sin recordar en absoluto lo que le ha sucedido.

CAPITULO VIII
UNA OPORTUNIDAD DE SOBREVIVIR

Andrew Gauge y Helen Lomax tuvieron aún tiempo para comprender cuánta excitación, miedo y horror pueden caber en seis horas. Dejaron al profesor Lomax en el salón del hotel a las cuatro y media y a las diez y media el mundo que él había conocido había dejado de existir. Se dirigieron primero a Barnes, a los Laboratorios dél Gobierno. E1 informe sobre la especie de Svernoff era; el última eslabón de; la cadena. El doctor Wood que era el que se encontraba a cargo de esto, entregó a Gauge una copia del informé. "Entregué el original al profesor, doctor. ¿No lo ha visto usted?"

—Oh, sí—dijo Gauge mientras leía el informe—. Pero me gusta conocer los datos por mí mismo. Esto... esto es asombroso, doctor Wood.

—Es lo menos que se puede decir de esto —replicó Wood secamente—. Descubrimos que era un fragmento de hueso de un antebrazo. Las pruebas de flúor han indicado que es del período Cuaternario. Digamos de hace un millón de años. Justo antes de la última glaciación.

Gauge lo miró sintiendo un zumbido en sus oídos. Su mente hacía un esfuerzo por decirle algo de vital importancia, pero una vez más, como otras veces le había ocurrido, la invisible bañera lo detuvo.

—Normalmente —explicó Wood—, ahí hubiese terminado nuestro examen. Pero uno de nuestros técnicos quiso hacerle una rutinaria prueba de radiactividad. Eso se suele hacer mucho hoy en día. Fue cuando aquellos asombrosos resultados fueron descubiertos. El hueso era altamente radiactivo, algo extraordinario, teniendo en cuenta la antigüedad de la especie. Segundo, en otro análisis posterior, el elemento radiactivo demostró ser plutonio 239. Claro que a veces obtendremos especies contaminadas, pero no con plutonio. No es un elemento natural, y no se usa en la industria. En realidad, el plutonio 239 sólo se encuentra en la lluvia radiactiva de ciertos tipos de bombas de hidrógeno.

—Supongo, doctor —dijo Gauge con tensión— que no hay ninguna duda posible acerca de esto. No quiero que haya ninguna duda...

—De acuerdo —rió Wood—.Comprendo. Ese informe es difícil de tragar, pero es la verdad tal como la hemos descubierto. Los hechos no. pueden mentir, a pesar que se puede impregnar un objeto con un Reactor Breeder, y si no hubiese sido Lomax el que me lo trajo lo hubiera desechado por falso.

—No es falso, doctor —dijo Gauge—. Desgraciadamente puedo decirle que esa especie es exactamente lo que parece ser, un fragmento de un hueso humano de un ser que habitó la Tierra antes del Período Glacial.

No esperó a ver la mirada de incredulidad en los ojos de Wood.

En el trayecto de vuelta a Piccadilly le dijo a Helen:

—El plutonio no se produce en la Naturaleza, como ya sabes, querida. Es un fenómeno descubierto en los primeros experimentos de un cierto tipo de

bomba de hidrógeno.

—Pero no ha habido ninguna prueba con esta clase de bombas en Francia, España, ni en ningún otro país de Europa, Andrew.

—En nuestros tiempos no, Helen —dijo despacio—. Tampoco en nuestra era.

Ella lo miró perpleja pero no encontró nada que decir.

—Conocían la fisión y la fusión nuclear de la época en que los antepasados de estas criaturas que habitan en las profundidades de la tierra se desenvolvían en la superficie, mucho antes de que el hielo se extendiese por Europa. Empiezo a ver claro en mi imaginación. Una gigantesca guerra se desencadenó hace un millón de años, destrozando la civilización que esos seres habían creado. Las nubes de polvo radiactivo producidas por titánicas y terribles explosiones envolvieron la Tierra manteniéndose durante cientos, puede que miles de años, privándola de los rayos del Sol, y entonces fue cuando vinieron los hielos. Un grupo de supervivientes puede que fuesen los que intuyeron el desastre, se escondieron bajo la tierra y se las ingeniaron para sobrevivir. Puedes imaginártelos saliendo a la superficie de vez en cuando durante los siguientes años para observar las condiciones del sol y del cielo. Cada vez se sintieron desilusionados al no encontrar ninguna clase de vida ni condiciones para ello. Una nueva raza se produjo, una extraña civilización subterránea, un mundo de seres sin vista desenvolviéndose en eternas tinieblas. Desarrollaron nuevos sentidos, como el de la visión “radar”, nuevos sentidos que no podemos ni siquiera imaginar —telepatía, percepción extraordinaria— sólo cabe pensar en un cerebro humano en pleno desarrollo. El tiempo fue transcurriendo y vieron que la vida volvía a la superficie, observando nuestra evolución hasta que apareció el Hombre. Durante siglos fueron observando el cambio que se producía desde la Edad de Piedra hasta la bomba de hidrógeno, y dos grandes temores les asaltaron. Nos han visto durante quince años contaminando el cielo y los océanos, de dónde sacan casi todas sus reservas, y otro gran temor empezó a tomar cuerpo en ellos. Nos observan como se puede mirar a un niño jugando con una bomba de relojería. Temen que la historia se repita y que en nuestra vertiginosa marcha por el progresó desintegremos el planeta como ellos casi hicieron hace un millón de años. No quieren que los encontremos; no quieren que aprendamos de su historia ni de su existencia. Saben que si aprendemos de ellos, utilizaremos la ciencia que han adquirido durante siglos para construir aún más terribles fuerzas de destrucción. Y su dilema es qué mientras esconden su entera existencia de nosotros tienen al mismo tiempo que forzarnos a suspender nuestros experimentos termonucleares. Para hacer el problema todavía más grave, un grupo de investigadores antropológicos ha entrevisto su existencia. Stacey y Ross, Svernoff y Farrow habían dispuesto en una humana versión sus teorías sobre esto. Estas criaturas han empezado ya a atacar nuestras reservas de agua con sus rayos verticales que transforman esta en un líquido que es imposible de beber. Se están vengando, Helen, como hemos estado

destruyendo sus fuentes de agua y comida, han atacado nuestro punto más vulnerable, nuestras reservas de agua. La ley de la propia conservación es tan fuerte en ellos como en otras especies. De esta forma han resuelto el dilema. Imagino que sería duro el decidirse para esa especie humana, y llegar a la conclusión de matar o ser muerto. En sus cerebros incluso esto venció a la idea de revelar su existencia y apelar a nuestro sentido común. Aparentemente conocen la raza humana tan bien que no esperan sentido común por nuestra parte.

—Andrew— dijo ella en voz apenas audible—, en esta especulación o en su conocimiento o... memoria ¿cómo has llegado a saberlo?

El se quedó mirando fijamente la carretera que tenía delante aplanado por la pregunta que incluso en su propio cerebro tenía que admitir como válida, ¿cómo había llegado a saberlo? De nuevo aquellos atormentadores y medio entrevistos recuerdos llegaron hasta su memoria para después retroceder otra vez a las tinieblas antes de que pudiera alcanzarlos. Rió.

—Sólo en mi vivida imaginación, querida. De todos modos esto lo explica. Cuando volvamos lo pondré todo a máquina.

El hotel ardía de animación cuando llegaron. Naturalmente, era por el agua. Corrían las bebidas y el bar estaba atiborrado aunque no era hora. Los huéspedes lo habían asaltado abriéndolo ellos mismos. Suponían que los tanques de agua para un caso extremo no tardarían en llegar, pero esto no era más que un pequeño detalle para ellos. La admisión de la verdad que afrontaba la condición humana era lo primero y más esencial y cuando el informe estuvo mecanografiado marcharon juntos a Whitehall.

—Es completamente imposible, mi querido amigo —dijo Barrington con altivez—. El Ministro tiene una conferencia con jefes de empresa, hay una reunión especial del Gabinete dentro de media hora, y después tiene que ir al Ministerio. Hay una gran conmoción, como puede usted imaginarse. Es acerca del agua, ya usted sabe, y el Gobierno puede caer, cada M. P. ha recibido un latigazo de tres líneas. Claro que me ocuparé de esto, y se lo entregaré en la primera oportunidad que haya, puede que pasado mañana. Veré los compromisos que tiene.

Helen abrió la boca para decir algo duro pero Gauge la cogió por un brazo al tiempo que murmuraba en su oído:

—Es inútil, querida. He pasado, por esto muchas veces. Aquí nunca tienen prisa.

Escribió su número de teléfono en un trozo de papel y lo tiró delante de Barrington.

—Aquí tiene mi número —gruñó rabioso—. En caso de que me necesite alguna vez, aquí lo tiene. Esto es una guerra, hombre, hágaselo comprender a su jefe, yo no puedo. El mundo se morirá de sed si no suspendemos las pruebas de la bomba H. Cree que estoy loco; y me atrevo a decir que usted también. La pelota se encuentra a sus pies ahora. No hay nada más que yo pueda hacer.

Milagrosamente a Londres, donde cada teléfono estaba sonando frenéticamente, le llegó una llamada desde Retford. Era Adams excitadísimo:

—Tengo una fotografía de aquello —aulló a través del cable—. Poniéndome a mí mismo como cebo, me llevé conmigo la cámara con el flash, prendí fuego al seto, igual que hizo usted. Es una maravilla, todo se ve en ella, la punta de ese objeto plateado y las figurillas retrocediendo. Mire, no puede marcharme ahora, pues el pánico que ha producido lo del agua a afectado al transporte y al correo...

—Quédese ahí, que vamos para allá en seguida —dijo Gauge con rapidez —. Estamos pendientes de un hilo y los minutos cuentan. Estaremos ahí sobre las diez. Quemaré los cartuchos por el camino.

—Tenemos una fotografía, querida —gritó ante la puerta del lavabo donde ella trataba de lavarse las manos con agua de una botella—. ¡Bien por el viejo Stanley! Salimos para allá inmediatamente. Es nuestra última oportunidad para convencer a las autoridades de que tenemos razón.

—Pero mi padre... —empezó ella.

—No te preocupes, querida. Está perfectamente, sólo probablemente un poco sediento como todo el mundo. Ya no lo necesitan. Somos tú y yo y Adams los que tenemos que tener cuidado.

Cuando abandonaban el piso sonó el teléfono y ella hizo un involuntario gesto hacia él. Andrew la rodeó con el brazo mientras reía. —No tienes de qué asustarte, Helen —dijo—. No hay nada en el mundo que sea más importante de lo que estamos haciendo ahora. Echa una mirada a tu alrededor, querida, a mi nido de soltero, donde dentro de un mes estaremos viviendo juntos.

—O con “ellas” —dijo estremeciéndose.

—Tonterías —rió él—. No hay nada en el Universo lo suficientemente fuerte como para borrar mi amor por ti, ya nos encontraremos en la superficie o en el fondo de la Tierra. ¡Maldito teléfono! Vámonos.

El teléfono continuó sonando una y otra vez. Sonó durante unos tres minutos y después de eso continuó sin interrupción. Al otro extremo un desesperado Barrington llamó finalmente a la policía y el piso fue registrado pero no hallaron a Gauge. El Ministro estaba casi enloquecido.

—”Hay que encontrar a ese hombre —rugió—. Cada una de las palabras en este último informe suyo debe ser la cruda realidad. Ha sido verificado en todos los países del mundo. Lo habían guardado en secreto, los muy ladinos, igual que nosotros hicimos. Esto es una crisis mundial. Se ha convocado una reunión de la Asamblea para, agárrese a su silla. Charles, ¡para mañana! Creí que nunca viviría para ver esto. ¿Dije una reunión de la Asamblea? Quise decir una docena. Conferencias de alto nivel, conferencias de Ministros extranjeros, entre expertos militares, entre científicos de todas clases... Ese hombre, Gauge, cuenta fantásticas historias pero tenemos que creerle. Dice qué está convencido de que si se suspenden las pruebas de la bomba H, esa gente, esas criaturas, esos monstruos, dejarán de atacar nuestras reservas de agua y de eliminarnos. Tenemos que persuadir al resto del mundo de que vale

la pena de probar. No podemos hacer otra cosa. Esos monstruos son inalcanzables con las fuerzas que contamos. Hombre, si aprecia usted en algo mí salud, encuéntreme a ese Gauge.

El coche se dirigía velozmente a Nottinghamshire y Gauge sonrió a Helen que se encontraba a su lado.

—Este es el epicentro, querida —dijo—. Aquí es donde empezó todo. Y es aquí donde obtendremos la evidencia que imposibilitará a la condición humana alejar este peligro, esta amenaza.

—Tengo tanto miedo, Andrew, que apenas puedo coordinar —dijo ella castañeteándole los dientes; él apartó una mano del volante y la colocó sobre las suyas.

Adams no estaba en la estación de Policía y Gauge a todo gas se dirigió a su casa.

—Ha salido, señor —dijo la patrona—. Lo he visto por el camino que va junto a la vía del tren.

Como un vendaval, Gauge se llevó a Helen.

—El muy tonto, está completamente loco —dijo—. En realidad no debía creer en todo esto, pues de otra forma no se hubiera aventurado solo por segunda vez.

—Ahí está su coche —dijo Helen de pronto, y vieron el coche negro y largo parado junto al cambio de agujas. Estaba vacío. Gauge pasó el suyo y se apeó. Estuvieron buscándolo pero no había ni rastro de Adams por ninguna parte. Pero lo que encontraron hizo que Adams cogiese a Helen por los brazos y se la llevase de allí. Era un agujero redondo de seis pies de diámetro por dos de profundidad.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo él con desmayo—. Ya no habrá ninguna fotografía para nosotros. Adams se puede considerar perdido. Cuando regrese lo habrá olvidado todo. "Ellos" siempre se nos adelantan.

De nuevo en el coche conectaron el aparato de radio. Al oír la suave voz del locutor Gauge apretó el brazo de Helen.

—...son las once —dijo la voz—. Daremos a continuación el resumen de noticias. El Primer Ministro ha convocado una reunión de los representantes de las principales potencias para discutir el problema del agua, que se presenta ahora bajo una curiosa faceta. La asamblea tendrá lugar en Ginebra dentro de pocas horas...

La voz cesó y Helen miró a Gauge.

—Tu informe ha sido creído, Andrew. Están empezando a actuar. Van a tratar de suspender las pruebas. Has ganado, querido.

—Así lo espero, así lo espero —exclamó—. Es la única posibilidad que hay de sobrevivir. Dios quiera que no lo demoren como suelen hacerlo... pero, ¿qué le pasa a la radio? —Anduvo en los botones y por fin dejó caer las manos. La batería no funciona y la calefacción se ha parado. Rápido, salgamos del coche. ¡Esas criaturas van a venir!

Los dientes de Helen castañeteaban de terror y él agarrándola de nuevo tiró

de ella hacia un portillo con escalones. Estaba muy oscuro ya y las parpadeantes luces de un pequeño tren de mercancías fueron para ellos como una tabla de salvación. Corrieron a lo largo del andén y saltaron a la plataforma en el preciso momento en que el tren arrancaba.

Mientras tanto Londres estaba siendo registrado en busca de Gauge, pues en el Emergency Cabinet Meeting núm. 10 le estaban esperando para que los dirigiese, mientras tres vizcondes esperaban en el aeropuerto para llevarse al Primer Ministro, al Ministro de Asuntos Extranjeros y a él mismo con sus informes a Ginebra donde los representantes de las asustadas naciones se iban a reunir. Su último reportaje había sido leído y apreciado, y copias de él se encontraban en las ondas con dirección a todos los países del Globo. El mundo de los hombres había por fin despertado y el hombre que había conseguido esto se encontraba en esos momentos con una chica en los brazos en un frío y oscuro compartimiento de tren en una vía muerta de un remoto lugar de Midlands.

Gauge sacó la cabeza por la ventanilla y vio a la máquina que se alejaba de ellos.

—Estamos en un desviadero, querida —dijo él con suavidad—. Al menos aquí estamos a salvo. Nunca nos encontrarán aquí. Haremos lo posible por calentarnos y esperaremos que pase la noche. No sabemos dónde nos encontramos así que nadie puede tampoco encontrarnos. Y después de todo es la primera vez que estamos solos desde que todo ha sucedido.

—¿Quieres decir desde el descubrimiento, Andrew? —murmuró ella.

—Maldito sea lo que hemos descubierto, Helen querida. Quiero decir desde que nos encontramos por primera vez y nos enamoramos. Eso es lo más importante del mundo para ti y para mí.

Se sentaron muy cerca uno del otro en la fría oscuridad. Por primera vez en las dos últimas semanas él se sintió en paz y su mente descansada. Ahora las barreras fueron cayendo uña a una. Como los vapores de una niebla entrando en una habitación, los recuerdos surgieron en su cerebro, esos recuerdos que había sentido tangibles sin poderlos precisar durante los últimos días. Acarició la mejilla de ella.

—No debes tener miedo de “ellos”, querida —dijo con suavidad—No son monstruos; nosotros somos los monstruos para ellos. Nos temen y tienen miedo de nuestra curiosidad. Para nuestros ojos humanos son feos, desgraciados y de un sucio color gris. Son como topos, pero unos topos intensamente inteligentes, como superhombres. Son gigantes de la ingeniería y de la ciencia, y habiendo aprendido su horrible lección hace miles de años, sus corazones son buenos, Helen, odian toda clase de violencia.

Ella se apartó un poco de él aterrorizada, y le miró a la cara a la pálida luz que les llegaba de las estrellas.

—Andrew, hablas como si conocieses a esas criaturas. Dices que son... Andrew, ¿cómo puedes saberlo? ¿Dónde los has visto?

—Grandes cavernas vibrando con ruido de maquinarias —continuó él

ensimismado. Era como estar en otro planeta, o en alguna dimensión fantástica. Helen, yo he estado allí. ¡Los he visto! Al menos lo que se puede ver en aquella espeluznante oscuridad. ¿Recuerdas aquel alto en el camino que hicimos al ir a Penwood? Fue antes de yo venir a Oakdene cuando los encontré. Me dirigía a la reserva. Ese fue el escenario de su primer “ataque”. Durante años hemos estado envenenando el aire y el mar con lluvia radiactiva y ellos estaban luchando por su existencia. Empezaron a enviar rayos entonces aunque sabían que no por eso aprenderíamos. Me cogieron —yo fui el primer “tratado”— y lo olvidé todo, hasta ahora. Por un extraño efecto de mi cerebro lo he vuelto a recordar en este momento. No debes temerles, Helen. No hacen daño y pasa pronto. Son nuestros maestros en todos los asuntos de la vida.

—¡No, no, no puedo soportarlo! —gritó ella estrujándose las manos—. Esos horribles y repugnantes seres haciendo... ¿qué te hicieron?

—Nada físicamente, querida —le dijo con suavidad—. Todo era mental, oh, no puedo decirlo porque no lo sé. El poder de su cerebro es increíble; son verdaderos superhombres. A menudo hemos hecho especulaciones acerca de cómo evolucionará el hombre de las generaciones venideras. Un pensamiento momentáneo nos diría que ese hombre podría ser muy distinto del actual. Tú tienes una mente científica, Helen querida; no caigas en el común error humano de temer lo desconocido, lo que no nos es familiar.

—Tienes razón, querido —dijo ella calmándose un poco—. Después de todo, ellos son nuestros antecesores, ¿no es verdad?

—No, Helen, no tenemos siquiera ese pequeño consuelo al que agarrarnos. No son nuestros antecesores. Son una especie completamente diferente. Nuestra raza evolucionó desde los monos que llegaron después de los Glaciares. Estas criaturas, difícilmente puedo llamarlas hombres pero tampoco puedo denominarlas monstruos, pueden haber evolucionado de alguna especie animal imposible de concebir por nosotros. No tenemos ningún parecido con ellos; son como podrían ser los marcianos comparados con nosotros. Pero no nos harán daño; para ellos somos como niños ignorantes. Me pregunto por qué no habrán venido antes de esto a tomar de nuevo posesión del mundo arrebatándolo de nuestras desatinadas manos. La única razón posible debe ser ese inevitable accidente de evolución que los hace ser ciegos, sin embargo esta especie debe haber tenido vista alguna vez; cualquier contacto con la luz, daña algún vestigio del órgano visual y la vida bajo el sol les sería imposible.

—Hablas como si actualmente los admiraras, Andrew —dijo ella pensativamente—<. Hablas como si ellos fueran mejor que nosotros.

—Tanto mejor, querida, si usamos comparación, tanto mejor cuanto nosotros somos más perfectos que los monos. Los llamé una “amenaza” y ¡cuán equivocado estaba! Nosotros somos la amenaza para ellos. Durante miles de años han existido dos especies inteligentes en la Tierra, salvadas de la guerra racial sólo por el hecho de que no conocíamos su existencia. Después descubrimos el poder atómico del cual ellos tenían terroríficas experiencias en las profundidades de su historia. En su sabiduría, ellos sabían

que con ese veneno en nuestras manos, si llegábamos a descubrir su existencia, consideraríamos el mundo demasiado pequeño para que dos especies tan inteligentes convivieran en paz. Si mi aportación y mi urgente representación acerca de la verdad de este serio asunto es apreciada, y si las pruebas nucleares cesan, nuestras reservas de agua serán olvidadas. Si nosotros, todos los hombres del mundo, dejamos de explorar asuntos nucleares, ellos dejarán de atacar nuestras reservas.

—Pero, Andrew —dijo ella ansiosamente—, no hay contacto con ellos. Si nos detenemos; si ocurre el milagro, y creen que nuestras pruebas se han suspendido, ¿cómo lo sabrán?

—Lo saben, querida, no temas que lo saben en seguida, lo mismo que supieron que andábamos tras ellos. Lo mismo que nos encontrarán aquí o donde quiera que vayamos.

—Pero incluso si nosotros suspendemos nuestras pruebas, puede que otras naciones no lo hagan.

—Esta es una crisis en la que todos tenemos que trabajar juntos.

—Pero se tardarán meses en la preparación de una conferencia de alto nivel.

—Normalmente sí, pero ya oíste en la radio que están preparando a toda prisa una para mañana. Al menos se dan cuenta de que es urgente. Sólo nos cabe esperar que no se desanimen como otras veces ha sucedido, por argumentos de estúpido nacionalismo y celos raciales. Si quieren, las jarras de agua en las mesas de la conferencia pueden estar muy bien vacías.

—Entonces estás absolutamente convencido que si todas las naciones del mundo se ponen de acuerdo para suprimir las pruebas de armas atómicas y nucleares, esos seres lo sabrás en seguida y que inmediatamente suspenderán sus ataques a nuestras reservas de agua.

—Eso es lo que creo, Helen. En realidad no es una mera creencia, es un conocimiento. No quieren nada más de nosotros.

La oyó cortarse la respiración.

—Dices que nos encontrarán donde quiera que vayamos. ¿Lo oyes, Andrew? —susurró ella junto a su mejilla—. Ese ruido. Está muy cerca de nosotros. ¿Corremos o nos quedamos?

—¿Y hacia dónde correríamos, querida? —replicó él con ternura—. No tengo miedo. Pasaremos por este trance sin recibir daño alguno, y continuaremos juntos cuando seamos devueltos a la luz del sol. Después, continuaremos queriéndonos.

—Andrew, me alegro de que estemos juntos. Si estuviese sola y ellos viniesen, creo que me moriría.

—Estamos juntos, querida, siempre continuaremos así. La historia de Oakdene ha terminado, Helen. Cuando estemos de vuelta nuestras mentes habrán sido limpiadas del recuerdo de toda esta pesadilla. Lo que contenga el próximo capítulo eso no lo sabemos. El ruido ha cesado... deben venir hacia nosotros. Cierra los ojos y mantenlos así. Será lo mejor. Los mantuve abiertos

una vez y el horror de la visión todavía perdura en mi mente, y ahora debo pasar por esto otra vez. Cierra los ojos, querida, pues no debes aparecer aterrorizada ante esas gentes ellos sólo son diferentes... sólo diferentes...

Su voz se hizo un eco en la oscuridad y ambos cerraron los ojos y se relajaron uno en brazos del otro.

Por el oscuro prado veíanse unas sombras moverse, pasar la cerca y rodear el vagón. No se oían voces ni sonidos. Andrew y Helen abrieron la puerta y bajaron. Anduvieron hacia la villa y la saltaron, continuando sobre la hierba uno junto al otro cogidos de las manos y rectos como autómatas, los ojos cerrados y sus corazones latiendo con fuerza.

F I N